

Hermann Hesse

Gertrudis

Capítulo I

Mirando atrás, desde «fuera», y contemplando el transcurso de mi vida, noto que no presenta trazas de venturosa. Con todo, tendría menos razón aun si la llamara desgraciada, a pesar de todos los errores que he cometido a lo largo de ella. Y bien mirado, es cosa realmente necia hacer así indagaciones sobre la dicha o la adversidad, pues ahora me parece más difícil renunciar a los días más penosos de mi existencia que a todos los gozosos juntos. Si la vida humana consiste en aceptar conscientemente lo ineludible, paladear de veras lo bueno y lo malo y conquistarse, además de la suerte externa, un destino interior, más esencial y no enteramente fortuito, cabe decir que mi existencia no ha sido ni mezquina ni malograda. El hado habrá llegado hasta mí como hasta los demás, inevitable y decretado por los dioses; mas mi destino íntimo ha sido, en cambio, obra mía, cuya dulzura o acritud me incumbe a mí mismo, y cuya responsabilidad estoy resuelto a asumir solo.

En otro tiempo deseé a veces ser escritor, ser poeta. Si lo fuera, no resistiría a la tentación de ir hurgando en mi vida hasta remontarme a las tiernas sombras de mi niñez, a las fuentes queridas de mis primeros recuerdos, tan afectuosamente resguardadas. Pero como no lo soy, esos recuerdos son para mí un tesoro sagrado, y lo amo demasiado para que yo mismo quiera ahora menoscabarlo.

Así, pues, de mi infancia diré sólo que fue hermosa y alegre; se me dejó en libertad para descubrir solo mis inclinaciones y aptitudes, para buscarme solo mis dolores y mis gozos más intensos y para no considerar el porvenir como potencia extraña de origen divino, sino como la esperanza y la conquista de mis propias fuerzas. En tal estado pasé por la escuela: fui alumno nada grato y poco dotado, bien que tranquilo, por cuya razón acababan dejándome hacer cuanto quería, ya que, al parecer, no demostraba yo inclinación a tolerar influencias decisivas y hondas.

Aproximadamente desde los seis o siete años de edad empecé a comprender que, de todos los poderes invisibles, era la música la que estaba predestinada a cautivarme y gobernarme el ánimo en grado sumo. Desde entonces tuve mi propio mundo, mi asilo y mi cielo, de los que nadie podía privarme ni total ni parcialmente y que tampoco deseaba que nadie compartiese conmigo. Antes de los doce años, a pesar de no haber aprendido aún a tocar instrumento alguno, era ya músico. Lo era sin haberme puesto a pensar que algún día acaso habría de ganarme el pan de cada día mediante el ejercicio de tal arte.

Y así ha quedado la cosa, sin que desde entonces sobrevinieran mudanzas realmente sustantivas; de ahí que mi existencia, al contemplarla retrospectivamente, no ofrezca, a mi ver, un aspecto proteico ni multicolor: más bien parece estar afinada desde un principio con arreglo a un tono fundamental y puesta bajo el signo de un solo astro. Tanto si mi existir externo tomaba buenos rumbos como si éstos eran

equivocados, mi vida íntima quedaba siempre inalterada. Aunque yo fluctuase durante largos espacios de tiempo por aguas extrañas, sin tener entre manos ningún instrumento ni cuaderno de música, sin embargo, a cada instante había una melodía en mi sangre y en mis labios, un compás y un ritmo en mi aliento y en mi vida. Por muy ansiosamente que buscase a través de otros muchos senderos la redención, el olvido o la liberación, por muy grandes que fuesen mi sed y mi anhelo de Dios, de comprensión y de paz, todo esto lo hallaba una y otra vez exclusivamente en la música. No era menester que se tratara precisamente de Beethoven o de Bach, no; el mero hecho de que la música exista en el mundo y de que un ser humano pueda conmoverse por la armonía de sus sonos hasta lo más hondo de su corazón y sentirse compenetrado con ella, estas solas realidades han significado para mí siempre una consolación profunda y una justificación de la existencia. ¡La música...! Concibes una melodía, la cantas mentalmente, ¡sólo mentalmente!, y embebes todo tu ser en ella, de suerte que toma posesión de todos tus movimientos y energías; durante esos momentos en que vive en ti apaga todo lo azaroso, maligno, brutal y triste que pueda haber en tu interioridad; hace vibrar el mundo al unísono, con vierte en leve lo pesado y lo rígido en alígero... ¡Todo eso lo consigue la simple melodía de una canción popular! Y no hablemos de la armonía: cada acorde eufónico de armonía pura, como en un repique simultáneo de campanas, llena el alma de gracia y de una alegría que crece con cada nota que se le añade al acorde; es más, puede en ocasiones enardecer el corazón y hacerle estremecerse de delicia hasta un extremo no logrado por deleite alguno.

De todas aquellas aspiraciones a la pura beatitud con que soñaron los pueblos y los poetas, la más sublime, íntima por excelencia, me ha parecido siempre la de escuchar y entender la armonía de las esferas. En mis sueños más hondos y áureos ansié oír, durante el tiempo de un latido del corazón, la estructura del cosmos y la totalidad de la vida en su armonía recóndita. ¡Ay, por qué la vida será tan confusa, desafinada y engañosa y cómo es posible que existan la mentira, la maldad, la envidia y el rencor entre los hombres, cuando la más humilde música y la canción más breve enuncian con toda claridad que la pureza, la armonía y la hermandad de los sonidos abren las puertas del cielo! Pero... ¿cómo me atrevo a protestar y a encolerizarme si no he sido, con toda la buena voluntad que me ha animado, capaz de hacer de mi vida una canción, una música pura? Es verdad que en mí interior siento la llamada imperiosa, los anhelos sedientos de sonos puros, deliciosos, beatíficos de suyo, que llegan y se extinguen; pero mis días están llenos de percances y disonancias, y donde quiera que me dirija y llame, no me llega ninguna respuesta limpia, nítida.

¡Pero basta ya! He de contar mi vida. Si ahora recapacito y me preguntó para quién lleno estas páginas, quién tiene tanto poder sobre mí como para exigirme confesiones interrumpiendo mi soledad, debo pronunciar el nombre de una mujer querida, que no sólo sintetiza gran parte de mi existencia y de mi destino, sino que puede incluso figurar como estrella y símbolo sumo, por encima de todas las otras

cosas.

Capítulo II

Durante los postreros años escolares, cuando todos mis condiscípulos empezaron a hablar de su futura profesión, tuve también yo que reflexionar sobre el mismo punto por vez primera. Todavía no había concebido la idea de hacer de la música mi profesión y la fuente de mi alimento cotidiano; con todo, no podía imaginarme otra ocupación satisfactoria. No sentía aversión por el comercio ni por ninguna de las otras actividades que mi padre me propuso; me eran sencillamente indiferentes. Mas como mis compañeros de colegio se mostrasen tan orgullosos de las carreras que habían elegido, y como tal vez una voz interior me hablara en favor de una decisión, me pareció bien y consideré legítimo convertir en oficio lo que llenaba ya mi pensamiento, lo único que me proporcionaba gozo. Favorecióme el hecho de haber comenzado a estudiar violín a los doce años de edad y haber aprendido bastante bajo la dirección de un buen maestro. Por más que mi padre se opusiera y rechazase la idea de ver a su hijo siguiendo la incierta carrera de músico, mi voluntad se creció ante su resistencia, y el maestro, que me estimaba, apoyóme lo mejor que pudo. Mi padre acabó por ceder: me hizo continuar un año más en el colegio para poner a prueba mi firmeza, esperando que yo cambiase de idea. Pasé aquel año con relativa paciencia: mi anhelo, mientras tanto, se robusteció más y más.

Durante aquel último año escolar conocí a mi primer amor. Era una linda jovencita perteneciente a una familia conocida nuestra. Sin ver mucho a la chica y sin sentir realmente un fuerte deseo de verla con frecuencia, disfruté y padecí como en un sueño aquellas emociones que fueron Ja primicia del nuevo sentimiento. A la sazón, pensando todo el día en mi música y en mi amor y no durmiendo de noche a causa de la maravillosa inquietud que me embargaba, pude por primera vez dar forma consciente a melodías de mi invención: dos cancioncillas, que traté de trasladar al pentagrama. Esto me proporcionó una especie de deleite, unido a un raro pudor, tan intensamente sentidos, que me hicieron olvidar casi por completo mi preocupación amorosa. Entretanto, me enteré de que mi amada asistía a unas clases de canto, y esto picó mi curiosidad, quise escucharla aunque sólo fuese una vez. Muchos meses después se cumplió mi deseo con motivo de una velada en casa de mis padres. Se pidió a la linda muchacha que cantase; ella al principio no accedió, pero luego tuvo que decir que sí, mientras yo aguardaba con tensa expectación. Un caballero la acompañó en nuestro pequeño piano. Tocó el acompañante los compases de introducción y ella empezó a cantar. ¡Ay, lo hizo mal, muy mal! Todavía mientras cantaba, mi consternación y suplicio fuéronse transformando en compasión y después en burla; así concluyó mi enamoramiento.

Fui discípulo paciente, y si bien no precisamente desaplicado, tampoco sobresalí. En el último año ya no me esforcé. No tuvieron culpa de ello ni mi pereza ni mi

enamoramiento, sino cierta disposición soñadora del ánimo, cierta apatía y aturdimiento de los sentidos y de la mente; este embotamiento se interrumpía a veces de pronto cuando una de aquellas singulares horas de goce creador precoz empezaba a envolverme como éter. Sentíame entonces como circundado por una atmósfera diáfana, cristalina, en la que no era posible soñar ni vegetar y donde todas las potencias de la inspiración se acechaban mutuamente y se hacían más agudas. Lo que en esas horas componía era poco; a lo sumo unas diez melodías y algunos esbozos de combinaciones armónicas; pero jamás olvidaré el ambiente de aquellas horas, aquel aire transparente y casi frío y la concentración del pensamiento para dar a una melodía el desarrollo y el tiempo adecuados —los únicos posibles, no fortuitos—. No quedaba satisfecho de aquellas menudencias, no las consideraba nunca ni definitivas ni buenas; con todo, algo se me hizo patente: que nada en mi vida habría de ser tan deseable y principal como el retorno de tales horas de claridad e invención.

Asimismo conocí días de delirio, como cuando me dejaba llevar de mi fantasía violín en mano, y gozaba del embeleso de las ocurrencias fugitivas y coloridos lirismos. Mas pronto noté que aquello no era crear, sino solo juego y fruición, y que debía guardarme de ello. Advertí que una cosa es ceder a los propios sueños y saborear las horas encantadas y otra muy diferente luchar de modo implacable contra los secretos de la forma como si éstos fueran encarnizados enemigos. Ya entonces descubrí que la verdadera creación nos convierte en solitarios y exige de nosotros algo que hemos de sustraer a las comodidades de la existencia.

Por fin llegué a ser libre; la escuela quedaba atrás; me había despedido de mis padres para empezar una nueva vida como estudiante del Conservatorio de la capital. Tenía verdaderas ganas de trabajar y estaba convencido de que en el Conservatorio me portaría bien. Mas, con asombro y pena, hube de comprobar que los hechos resultaron muy distintos. Muchas fatigas me costó seguir los cursos; el estudio del piano, en el que tuve que iniciarme, se me presentó como algo calamitoso, y casi de repente vi que el programa de mis estudios se interponía ante mí como infranqueable montaña. De ninguna manera quise retroceder, pero sí me sentí desilusionado y confuso. En aquel momento descubrí que, pese a mi modestia natural, me había estado considerando a mí mismo en el fondo como un genio y había desdeñado buena parte del esfuerzo y dificultades del sendero que conduce al arte. Es más, habiendo llegado a ver en el trabajo más insignificante sólo las dificultades y la imperiosa aplicación de reglas, acabé perdiendo el gusto por la composición y desconfiando gravemente de mi intuición: ya no sabía si aún quedaba en mí alguna chispa de energía propia. Me resigné, sintiéndome triste y empequeñecido. Limítame desde entonces a cumplir como lo hubiera hecho en otro centro cualquiera de enseñanza o en una oficina, con asiduidad, pero sin entusiasmo. No me era posible formular quejas y no quería que en las cartas dirigidas a mis padres se notase mi estado de ánimo. Así, pues, hube de continuar adelante con una especie de callada decepción. Me propuse llegar, por lo menos, a ser un buen violinista. Hacía mis ejercicios, los

repetía una y otra vez, me tragaba las frases duras o irónicas de mis maestros, veía cómo otros alumnos —incapaces en mi opinión— progresaban fácilmente y cosechaban elogios, y, en fin, reducía a un mínimo mis aspiraciones. Pues mis adelantos en el violín ni eran como para enorgullecerse ni como para pensar en llegar a *virtuoso*. A lo más que podía aspirar, al parecer, era a convertirme en un buen «artesano» de la música, de esos que tocan el violín en una orquesta pequeña sin pena ni gloria y reciben el sustento a cambio.

En suma: aquel tiempo que tanto había deseado que llegara y en el que había cifrado máximas esperanzas fue el único de mi vida en que, dejado de la mano del dios de la música, recorrí sendas sin alegría y vegeté sin armonías ni ritmos. Había buscado goce, alto vuelo, esplendor, belleza... pero sólo hallaba exigencias, reglas rígidas, dificultades, riesgos. Cada vez que se me ocurría alguna idea musical, o era trivial y adocenada, o estaba en patente contradicción con las reglas, por lo que nada valía. Entonces debía abandonar todas mis esperanzas y elevados pensamientos. Yo era uno de tantos que, a millares, llegan al arte con juvenil desfachatez; las fuerzas le faltan a uno en cuanto el asunto se pone serio.

Esta situación duró unos tres años. Tenía yo ya más de veinte, y era obvio que había errado el camino y que persistía en él sólo por decoro y por sentido del deber. Lo poco que sabía de música lo había olvidado: sólo hacía ejercicios para aumentar la habilidad de los dedos, o me dedicaba a la resolución de difíciles problemas, o me enfrentaba con contradicciones en la armonía o lecciones de piano pesadas bajo la férula de un maestro sarcástico, para quien mis esfuerzos eran tiempo perdido.

Si aquel ideal antiguo no hubiera seguido alentando en secreto dentro de mí, podría haberme dedicado a la buena vida en esos años: tenía amigos, estaba libre de compromisos, era joven, bien parecido, con buena salud y con padres adinerados. En momentos aislados me sentía capaz de aprovecharme de esas ventajas: había días alegres, amoríos, comidas y excursiones. Pero esto no podía servirme de consuelo; no me era posible desembarazarme aprisa de mis obligaciones ni sacar más partido de mis días de juventud. Sin que yo me diese cuenta, en todos los momentos en que no tenía ante mí el ojo vigilante de un maestro, mi nostalgia ansiaba la desaparecida estrella del arte y me era imposible olvidar o atenuar la sensación de desengaño. Sólo una vez lo conseguí de veras.

Fue el día más tonto de mis vacuas mocedades. Por entonces andaba yo cortejando a una discípula del famoso maestro de canto H., la cual había pasado, al parecer, por experiencias análogas a las mías: había concebido grandes esperanzas, encontró maestros severos, no pudo habituarse al trabajo y, finalmente, se le metió en la cabeza la idea de que estaba perdiendo la voz. Empezó entonces a tomar la vida por el lado difícil, flirteando con los estudiantes del Conservatorio, y acertó a volvernos locos a todos, cosa que por cierto no era difícil de conseguir. Poseía ese tipo de belleza cálida, de vivos colores, que tiende a marchitarse con rapidez.

La bella Liddy tenía el poder de cautivarme con su ingenua coquetería cada vez

que yo la miraba. No estaba enamorado de ella durante un período de tiempo muy largo; muchas veces me ocurría que la olvidaba por completo, mas cada vez que volvía a estar cerca de ella, la pasión me dominaba otra vez. Liddy jugaba conmigo como con los demás: nos excitaba, le gustaba ejercer su poder, pero lo hacía todo guiada sólo por la sensualidad curiosa de su juventud. Su hermosura destacaba solamente cuando se movía y hablaba con aquella voz suya, cálida y profunda, cuando bailaba y reía y se regocijaba ante los celos de sus admiradores. A la vuelta de cualquier reunión o velada en que habíamos estado juntos me reía de mí mismo, tratando de demostrarme la imposibilidad de que un hombre de mi carácter pudiera amar en serio a aquella artista del vivir placentero. No obstante, en la primera ocasión ella conseguía nuevamente excitarme con un gesto, con una palabra sabiamente susurrada, y yo me pasaba la mitad de la noche rondando por los alrededores de su casa, agitado por ardientes anhelos.

Por aquel tiempo di en abandonarme al desorden y a una alegría un tanto forzada; aquello, sin embargo, duró poco. Tras días de abatimiento y de letargo, mi juventud, clamando impetuosa por el movimiento y el delirio, me empujó a participar en juergas y bromas con otros camaradas. Éramos tachados de alborotadores, díscolos y aun peligrosos —por mi parte no creía merecer este último calificativo— y a los ojos de Liddy y sus amigas gozábamos de cierta fama de héroes, que, aunque dudosa, nos complacía. Hoy no puedo ya apreciar qué parte de aquel desenfreno derivaba de una genuina efusión juvenil y cuál otra de aturdimiento voluntario, pues desde hace mucho tiempo no quiero saber nada de aquella época y he perdido toda mi juventud exterior. Si hubo exceso en todo aquello, ya lo he expiado. Cierta día de invierno en que no hubo clases salimos de la ciudad unos cuantos jóvenes, ocho o diez, entre los que figuraban Liddy y tres de sus amigas. Llevábamos nuestros toboganes, que en aquella época se consideraban todavía como una distracción infantil, y nos fuimos a los alrededores montañosos de la ciudad en busca de pistas y praderas adecuadas para nuestros vehículos. Bien me acuerdo de aquel día: hacía un frío regular, el sol lucía a veces durante un cuarto de hora seguido, el aire tonificante tenía un espléndido aroma de nieve. El fondo blanco realzaba la hermosa estampa que ofrecían nuestras compañeras con sus abigarrados pañuelos y vestidos; la aspereza del aire nos embriagaba, y en medio del frescor, los movimientos violentos resultaban deliciosos. El júbilo reinaba entre los miembros del grupo: iban y venían apodos y bromas, a los que se respondía inmediatamente con lanzamiento de bolas de nieve. La pelea nos acaloraba y nos dejaba tan cubiertos de blancos copos, que era necesario parar y tomar aliento durante un rato antes de recomenzar. Se construyó un gran alcázar de nieve y luego se procedió a su asedio y asalto. Entretanto, por aquí y allá bajábamos en nuestros toboganes aprovechando una corta pendiente.

Hacia el mediodía, un voraz apetito nos movió a buscar una buena posada en la aldea más cercana. La hallamos: invadimos la cocina, nos hicimos dueños del piano, cantamos, chillamos y pedimos sendos *grog*s y vino. Llegó la comida, a la que se le

hicieron los debidos honores y en la cual corrió abundante el vino. Al final las muchachas pidieron café y nosotros probamos los licores. Como la estancia era tan reducida, las voces y el bullicio nos dejaron aturridos a todos. Yo no me apartaba un momento del lado de Liddy, quien aquel día se me mostró propicia y me trataba con benevolencia. Su belleza destacaba espléndidamente en aquel ambiente de diversión y delirio; sus rientes ojos lucían con intensidad y su ánimo toleraba alguna que otra caricia, mitad audaz, mitad tímida. Luego nos pusimos a jugar a las prendas. Para rescatarlas había que ponerse al piano e imitar a alguno de nuestros maestros, o bien había que dar o recibir besos, cuyo número y naturaleza eran vigilados con todo rigor.

Encendidos y ruidosos, dejamos la posada para emprender el camino de vuelta; era temprano todavía, pero empezaba a insinuarse el atardecer. Otra vez nos detuvimos en la nieve a armar barullo como chicuelos retozones, hasta que decidimos volver sin prisas a la ciudad a través de la noche, que se aproximaba en silencio. Conseguí mantenerme al lado de Liddy, no sin provocar protestas de mis compañeros, y me erigí en su caballero y protector. La llevé a trechos en mi tobogán y la defendí contra reiteradas ofensivas de bolas de nieve. Por último, nos dejaron en paz; cada chica había encontrado acompañante, y solamente dos muchachos, que se habían quedado sin pareja, marchaban pendencieros a nuestro lado, haciéndonos burla. Nunca me había yo sentido tan locamente enamorado, tan poseído de agitación como en aquellos instantes; Liddy había aceptado mi brazo y consintió que la atrajera suavemente hacia mí mientras avanzábamos. Ella alternaba la locuacidad con el silencio y era dichosa; según me pareció, lo era de un modo prometedor. Yo sentía como fuego dentro y estaba decidido a aprovechar la oportunidad hasta el máximo, o a lo menos a seguir conservando aquella tierna y dulce ventaja durante todo el tiempo posible. Cuando, ya a la vista de la ciudad, propuse dar un rodeo, nadie se opuso. Torcimos por un magnífico paseo que, a gran altura y entre escarpes, formaba un semicírculo en torno al valle. Desde allí podía contemplarse el vasto panorama del río y de la ciudad que, entre brillantes hileras de faroles y con miles de luces rojas, sobresalía en medio de las profundidades.

Liddy seguía colgada de mi brazo y me dejaba hablar. Admitía riendo mis frases fogosas y triviales, pero parecía estar tan turbada como yo en el fondo. No obstante, cuando con suave insistencia traté de besarla, se soltó y se separó de mí.

—Mira —exclamó tomando aliento—, debíamos bajar por aquella ladera en nuestro tobogán. ¿O a lo mejor tiene miedo mi héroe?

Miré hacia abajo y quedéme sobrecogido: la pendiente era tan peligrosa, que por un momento aquella idea tan atrevida me aterró de veras.

—No se puede —dije como queriendo quitar importancia a la cosa—. Está demasiado oscuro para bajar...

Entonces ella, entre indignada y burlona, se metió conmigo llamándome miedoso y juró que bajaría sola si yo no tenía el valor de acompañarla.

—Seguramente volcaremos —concluyó, riendo—, pero así será más divertido...

Ante aquella provocación, tuve una idea.

—Liddy —dije en tono grave—, está bien, bajaremos. Si volcamos te autorizo para que me sepultes en la nieve; pero si llegamos bien abajo tendrás que darme la recompensa que yo quiera...

Por toda respuesta, se rió y sentóse en el tobogán. La miré a los ojos, que relucían radiantes. Ocupé el puesto delantero en el vehículo, dije a Liddy que se agarrase bien a mí e iniciamos el descenso. Sentí cómo cruzaba sus manos sobre mi pecho y me abrazaba; quise gritarle algo, pero ya no pude. La ladera era tan empinada que me dio la impresión de que nos precipitábamos en el vacío. Al momento me puse a tantear con ambos pies en busca de apoyo a fin de detener o al menos volcar el vehículo, pues, de súbito, me había asaltado un gran temor por la vida de la muchacha. Pero era demasiado tarde. El trineo estaba cayendo materialmente por un precipicio; sólo noté que en la cara me caía al mismo tiempo un torrente de nieve pulverizada; ora helado, ora cáustico. Después oí que Liddy lanzaba un grito angustiado, y luego nada. Sentí como un martillazo tremendo en la cabeza y un dolor lancinante en el cuerpo y, finalmente, una sensación de frío.

Con aquel breve paseo y su catastrófico final expié mi locura y mi ansia de placeres juveniles. Andando el tiempo había de esfumarse también mi amor por Liddy como tantas otras cosas.

Mi estado de inconsciencia total me impidió enterarme del tumulto e inquietud subsiguientes al percance. Para los demás, sin embargo, aquellos minutos fueron bien penosos. Al principio, cuando oyeron gritar a Liddy, creyeron que era en broma y se echaron a reír desde arriba en medio de la oscuridad; mas pronto descubrieron la gravedad de lo ocurrido. Bajaron con grandes dificultades y precisaron de un largo rato para salir de la ebriedad y entrar en reflexión. Hallaron a Liddy pálida y medio desmayada, pero ilesa: sólo tenía rotos los guantes y un poco de sangre en las delicadas manos blancas. A mí me trasladaron en una camilla dándome por muerto. He buscado posteriormente el árbol, manzano o peral, contra el cual se habían estrellado el tobogán y mis huesos; pero fue inútil mi búsqueda.

En el primer momento se creyó que yo había sucumbido a una fuerte conmoción cerebral. En verdad mi cráneo y mi cerebro quedaron afectados bastante tiempo, y tardé mucho en recobrar los sentidos estando ya en el hospital; pero por fin la herida cicatrizó mientras el cerebro se reponía. En cambio, la pierna izquierda, que había sufrido varias fracturas, se me quedó defectuosa para siempre. Desde entonces soy un inválido que cojea y no puede correr ni bailar. Y así, a mi mocedad le fue señalado de improviso un camino hacia regiones más tranquilas, por el que me eché a andar reacio y avergonzado. No obstante, lo seguí, y algunas veces creo que de ningún modo querría que en mi vida faltasen aquel paseo nocturno y sus derivaciones. Por cierto, pienso menos en la pierna rota que en las otras secuelas del accidente, mucho más placenteras y gratas. No sé si la causa fue la desgracia misma, con su cortejo de horrores y visión de tiniebla, o tal vez el permanecer en cama largo tiempo, o la

tranquilidad del reposo por un espacio de meses, es decir, con tiempo para meditar: el caso es que la cura me benefició.

He olvidado por completo los primeros días de aquel largo período de descanso. Durante ratos prolongados me quedaba sin conocimiento, y luego, aun habiendo despertado del todo, me sentía débil y apático. Llegó por fin mi madre, que se sentaba todos los días al lado de mi cama. Cuando la miraba y hablaba con ella algunas palabras me parecía afable y casi serena; más tarde supe que estaba sumamente preocupada no sólo por mi vida, sino por mi juicio. Algunas veces nos pasábamos un buen espacio de tiempo charlando en mi pequeño cuarto del hospital. Antes nuestras relaciones no habían sido nunca muy íntimas: siempre había yo tenido más confianza con mi padre que con mi madre. Pero en aquellos momentos ella se sentía ablandada por la compasión y yo por el agradecimiento. Ambos nos inclinábamos, pues, a un mayor acercamiento; mas habiéndonos habituado durante demasiados años a guardar nuestras mutuas confidencias y a mantener mientras entre nosotros cierta indiferencia, era excesivo esperar que la cordialidad recién nacida hallase rápido cauce en nuestras frases. Nos mirábamos contentos y nos absteníamos de comentar lo ocurrido. Ella tenía que actuar una vez más como madre, pues me tenía allí delante, herido e incapacitado, y había de cuidarme; yo la miraba otra vez con el alma llena de sentimientos infantiles y olvidaba de momento todo lo demás. No obstante, algún tiempo después nuestras relaciones volvieron a ser las de antes y evitamos hablar de mis heridas por temor de quedar ambos conturbados.

Poco a poco comencé a darme cuenta de mi situación. La fiebre había cedido, yo parecía tranquilo y el médico entendió que no era posible guardar el secreto: probablemente me quedaría para siempre un recuerdo bien visible de aquella caída. Mi juventud, de la que apenas había podido gozar con plena conciencia, quedaba gravemente mutilada y empobrecida. Tuve a mi disposición todo el tiempo necesario para resignarme, pues mi reposo continuó aún durante un trimestre, poco más o menos.

Intenté con ahínco hacerme una idea de mi estado e imaginarme mi porvenir; mas no adelanté mucho en esta tentativa. No me era posible todavía meterme en cavilaciones: me fatigaba en seguida y luego caía en un estado de somnolencia compensadora, con el que la naturaleza me ponía a salvo de ansias y desesperanzas y me procuraba la distracción necesaria para el restablecimiento. Con todo, mi desventura me torturaba durante bastantes horas del día y de la noche, sin que en ellas pudiera hallar alivio alguno.

Una noche me desperté después de pocas horas de sueño ligero. Me pareció que había soñado algo agradable y traté de rememorarlo, pero mis esfuerzos resultaron estériles. Me sentí a mis anchas, extrañamente libre, como si todos mis sinsabores hubiesen quedado atrás, superados. Tendido en la cama, me puse a reflexionar y sentí en torno mío suaves corrientes de mejoría y de redención. Mientras así estaba, se asomó a mis labios una melodía casi silenciosa; la tararéé quedamente, la prolongué,

y por fin de nuevo se dignó mirarme, como estrella descubierta, la música, a la que había estado ajeno durante tanto tiempo; mi corazón volvió a palpar a su compás y todo mi ser floreció, aspirando renovados aires puros. No es que todo ello me penetrase hasta el fondo de la conciencia: fue como mera presencia, y luego me entró de modo casi imperceptible, como si llegasen hasta mí lejanos coros *sotto voce*.

Con aquella sensación de íntimo frescor volví a dormirme. Al llegar la mañana mi ánimo se encontró alegre y despreocupado como no lo había estado desde hacía mucho tiempo. Percatóse de ello mi madre y me preguntó qué era lo que me alegraba de aquella suerte. Meditabundo, le dije, al cabo de un rato, que durante días y días había vivido sin pensar en el violín, pero que ahora no hacía más que acordarme de él y lo aguardaba con impaciencia.

—Pero, hijo, si no vas a poder tocarlo hasta dentro de mucho tiempo... —dijo con cierto temor.

—No me importaría incluso el no poder volver a tocarlo nunca —repuse.

No me entendió y yo no supe explicar lo que quería decir. Pero notó que yo me encontraba mejor y que tras de aquella extraña alegría no se ocultaba ningún enemigo. Días después comenzó de nuevo a hablarme de ello con cautela:

—Dime, ¿cómo va lo de la música...? Casi creíamos que habías perdido el interés...; tu padre ha estado hablando con Los profesores del asunto. No quisiéramos mezclarnos en tu determinación, y ahora menos que nunca... pero creemos que si tú mismo te consideras equivocado y prefieres dejar la música, debes hacerlo sin que te dé vergüenza. No sigas con la música por obstinación, hijo. ¿O lo haces por gusto?

Recordé entonces la larga época de mi decepción y distanciamiento. Intenté contar a mi madre cómo había sucedido todo. Pareció comprenderlo. Como quiera que fuese, en aquel momento creía yo sentirme de nuevo seguro de mí mismo y no quería en modo alguno desertar, sino ante todo concluir mis estudios, En ello quedamos, de momento. En las profundidades de mi alma, allí donde la mujer no era capaz de llegar con la mirada, había música, música exclusivamente. Mi pretensión no era alcanzar éxito con el violín. Oía de nuevo vibrar el mundo en sonos como una grande obra de arte; sabía que fuera de la música no hallaría salvación. Si mi salud no me permitía dominar el violín, no me importaba renunciar a ello: tal vez tendría que buscar otra profesión, comerciante, por ejemplo, pero esto era secundario; negociante o lo que fuera, no por eso sentiría menos la música ni renunciaría nunca a vivir en ella y respirarla. ¡Me consagraría otra vez a la composición! No era propiamente el pensamiento de tocar el violín, según le había dicho a mi madre, lo que me causaba alegría, sino el ocuparme en la música y crearla: hacia esto se me iban las manos, trémulas. Otra vez sentí, en determinados instantes, la fluctuación de aires diáfanos, el turgente frescor de los pensamientos, igual que antaño, en mis horas de inspiración; también sentí que, ante ello, una pierna lisiada u otro mal por el estilo tenían bien poca monta.

Salí, pues, vencedor de aquella crisis. Por muy frecuentemente que mis deseos

corrieran en pos de un sueño de salud y de placeres juveniles, por más que lleno de amargura y de airada vergüenza execrase mi deformidad y la maldijese, mi pesadumbre ño era mayor que mis fuerzas; había, algo que me consolaba y me transfiguraba.

De cuando en cuando mi padre nos hacía una visita. Un día, viendo que yo me encontraba bastante bien, se llevo a mi madre a casa. Durante los primeros días que siguieron me sentí un tanto abandonado y me arrepentí, por otra parte, de haber hablado alguna vez en forma poco cordial a mi madre, sin prestar la debida atención a sus opiniones y cuidados. Con todo, aquel sentimiento de mi retorno a la música me embargaba demasiado y toda otra cosa no pasaba de ser niñería bien intencionada o sentimentalismo.

Cuando menos lo esperaba, vino a verme alguien que no se había atrevido a visitarme durante el tiempo que mi madre pasó en el hospital a mi lado. Era Liddy. Mucho me sorprendió verla. No se me ocurrió pensar, en los primeros momentos, cuan enamorado había estado de ella, cuan íntima había llegado a ser nuestra amistad. Apareció turbadísima e intentó disimularlo, bien que con escaso resultado. Sabiéndose culpable de mi desdicha, había tenido miedo de mi madre y aun de la justicia. Se había ido dando poco a poco cuenta de que las derivaciones de lo ocurrido eran menos graves de lo supuesto: ahora creía que, en el fondo, no le eran del todo imputables. Se le quitó, pues, un peso de encima, pero no pudo ocultar cierta desilusión. La muchacha, dejando a un lado sus remordimientos de conciencia, había hallado, en su ancho corazón de mujer, un especial deleite en todo lo ocurrido, en una desventura tan enternecedora y emotiva. Incluso empleó más de una vez el adjetivo «trágico», moviéndome con ello casi a risa. En suma, no venía preparada para verme tan alegre y tan descomedido ante mi propia desdicha. Traía la intención de pedirme perdón, con lo que había de brindarme, en mi calidad de enamorado, un motivo de gran contentamiento; luego se aprovecharía de la consiguiente escena conmovedora para adueñarse otra vez de mí corazón en un alarde victorioso.

No poco alivió a la caprichosa muchacha el verme tan satisfecho. Sin embargo, no consiguió disfrutar de ello; cuanto más se tranquilizaba su conciencia y se apagaba su angustia, tanto más la veía tornarse indiferente y taciturna. Se ofendió un tanto por el hecho de que yo apreciase tan poco su participación en el asunto e incluso lo olvidase y por el hecho de haberme adelantado a ahogar su naciente enternecimiento y su súplica de perdón, con lo que, a fin de cuentas, había cortado una hermosa escena. A pesar de mi indeclinable cortesía, advirtió claramente que ya no estaba enamorado de ella, y esto fue lo peor. Aun cuando hubiera perdido brazos ya piernas, siempre habría sido un galán al que en verdad ella no hubiera podido amar ni hacer feliz, pero en cuya admiración ella hubiera hallado tantas más satisfacciones cuanto más desdichado me sintiese. Ahora esto había concluido, como ella notó sin duda. Vi enfriarse y extinguirse poco a poco en su lindo semblante la cordialidad y ternura de compasiva visitadora de enfermos. Finalmente, despidiéndose con palabras

convencionales, se marchó. Jamás volvió a verme, a pesar de habérmelo prometido con la mayor solemnidad.

Era desagradable y penosísimo para mi orgullo ver mi pasión minimizada y puesta en ridículo; no obstante, la visita me fue beneficiosa. Al ver por primera vez a la codiciada beldad sin pasión, sin mirarla a través de rosados prismas, me llevé una sorpresa: pude comprobar que no la conocía del todo. Fue como si en aquel momento me hubiesen enseñado la muñeca a la que había abrazado jugando cuando tenía tres años: la distancia y el cambio de mis sentimientos no me hubiera causado mayor extrañeza que ahora al descubrir que una muchacha, a quien había querido fogosamente hacía algunas semanas, me resultaba del todo indiferente. Dos de mis camaradas —de los que habían participado en la excursión del accidente— vinieron a visitarme algunas veces; sin embargo, no encontramos con facilidad temas de conversación, y advertí sin esfuerzo sus suspiros de alivio cuando, ya casi restablecido, les pedí que no sacrificasen su tiempo visitándome. Andando el tiempo, no he vuelto a verlos más. Aquello no parecía normal y me impresionó dolorosamente: estaba quedándome sin nada. Todo lo que en mis mocedades había constituido mi existencia, volvíase extraño y me abandonaba. Como en súbita revelación, comprendí lo muy falsa y triste que había sido mi vida en toda aquella época; el amor, los amigos, los hábitos, los gozos de aquellos años se deshilachaban como ropa vieja, abandonándome sin afligirme por ello; no pude menos de preguntarme perplejo cómo había podido soportarlos tanto tiempo, cómo habían podido tolerarme ellos a mí.

Otra de las visitas que me sorprendieron por lo inesperadas fue la de mi maestro de piano, que siempre me había tratado de un modo severo y burlón. Sin quitarse los guantes y bastón en mano, me habló con su habitual acritud, rayana en la mordacidad; tachó de bacanal o poco menos la nefasta excursión resultando del tenor de sus frases que yo me tenía merecido mi infortunio. Era curioso que hubiera venido para soltarme aquella invectiva; mas pronto se hizo patente que sus intenciones eran mejores que sus palabras. Sin cambiar de tono me dijo que a pesar de mi torpeza me consideraba discípulo aceptable; su colega el profesor de violín era de la misma opinión; por tanto, esperaban que, una vez curado, me reintegrase a las clases y les diera satisfacciones como alumno. Este discursillo tuvo casi el cariz del una disculpa destinada a atenuar los rigores de la rociada anterior y casi me supo a declaración del amor, a pesar de que fue dicho en el mismo tono áspero. Agradecido, tendí mi mano al temido maestro y, para demostrarle mi afecto, intenté explicarle lo que había acontecido en mi interior durante los últimos años, y cómo en aquellos momentos tornaban a despertar en mí inclinaciones creadoras.

El maestro movió la cabeza y, tras de silbar burlonamente, me preguntó:

—¡Vaya, vaya...! ¿Quiere convertirse en compositor?

—Si fuese posible —murmuré como si algo me oprimiese.

—Tendré que desearle mucha suerte... Me figuraba que usted querría volver con

verdadera gana a los ejercicios; pero, naturalmente, ya no los necesitará... con vistas a ser compositor.

—Mi intención no fue decir eso...

—¿Qué quería usted decir entonces? Debe saber que siempre que un estudiante del Conservatorio es derrotado por la pereza y no quiere trabajar decide descubrir que tiene madera de compositor. ¡Todos saben componer y llegan pronto a la conclusión de que son unos genios!

—No quise decir tal cosa... ¿Le parece entonces que debo elegir la profesión de pianista?

—No, estimado señor mío, no...; nunca llegaría a serlo de veras. Pero si aprende violín, llegará a tocarlo con suficiencia.

—Sí que me gustaría.

—Espero que esta vez esté hablando en serio... Bien, no me es posible detenerme más. Le deseo que se mejore. Hasta más ver.

Y me dejó solo con mi perplejidad. Hasta entonces me había parado poco a pensar en la vuelta a los estudios; en aquel momento temí, no obstante, enfrentarme otra vez con escollos y sinsabores y, al final, con una situación igual a la de antes. Con el tiempo, estos temores y pensamientos perdieron consistencia. Me convencí de que la visita del cascarrabias había sido una bien intencionada señal de sus sentimientos amistosos.

Después de mi curación tenía que hacer un viaje de restablecimiento; pero preferí aplazarlo hasta las vacaciones estivales, pues quería ponerme en seguida a trabajar con todo empeño. Así pude experimentar, por vez primera, el extraordinario efecto que produce un buen reposo, especialmente cuando es involuntario. Comencé mis clases teóricas y prácticas con cierta desconfianza, mas a poco la cosa fue marchando mejor. Comprendí con entera claridad que jamás podría transformarme en un *virtuoso*; no obstante, y dada mi disposición de ánimo del momento, aquella convicción no llegó a herirme. En cuanto a lo demás, todo continuó bien. La teoría musical, sobre todo la armonía y el arte de componer, que antes constituyeron selvas inextricables, ahora se iban convirtiendo en amenos y accesibles jardines. Tuve la sensación de que las inspiraciones y esbozos de mis horas de inventiva feliz ya no se salían de toda norma. En medio de la estricta obediencia que conviene al buen discípulo, existe una vereda, angosta, sí, pero netamente distinguible, por la cual se va a la libertad. Todavía hube de pasar días y noches de oscuridad: a lo largo de ellos, un cerco de aguijones me impedía el paso por la ansiada vereda; mi lastimado cerebro se debatía entre contradicciones y lagunas, pero la antigua desesperación ya no volvió y la estrecha vereda fuese haciendo más y más transitable ante mí.

Al terminar el primer semestre, el profesor de teoría se despidió de nosotros. Con asombro de mi parte, me dijo:

—Es usted el único del curso que parece entender de verdad algo de música. Cuando haya usted trasladado al pentagrama algún ensayo me gustaría echarle una

ojeada.

Con aquellas consoladoras frases en los oídos, me fui de vacaciones. Mi ausencia de casa había durado demasiado. Desde el tren percibí cómo mi tierra se presentaba de nuevo ante mi corazón y se instalaba en él, demandando mi afecto y evocando la corriente de mis impresiones infantiles, ya en parte borradas, y de mis recuerdos de adolescente. En la estación de la ciudad me esperaba mi padre. Fuimos a casa en un coche. Al día siguiente sentí de pronto el deseo de vagar por las viejas calles conocidas. Entonces, por primera vez después de mi accidente, me abrumó el dolor por la pérdida de mi juventud y por mi desgracia física. Fue un suplicio aquel cojear, con la pierna lisiada y tiesa, con ayuda de bastón, a través de las calles, donde cada rincón me traía a la memoria mis juegos de chico y los placeres idos para siempre. Melancólicamente inicié el regreso a casa; cada voz que oía, cualquier persona que viera, cualquiera cosa que se me viniera a las mientes, todo, en fin, me hacía comparar amargamente los tiempos pasados y mi presente invalidez.

Por otra parte, me hacía sufrir no poco la evidencia de que mi madre, aun cuando nada dijese, no estaba de acuerdo con mi definitiva elección de oficio. Sin duda le gustaban los músicos que pudieran subir a un escenario provistos de sólidas y elegantes piernas: ésos sí que podían aspirar a virtuosos y a directores de orquesta; pero le parecía increíble que un tullido, con calificaciones medianas y de apariencia tímida, pudiese tener éxito como violinista. Para reforzar su opinión contaba con una antigua amiga y lejana parienta, a la que en cierta ocasión mi padre había prohibido la entrada en casa: la prohibición no había surtido efecto, pues la vieja aprovechaba las horas de trabajo de mi padre para sus visitas, pero sí había engendrado un rencor manifiesto de la mujer contra mi padre y, lo que es más curioso, contra mí, que no había cambiado con ella una sola palabra desde mis días infantiles. En resumen, la lejana parienta consideraba el oficio de músico como un signo de lamentable degeneración y el accidente por mí sufrido como inequívoco aviso y castigo de la Providencia.

Mi padre, con miras a proporcionarme alguna satisfacción, se las había arreglado para lograr que me invitaran a tocar como solista en un concierto de la Sociedad Musical de la ciudad. Mi ánimo no se sentía en disposición de aceptar y decliné la invitación, permaneciendo enclaustrado días y días en el cuartito donde había pasado mi niñez. Lo que más me torturaba era la obligación de responder a las eternas preguntas de los curiosos; así que no salí de casa ni para pasear. Me sorprendí a mí mismo en la ocupación de acechar desde la ventana, con triste envidia, la vida callejera, el correteo de los niños a la salida del colegio y, sobre todo, el paso de las muchachas. ¿Cómo podía yo, pensé, acercarme a una chica y de mostrarle que la amaba o concebir alguna esperanza...? Tenía que hacerme a la idea de que estaba, ya para siempre, fuera de las filas activas, como esas personas que en los bailes se pasan las horas al margen de la pista, mirando cómo bailan los demás. Las muchachas siempre habrían de tenerme en menos, y cuando alguna vez una se mostrase amable

conmigo, sería sólo por compasión. ¡Estaba harto, incluso asqueado, de tanta compasión!

En aquel estado de ánimo y de cosas no me era posible seguir en casa. Mis padres sufrían también lo suyo a causa de mi melancolía e irritabilidad. No se esforzaron mucho en disuadirme cuando les pedí permiso para emprender en seguida el viaje proyectado desde mi salida del hospital. Aunque en tiempos posteriores mi defecto hubo de causarme nuevos disgustos, destruyendo grandes deseos y fundadas esperanzas, jamás sentí la abrumadora tortura de mi debilidad y deformidad como en aquella sazón, cuando el simple hecho de verme frente á un mozo sano o a una linda figura femenina me dolía o humillaba. Del mismo modo que paulatinamente me había habituado al bastón y a la cojera, tuve que irme acostumbrando, con el transcurso del tiempo, a tener conciencia de mi defecto, pero una conciencia desprovista de amarguras, y a soportarlo con resignación y aun con buen humor.

Afortunadamente, hallábame ya en condiciones de viajar solo, sin necesidad de ayuda; cualquier obligado acompañamiento habría sido motivo de choques y de obstáculos para mi curación interior. En mi asiento del tren me sentí más aliviado porque nadie me miraba ya con ojos compasivos e insistentes. Viajé sin interrupción día y noche con real sensación de fuga y respiré profundamente al divisar, a la segunda tarde, elevados picos a través de las ventanas empañadas. Con la anochecida llegué a la última estación. Cansado pero contento, avancé por las oscuras callejuelas de aquel pueblecito de los Grisones en busca de posada. Quédeme en la primera que hallé, y luego de haber vaciado una copa de tinto, me quité de encima, durmiendo diez horas, el cansancio del viaje y buena parte de la opresión que me embargaba.

A la mañana siguiente tomé un pequeño tren ascendente que, a través de angostos valles, iba bordeando blancos y espumosos arroyos. Al final del trayecto era ya mediodía. Un coche de caballos me condujo desde allí hasta una aldea de las más altas del país.

La población era pobre y tranquila; hubo momentos en que yo fui el único huésped de la única posada existente. Allí viví hasta el otoño. Mi primera intención había sido descansar sólo durante un breve período, para continuar luego a través de Suiza y ver un pedazo de mundo que desconocía. Pero en aquellas alturas soplaba un viento y había una atmósfera de tan áspera claridad y grandeza, que no sentí deseos de marcharme. Una de las laderas del elevado valle estaba cubierta de abetos casi hasta las cumbres; la otra era de roca desnuda. En ésta pasaba las horas del día, entre los pardos y soleados minerales o a orillas de uno de los poderosos y rudos torrentes, cuya canción llenaba la aldea entera por las noches. Durante los primeros días gocé de la soledad como de una bebida fresca: nadie me miraba, nadie me demostraba curiosidad o compasión; estaba libre y solo como un pájaro y me olvidé pronto de mi dolor y de mi morbosa envidia. A veces sentía no poden llegar lejos, no poder recorrer valles ignorados ni ascender por sendas peligrosas entre verdoros alpestres.

Pero, en el fondo, me encontraba a mis anchas; después de lo vivido y de las inquietudes de los pasados meses, la tranquilidad del aislamiento me rodeó cual bastión de seguridad; recobré el sosiego del alma y aprendí a aceptar mi limitación corporal, si no con serenidad, al menos con resignación.

Las semanas que pasé allá arriba fueron poco menos que las más hermosas de mi vida. Aspiré aires puros y diáfanos, bebí agua helada de los arroyos, vi pasar por las ríscas faldas de la montaña los rebaños de cabras, custodiados por pastores de oscuros cabellos, silenciosos y soñadores; presté oído alguna que otra vez a las ráfagas que cruzaban el valle y miré a la cara a las nieblas y nubes, sorprendido de tenerlas tan cerca. Observé en las quiebras de las peñas todo un mundo de tiernas florecillas y sus encendidos colores, así como las variadas especies de magníficos musgos; en algún día claro tuve el placer de subir durante una hora hasta divisar, allende una eminencia que había en aquel lado, las lejanas crestas que se perfilaban finamente en el horizonte, con sus azuladas sombras y sus relucientes y argentados campos de nieve: aquello era como una visión beatífica. La senda se mantenía húmeda gracias a un sutil hilo de agua procedente de un pequeño hontanar; en un lugar de ella hallé cierto día un centenar de pequeñas mariposas de color celeste que habían acudido allí a beber. No se asustaron demasiado de mis pasos: si probaba a ahuyentarlas, me circuían con el zumbido casi imperceptible de sus alas, suaves como seda. Desde que las conocí, sólo en días de sol fui por aquel sendero; cada vez que allí estuve, me encontré a aquella densa multitud azul, y cada vez fue para mí una fiesta.

Bien mirado ahora, tal vez aquel tiempo no fuese tan celeste ni tan soleado o festivo como mi memoria quiere pintarlo. Hubo también días de niebla y de lluvia, y aun de nieve y frío; y asimismo, en mi interior, tormentas y días malos.

No estaba acostumbrado a aquel género de soledad. Luego que hubo pasado el primer período de descanso y el tiempo de recrearme en mi aislamiento, hizo presa en mí de nuevo la aflicción, de la que había salido huyendo hacía tan poco tiempo. No pocas noches frías quedábame sentado en mi pequeño aposento, con las rodillas cubiertas por la manta de viaje, fatigado e indefenso, entregado a los pensamientos más insensatos. Todo cuanto la sangre joven de sea y aguarda, las fiestas y el refocilo de los bailes, el amor y su triunfo, la fuerza y la aventura, se encontraba más allá de mis alcances, quedaba para siempre a remota distancia. En tales momentos, era el recuerdo, me parecía incluso hermosa aquella época de gallardía y desorden que concluyera con la caída del tobogán; región del gozo perdida en el tiempo, se me teñía de colores paradisíacos al evocarla, y sus ecos llegaban hasta mí en forma de reminiscencias lejanas, báquicas, confusas y borrosas. Cuando de noche descargaba la tormenta, cuando el frío rumor incesante de la lluvia era finalmente vencido por el apasionado murmullo o la doliente queja del bosque malherido, cuando entre las vigas del techo de la endeble casita se dejaban oír los mil rumores misteriosos de la insomne noche estival, hubo momento en que rabié y blasfemé contra todo, viéndome

allí debajo, presa de ardientes e irrealizables sueños de vida, víctima de las tempestades del sentimiento. Yo era, o parecía ser, un mezquino soñador, un mal poeta: cuyo sueño más alto no equivalía sino al colorido reflejo de una tenue pompa de jabón, en tanto que miles y miles de jóvenes, a mi alrededor, en el mundo, tendían sus manos hacia todas las coronas de la vida, jubilosos, rebosantes de fuerzas.

No obstante, así como la montaña sagrada y las otras cosas que daban diario goce a mis sentidos mirábanme a través de un velo y me hablaban tan sólo desde una rara lejanía, así también entre mi persona y los crueles asaltos de aquel fiero padecer se interpuso otro velo en forma de sutil distanciamiento. Pronto llegué a percibir, tanto el brillo de los días como la tristeza de las noches, cual voces que me vinieran desde el exterior, de suerte que podía escucharlas con el corazón ileso. Me vi y me sentí a mí mismo como un cielo poblado de nubes vagabundas, como un campo de batalla, como una suma de deleites con dolores, de goces con melancolías. Ambas sensaciones me parecían cada vez más perceptibles, más fáciles de comprender: se me desprendían del alma y luego se me acercaban desde el exterior convertidas en armonías y motivos musicales que escuchaba como en sueños y que se apoderaban de mí sin intervención de mi voluntad.

Una plácida noche, volviendo de una excursión entre las peñas, lo sentí todo ello por primera vez de un modo coherente. Púseme a reflexionar y, cuando aún no había esclarecido el enigma, se me ocurrió de pronto la idea de que todo aquello no era sino el retorno de mis antiguas y extrañas horas de éxtasis, que hacía años me habían deparado intenso goce espiritual. Con el recuerdo volvió también la espléndida nitidez de otro tiempo, la casi cristalina transparencia de las sensaciones, carentes de superficie, que no se llamaban ya dicha ni duelo, sino que significaban tan sólo empuje, sonido, fluencia. La variedad, la agitación y la pugna de sensaciones, creciendo, se habían convertido en música.

A partir de entonces, en los días de sol, observé el bosque iluminado, los pardos peñascos y las lejanas montañas plateadas con renovada impresión de ventura, de belleza, de estar captando algo hasta lo más hondo; y en las horas de oscuridad, mi corazón enfermo se dilataba y sublevaba con redoblado enardecimiento; de suerte que dejé de distinguir entre dolor y goce: el uno era como el otro, ambos dolían y ambos eran deliciosos. Yo continuaba sintiendo placeres y tormentos; pero ya, por encima de ello, mis fuerzas interiores habían hecho la paz entre ellas, pues comprendía que la claridad y la oscuridad estaban unidas como hermanas y consideraba que el sufrimiento y la tregua eran como compases, impulsos y partes de una misma música grande.

No me fue posible poner en el pentagrama aquella música, pues desconocía sus límites y además me era ajena todavía. Pude, sin embargo, escucharla y percibir como perfección el mundo que ella me construía dentro. Y también pude retener mentalmente algo de ella, una pequeña parte, un eco que era como una versión traducida o empequeñecida del original. Pensé en esta versión fragmentaria, tratando

de asimilármela, durante muchos días y me persuadí de que era ejecutable mediante dos violines. Así comencé, cual aguilucho que osa emprender el primer vuelo, a escribir mi primera sonata con la mayor ingenuidad.

Cuando al fin una mañana, en mi habitación, pude tocar al violín el primer tiempo, noté —debo confesarlo— la incompletitud e inseguridad de mi endeble creación; no obstante, cada compás repercutió tembloroso en mi corazón. Ignoraba si aquella música era buena, pero conocía que era mi música, nacida y vivida en mí, no oída antes en ninguna parte.

Abajo, en el comedor, solía estar sentado el padre del posadero, anciano de más de ochenta años. Inmóvil y blanco como un carámbano, daba la sensación de estar ocupando aquel asiento años y años. Nunca le oí pronunciar una palabra: limitábase a mirar detenidamente en torno suyo con serenos ojos. Imposible adivinar si su silencio provenía de sobrehumana sapiencia y sosiego del alma o de que las fuerzas del espíritu le hubiesen abandonado: era un misterio.

Aquella mañana, con el violín bajo el brazo, bajé a verle; me había dado cuenta de que el octogenario ponía la mayor atención cuando yo tocaba o cuando se oía cualquier música. Estábamos solos. Afiné el instrumento y empecé a tocar el primer tiempo. Escuchó y fijó en mí sus ojos de amarillenta esclerótica y enrojecidos párpados. Hoy, cada vez que pienso en mi música de entonces, veo ante mí al anciano y su pétrea faz inmóvil y su quieta mirada atenta. Cuando hube acabado, incliné un poco la cabeza; él me guiñó astutamente un ojo y pareció entender; sus ojos amarillentos correspondieron a mi mirada, y luego, apagando la suya, dejó caer un poco la cabeza y tornó a su habitual rigidez.

El otoño llegó prematuramente a las montañas. Cuando partí, una mañana, espesas nieblas empañaban la aldea; la lluvia empezó a caer fría, con gotas finas como motas de polvo. Pero, a lo menos, me llevé conmigo el sol de los días lúcidos, y, a más de gratos recuerdos, alegría y valor para el futuro inmediato.

Capítulo III

Corría el último semestre de mis estudios en el conservatorio. Fue entonces cuando conocí al cantante Muoth, que gozaba en la ciudad de cierta fama; hacía cuatro años que había terminado sus estudios y en seguida le habían dado un puesto en la ópera de la corte, donde, de momento, desempeñaba aún segundos papeles y no podía sobresalir entre colegas de más edad, predilectos del público; no obstante, muchos le consideraban como futuro divo, a quien el siguiente paso había de conducir hasta la gloria. Conocíale yo de las tablas, donde le había escuchado en algunas interpretaciones: siempre me había producido una impresión fuerte, aunque desigual.

Recuerdo cómo empezó nuestra amistad. Cuando volví al Conservatorio al iniciarse el curso me traje mi sonata para violín, amén de dos canciones que había compuesto, con el fin de enseñárselas al profesor de teoría, que me había demostrado interés por conocerlas. Me prometió examinar los trabajos y darme luego su opinión. Pasó mucho tiempo antes que se decidiese a hacerlo y pude observar cierto embarazo en su expresión cada vez que me topaba con él. Por fin un día me dijo que fuese a su casa y me devolvió mis cuadernos.

—Aquí tiene... —dijo, algo cohibido—. Esperemos que sobre estos trabajos no haya usted tejido esperanzas demasiado rosadas. Por supuesto, esto es algo, y usted llegará a ser alguien... Pero para ser lo más sincero posible, le diré que le tenía por más maduro y sosegado y, en general, no me figuraba que usted se dejaría arrebatar de ese modo por la pasión.

»Yo esperaba algo más tranquilo, más grato al oído, más seguro técnicamente; algo que pudiese ser juzgado mejor desde el punto de vista técnico; pero desde este aspecto puede decirse que su trabajo es un fracaso, y poco más podría añadir. Ahora bien: como tentativa audaz no puedo valorarlo; no desearía ni siquiera juzgarlo siendo su maestro. Ha dado usted menos, y a la vez más, de lo que yo esperaba de usted, y con ello me pone ante un dilema. Por una parte soy escolástico y veo pecados contra el estilo; por otra parte, no quiero decidir sobre si quedan o no contrarrestados por la originalidad. Por tanto, dejaremos las cosas indecisas hasta que yo vea otro trabajo suyo. Mientras, le deseo la mejor suerte. Lo que sí he comprendido, desde luego, es que usted seguirá componiendo.

Sin ser aquello la sentencia de un juez, sonó, sin embargo, en mis oídos como si lo fuera. Me alejé sin saber qué hacer. Tenía yo la idea de que con sólo echar la vista encima a un trabajo podía entenderse y verse si había nacido de mero juego y como por pasatiempo o de una necesidad interna y como brote de las entrañas. Le di un carpetazo al manuscrito y me propuse olvidar todo el asunto durante algún tiempo, pensando que en los últimos meses que me quedaban de estudiante debía

consagrarme plenamente a un trabajo de tipo escolástico.

Pero cierto día fui invitado a una reunión por una familia conocida de mis padres, generalmente muy ocupada en conseguir buenas interpretaciones musicales: era de rigor que una o dos veces al año fuésemos allí de visita. Se trataba de una velada social como tantas, con la única diferencia de que en aquella ocasión asistieron algunas celebridades de la ópera a quienes yo conocía de vista. Acudió también el cantante Muoth, que me interesaba más que los otros, y pude verle de cerca. Era un hombre alto, bien apersonado, imponente, de morena tez y modales distinguidos, acaso ya bastante mimado por la vida; se comprendía que agradaba a las mujeres. Con todo, aparte de sus gestos, no tenía trazas de ser persona altanera ni divertida, sino que su mirada revelaba no poco de inseguridad, de insatisfacción. Cuando nos presentaron me saludó con un cumplido escueto; pero al cabo de un rato se acercó a mí y me dijo:

—Si no he entendido mal, usted se llama Kuhn... Entonces le conozco ya algo: el profesor S. me ha enseñado sus trabajos. No lo tome a mal; es un hombre muy discreto, pero habiendo entrado yo por casualidad y visto la canción, la examiné con su permiso.

Me quedé un tanto sorprendido y confuso.

—¿Por qué habla... de la canción? Creo que al profesor no le agradó.

—¿Y eso le apena? A mí la canción me gustó mucho; podría cantarla con tal de tener a mano el acompañamiento. Le ruego que me la preste.

—¿De veras le gusta? Pero... ¿le parece cantable?

—Desde luego se puede cantar, aunque no en todo tipo de concierto. Me gustaría tenerla para mí, vamos... para mi uso doméstico.

—Haré una copia para usted. ¿Y por qué la quiere...?

—Me interesa. En esa canción hay música verdadera. Usted también lo sabe.

Me miró y me sentí cohibido por su modo de mirar. Dirigió sus ojos, plenos de curiosidad, hacia mi cara, mirándome sin ambages.

—Es usted más joven de lo que suponía. Ha debido de sufrir muchas contrariedades...

—Sí, pero duele hablar de eso.

—No hable. No quiero hacer de inquisidor.

Su mirada seguía confundiéndome. Era un hombre relativamente famoso, mientras yo era todavía un estudiante, de manera que no pude defenderme sino en forma débil y tímida. Su manera de preguntar no me gustó. No había en él orgullo, pero en cierta forma hería mi sentido del pudor. Mi oposición fue débil, porque de todos modos él no me inspiró repugnancia: tuve la impresión de que no era hombre feliz y de que tenía una manera involuntariamente violenta de tratar a la gente, como si quisiera arrancar a cada persona algo que pudiera proporcionarle consuelo a él. Sus ojos oscuros, escrutadores, eran tan audaces como tristes, y su rostro mucho más adulto de lo que él podía ser.

A poco, cuando sus frases ocupaban todavía mi mente, le vi charlar cortés y animadamente con una de las hijas de la familia, que le escuchaba embelesada, mirándole como se miraría a un raro habitante de las profundidades marinas.

Desde la fecha de mi desgraciado accidente había vivido tan aislado que aquel encuentro tuvo sus resonancias en mí aun después de varios días, constituyendo una perturbación. No me sentía lo bastante seguro de mí mismo como para no cohibirme ante aquel hombre superior; pero, al mismo tiempo, me sentía excesivamente solo y necesitado, y por ello me halagaba su interés. Andando el tiempo, supose que se había olvidado de mí o que se le había pasado la ventolera de la canción. Pero una tarde de diciembre, con gran confusión por parte mía, se presentó en mi morada.

Era casi de noche. Golpeó el cantante la puerta y acto seguido entró como si su visita fuese de lo más natural. Sin preámbulos ni frases urbanas me expuso sus propósitos. Hube de entregarle la canción, y, como viese allí mi piano de alquiler, quiso cantarla en el acto. Le acompañé al piano, y así pude escuchar la primera reproducción fiel de mi obra para canto y piano. Era triste y me conmovió a pesar mío, pues en lugar de usar un tono profesional, la entonó en voz baja y como para mí. La letra —la había copiado el año anterior de una revista literaria— era así:

*Quando el cálido viento del Sur
mueve el alud en lo alto del cerro
con silbidos y ruidos de muerte,
¿es por voluntad del cielo?
Sin que nadie me salude
por el mundo voy, viador
solitario entre los hombres...
¿Es por voluntad de Dios?
¿Ve Él acaso cómo me ahogan
temores del corazón, torturas sin fin?
¡Ay, si Dios duerme un sueño eterno,
para qué he de vivir!*

Y oyéndole vi que se había compenetrado con la canción. Permanecimos en silencio durante un rato. Luego le pregunté si le parecía oportuno enmendar algo.

Muoth clavó en mí sus ojos oscuros y movió la cabeza.

—No es cuestión de enmiendas. Yo no sé si la composición es buena: no entiendo de eso. Pero hay en ella lo vivido y lo sentido. Como yo no escribo poesías ni música experimento cierto placer cuando alguna vez encuentro algo que me parece mío, algo que me invita a cantar para mí.

—Pero la letra no es mía —hice notar.

—¡Ah!, ¿no...? Bien, no importa; a fin de cuentas usted ha tenido que vivir eso... si no, no habría podido crear la música.

Ofrecíle una copia que tenía ya preparada desde hacía una semana. Cogió las

hojas, las enrolló y se las metió en un bolsillo del abrigo. Me dio la mano y dijo:

—Venga a verme cualquier día, si le apetece. Usted vive en soledad y no quisiera quitársela, pero... Es un placer, a veces, mirarle a la cara a una persona decente.

Sus últimas palabras y su sonrisa se me quedaron grabadas después que se hubo ido: estaban en armonía con lo que había cantado y con todo lo que en aquel momento sabía yo ya del hombre. Y cuanto más tiempo llevaban conmigo aquellas cosas, tanto más claras se me iban haciendo, hasta que por fin entendí a Muoth. Comprendí por qué había venido a verme, por qué le agradaba mi canción, por qué me abordaba con aquella insistencia casi matizada de inmodestia y por qué me había parecido mitad reservado y mitad impertinente. Era que sufría un gran dolor de aislamiento y no podía disimularlo, como no puede disimularse un hambre de lobo. Había tratado de exteriorizar cierta cautela y quedarse aislado, pero no había podido soportarlo luego y sufría; estaba en acecho para ver dónde descubriría a un hombre, una mirada generosa, una señal de comprensión, y después entregarse entero a cambio. Así me lo imaginaba aquel día.

Por mi parte, no era capaz de leer bien en mis sentimientos para con Heinrich Muoth. Si bien creí comprender lo que él ansiaba y lo que le oprimía, le seguía temiendo como a hombre superior y acaso cruel, que podía disfrutar de mi amistad y luego olvidarla. Era yo demasiado joven y llevaba poco tiempo en calidad de espectador de lo humano; me era muy difícil compenetrarme con ciertas cosas, no podía aprobar la forma en que Muoth se entregaba, como desnudo de alma y pareciendo desconocer el pudor del dolor. Por otra parte, me daba cuenta de que, en medio de todo, un ser ardiente y sensible padecía y quedaba abandonado. Sin querer, me vinieron a la memoria los rumores oídos acerca de Muoth, parloteos inconsistentes de estudiantinos asustados, cuyo contenido real no había podido captar, quedándome sólo el recuerdo de su misterioso tono y colorido. Contaban de él aventuras e historias de mujeres, y aunque no podía recordar detalles, me sonaba algo relativo a no sé qué suceso sangriento, como si Heinrich hubiese estado envuelto en alguna historia de crimen o suicidio.

Cuando al fin vencí mi tirantez y pregunté sobre el asunto a un camarada, resultó que la cosa era mucho menos grave de lo que yo había supuesto. Muoth, al parecer, había mantenido relaciones con cierta señorita de la buena sociedad, y la joven, en efecto, se había quitado la vida hacía dos años; pero nadie se atrevía a decir que el cantante tuviera que ver con las causas de la tragedia; sólo circulaban sobre ello alusiones muy cautelosas. Era probable que mi fantasía, excitada por el encuentro con aquel hombre un tanto extraño e inquietante, hubiera fabricado en derredor suyo la atmósfera de temores y recelos. Con todo, Muoth debió de haber vivido horas penosas a causa de aquel amor.

No tuve valor para ir a visitarle. Comprendía que Heinrich Muoth era un ser humano, doliente, tal vez desesperado, que me buscaba y acaso anhelaba mi compañía; estimaba que mi deber era acudir a su llamada, y que otra actitud sería

desleal. Sin embargo, no fui a verle: otro sentimiento me lo impedía. No podía darle a Muoth lo que él había de buscar en mí: yo era un hombre muy diferente, Aunque yo fuese esquivo, en cierto sentido, y no bien comprendido por la gente, o distinto de los demás y separado de los más por mi sino y carácter, no tenía tendencia a acentuar esta situación. Si el cantante tenía su demonio interior, yo era todo lo contrario de un demoníaco, y en mí había un freno que me prohibía todo lo llamativo y toda manía de originalidad. Yo era incompatible con el gesto violento de Muoth; a él, como hombre de teatro y de aventuras, parecía estarle reservado un destino trágico y había de vivirlo ante los ojos del mundo. Por el contrario, yo deseaba quedarme en la callada sombra: a mí no me correspondían gestos rotundos ni palabras impetuosas; yo estaba destinado a la resignación. Así estuve dándole vueltas y más vueltas al asunto, con ánimo de sosegar me. Había llamado a mi puerta un ser humano que me daba pena y a quien, con toda justicia, debería situar por encima de mí; pero yo prefería conservar mi paz no dejándole entrar. Me dediqué al trabajo con fervor, pero no podía borrar de mí la impresión torturadora de que tras de mí quedaba alguien que me tendía la mano.

En vista de mi pasividad. Heinrich Muoth procedió a su manera. Recibí una carta de su puño y letra, escrita con grandes caracteres, que decía así:

Estimado señor mío: El 11 de enero acostumbro celebrar mi cumpleaños en compañía de algunos amigos. ¿Me permite que le convide también a usted? Me agradecería que todos pudiéramos oír, en esa ocasión, su sonata para dos violines. ¿Qué le parece? ¿Tiene usted un compañero con quien poder tocarla o prefiere que le proporcione yo uno? Stephan Kranzl se prestaría de buena gana. Me dará usted una gran alegría aceptando. Suyo,

Heinrich Muoth.

Aquello sí que era inesperado: tocar mi música, de todos desconocida, en presencia de expertos, ¡y tocarla mano a mano con Kranzl! Acepté, a un tiempo avergonzado y agradecido; dos días más tarde, Kranzl me pidió que le mandara su parte, y pasados otros cuantos días, me invitó a su casa. Violinista en boga, era joven todavía y poseía el talle del *virtuoso*: pálido y esbelto.

—Celebro —dijo apenas hube entrado— que sea usted amigo de Muoth. Vamos a empezar en seguida. Si estamos atentos, lograremos nuestro objetivo con dos o tres ensayos.

Mientras hablaba acercó una silla para mí, me puso delante de la vista la parte del segundo violín, marcó el compás y empezó a tocar con su leve y sensitivo movimiento de arco. A su lado me sentí empequeñecido.

—¡No sea tan tímido! —me gritó una vez sin interrumpir la ejecución.

Y así tocamos la sonata de un tirón.

—Bien —comentó—, la cosa ha ido bien, ¿no le parece? Lástima que su violín no

sea mejor... Pero no importa. Vamos a tocar otra vez el *allegro*, pero más vivo, para que no parezca una marcha fúnebre.

¡Adelante!

Y al lado del brillante Kranzl toqué confiadamente mis notas. Mi violín barato sonaba junto a su precioso instrumento como si así debiera ocurrir, y no dejó de sorprenderme el trato sencillo y natural del *virtuoso*, que contrastaba con su aspecto exterior, un tanto extraño. Me armé de valor y con algún titubeo le pregunté qué opinaba de mi obra.

—Eso tendrá usted que preguntárselo a otra persona, amigo mío; yo no entiendo gran cosa de composición... A decir verdad, parece un poco rara, pero gustará... Si le gusta a Muoth puede usted estar orgulloso: a Muoth no es fácil darle gato por liebre.

Me dio algunos consejos respecto a la interpretación de mi parte y me hizo observar que algunos pasajes necesitaban pequeñas modificaciones. Convinimos en continuar al siguiente día y pude marcharme.

Fue consolador para mí encontrar tan natural a aquel artista. Si eran así los amigos de Muoth, acaso pudiera yo hallar también un modesto lugar entre ellos. Con todo, Kranzl era un violinista consumado y yo solamente un principiante sin grandes horizontes. Sólo me dolía una cosa: que nadie quisiera expresar abiertamente su juicio sobre mis composiciones. Habría preferido la más dura crítica a aquellas palabras bondadosas que nada decían.

Por aquellos días empezó a reinar un frío tan intenso, que las estufas no eran suficientes para producir todo el calor necesario. Mis compañeros iban con frecuencia a patinar; por aquellas fechas cumpliése el aniversario de mi excursión con Liddy. No era un tiempo propicio para mí. Esperaba con cierta gana la reunión en casa de Muoth, sin prometérmelas muy felices sólo porque hacía mucho tiempo que no me veía rodeado de amigos y alegría.

En la víspera del 11 de enero despertóme un ruido insólito y un calor atmosférico casi sofocante. Me levanté y fui a la ventana, sorprendido de no sentir ya frío. Noté que súbitamente se había levantado un viento del Sur muy húmedo y tibio: en las alturas soplaba casi huracanado, empujando pesados nubarrones, entre los cuales, en estrechos claros, lucías algunas estrellas, extrañamente grandes y resplandecientes. Los tejados tenían ya manchas oscuras, y a la mañana siguiente, cuando salí, había desaparecido la nieve. Las calles y los rostros de los transeúntes tenían un aire extraño y sobre todas las cosas flotaba un vaho precoz de primavera.

Mientras iba por la calle me sentí invadido por una ligera embriaguez o fiebre, debida en parte al viento y al aire en fermentación y en parte a mi excitada expectación por causa de la velada. Ya en casa, saqué repetidas veces la sonata y toqué distintos trozos, volviendo en seguida a dejarlos. Por momentos la hallé verdaderamente hermosa y me enorgullecí de ella; otras veces me pareció endeble, desigual y no muy clara. No habría podido aguantar durante mucho tiempo aquella

excitación, aquellos temores. Ere fin, que no sabía ya si la inminente velada la esperaba con alegría o con miedo.

Llegó finalmente la esperada noche. Me puse la levita, cogí la caja del violín y me encaminé al domicilio de Muoth. A causa de la oscuridad me fue difícil dar con la casa, sita en las afueras en calle poco frecuentada y desconocida para mí. El edificio se alzaba solitario en medio de un gran jardín de aspecto decadente y descuidado. La puerta de la verja estaba sin cerrar, y al franquearla me atacó un perro enorme; al oír unos silbidos procedentes de la ventana más próxima, trocó sus asaltos por gruñidos y me acompañó hasta la entrada de la casa. Me recibió una ancianita de mirada huraña, quien me ayudó a quitarme el abrigo y me condujo a un pasillo fuertemente iluminado.

Como el violinista Kranzl vivía en una casa bastante lujosa, creí que también hallaría fausto en la morada de Heinrich Muoth, quien tenía fama de rico. En realidad, lo que vi fueron aposentos enormes, demasiado espaciosos para un soltero que no pasaba mucho tiempo en casa; por lo demás, todo era bastante sencillo, o mejor dicho, no sencillo, sino abandonado al azar y desordenado. Parte de los muebles eran viejos: parecían pertenecer a la casa alquilada; mezclados con los viejos había enseres y objetos nuevos, adquiridos de prisa y colocados con negligencia. Lo único que resultaba realmente espléndido era el alumbrado. En lugar de las luces de gas, había una infinidad de blancas bujías, colocadas en hermosos y simples candelabros de estaño; en el salón había una especie de araña, consistente en un sencillo aro de bronce provisto de numerosas velas. El mueble más importante del salón era un hermosísimo piano de cola.

Del corredor pasé a una estancia donde había algunos caballeros platicando. Dejé allí la caja del violín y saludé; algunos correspondieron con un movimiento de cabeza y continuaron su conversación, mientras yo seguía allí, creo que con aire de intruso. Instantes después se me acercó Kranzl, que estaba entre los caballeros, pero no me había visto al principio. Me estrechó la mano y me presentó a sus conocidos:

—Aquí tienen a nuestro violinista. ¿Ha traído usted su violín? ¡Ah, ya veo...!

Luego volvió el rostro hacia la estancia contigua, y casi a gritos, exclamó:

—¡Oye, Muoth, tu amigo el de la sonata ha llegado...!

Entonces entró Heinrich Muoth, me saludó muy cordialmente y me condujo a la sala de música, en la que remaba un ambiente festivo y acogedor. Una dama muy hermosa, vestida de blanco, me dio una copa de jerez. Era una conocida actriz del teatro de la Corte, pero, con gran extrañeza mía, no vi a ningún otro colega de mi anfitrión entre los convidados. En cuanto a señoras, la única presente era la actriz.

Vací mi copita con prisa más que regular, en parte por embarazo, en parte por la instintiva necesidad de entrar en reacción después de mi paseo en medio de la humedad. En seguida la dama me la llenó de nuevo sin oír mis protestas.

—Puede tomarla, no le hará daño —dijo—. Además, hasta después del concierto no nos servirán nada de comer. Habrá traído usted su violín y los papeles, ¿verdad?

Respondí lacónicamente y seguí azorado, por no saber en qué relación se hallaba mi interlocutora con Muoth. Su aspecto era realmente delicioso; parecía desempeñar un papel parecido al de ama de casa. Más adelante me fue dado comprobar que mi nuevo amigo se rodeaba exclusivamente de mujeres de excepcional belleza.

A poco, los circunstantes se reunieron en la sala de conciertos. Muoth colocó un atril y todos tomaron asiento. Pronto me hallé, al lado de Kranzl, en el reino de la música. Toqué de un modo casi inconsciente, y, según me pareció, muy mal. En los escasos momentos en que adquirí conciencia de la situación, a modo de relámpagos, pensé que, en efecto, era aquélla la velada que yo había esperado con tanta ansia como temor, ya que Kranzl estaba junto a mí y que enfrente había un escogido público de expertos y de músicos refinados. Sólo cuando llegamos al rondó creo que empecé a darme cuenta de que Kranzl tocaba divinamente; sin embargo, había algo que me impedía acercarme a la música, algo que me obligaba a pensar en otras cosas... y de súbito recordé que no había felicitado a Muoth por su cumpleaños.

Concluida la sonata, levantóse la hermosa señora, nos dio la mano a Kranzl y a mí y luego abrió la puerta que daba a otra estancia más pequeña, donde nos esperaba una mesa adornada de flores y bien provista de botellas.

—¡Al fin! —exclamó uno de los presentes—. Por poco me muero de hambre.

—¡Oh, monstruo de voracidad! —comentó la dama—. ¿Qué va a pensar el compositor?

—¿Qué compositor? ¿Es que se encuentra aquí?

La señora me miró y dijo:

—¡Helo aquí!

Miróme el invitado, y riendo dijo:

—Podían habérmelo dicho antes. Excuso decir que la música era bonita, pero cuando el hambre clama por sus fueros...

Empezamos a comer. Tan luego como la sopa hubo desaparecido y se hubo servido el vino blanco, Kranzl se levantó a brindar por nuestro anfitrión. Después que hubieron chocado los vasos, Muoth se levanta también y habló:

—Querido Kranzl, si te figuras que voy a pronunciar un discursito en tu honor, te equivocas. ¡Que nadie pronuncie discursos de ninguna clase, os lo ruego! Si acaso, yo diré unas palabras, las necesarias, para agradecer a nuestro joven amigo su sonata, que me parece excelente. Acaso nuestro Kranzl se alegre un día de poder tocar más composiciones tuyas. Hago votos por que ese día llegue pronto, ya que Kranzl ha comprendido de verdad la sonata. Brindo por el compositor y por nuestra buena amistad.

Las copas chocaron; hubo abundantes risas —algunas a costa mía— y pronto reinó ese alborozo de los banquetes que aumenta a cada vaso de buen vino y al que me entregué aliviado. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan alegre, tan expansivo: para ser más exacto, hacía un año ya. En aquellos momentos las risas bulliciosas, el vino, el tintineo de los vasos, la presencia de una hermosa mujer

desbordante de alegría, me abrieron las puertas del gozo y me dejé llevar blandamente a los joviales placeres de la conversación ligera y de la contemplación de rostros risueños.

Pronto los comensales abandonaron la mesa y tornaron a la sala de música. Por todos los rincones fueron distribuidos licores y cigarros. Un caballero taciturno, cuyo nombre me era desconocido, se acercó a mí y me obsequió con unas frases amables relativas a mi sonata, de la que me había olvidado por completo. Después, la actriz me envolvió en una conversación y Muoth se sentó a nuestro lado. Brindamos de nuevo por nuestra amistad. De improviso Heinrich, con ojos chispeantes, a la vez sombríos y alegres, me dijo:

—Ya estoy enterado de su historia.

Y volviéndose a la beldad, añadió:

—¿No sabes? Se rompió los huesos en un tobogán por complacer a una guapa moza.

De nuevo se dirigió a mí:

—Es algo grande: en el momento en que el amor es más hermoso, sin mancha... precipitarse montaña abajo. ¡Bien vale una pierna!

Vació su copa riendo, recobró en seguida su aire hosco y meditabundo y me preguntó:

—¿Cómo fue lo de empezar a escribir música?

Le conté, empezando desde mis verdes años, mis contactos con la música; le hablé del verano anterior, de mi huida a la montaña y de la génesis de la canción y de la sonata.

—Ya lo veo. Pero explíqueme: ¿cómo puede hallar gozo en esto? No puede uno escribir un dolor sobre el papel y deshacerse así de él.

—No busco eso. No quiero perder nada, ni tener que restituir nada, ni librarme de flaquezas ni de cadenas. Creo que el dolor y la alegría manan de la misma fuente, que son movimientos de un mismo impulso y compases de la misma música, tan necesarios y hermosos el uno como la otra. Me gustaría sentirlo así.

—¡Pero... su pierna no está sana, hombre! —exclamó, casi con violencia—. ¿Acaso puede usted olvidarlo mientras hace música?

—No. Pero ¿para qué he de olvidarlo o afligirme? No tiene remedio.

—¿Y no le desespera?

—No me agrada, desde luego; pero creo que nunca me hará desesperar.

—Entonces es usted feliz. Yo, en cambio, no daría una pierna por ese género de felicidad. De manera que de ahí le viene su música... Ya ves, Marión, ése es el duende y misterio del arte, del que tanto se habla en los libros.

No pude reprimir la ira y le grité:

—¡No hable de esa manera! ¿Y usted? Me supongo que no cantará sólo por cobrar su sueldo, sino que además hallará un goce y un consuelo en ello ¿Por qué se burla de mí? Lo encuentro grosero. Además, es como si se burlara usted de sí mismo.

—¡Por favor, no siga! —exclamó Marión—. Cuando alguien le habla así se sale de sus casillas.

—Esta vez no me saldré de mis casillas —dijo Muoth, mirándose—. Nuestro amigo tiene toda la razón. Pero eso de la pierna no puede ser tan grave. Si lo fuera, no podría hallar consolación en la música ni en nada. Amigo, es usted probablemente una naturaleza resignada, una de esas naturalezas que, ocurra lo que ocurra, saben permanecer contentas. Pero no me imaginaba yo que fuese usted así.

De pronto saltó airado, y prosiguió:

—Y, sin embargo, no es así algunas veces, ¿no es verdad?, porque usted compuso aquella canción del, alud, en la que no hay consuelo ni contentamiento: lo que hay es desesperación. ¡Fíjese!

Inesperadamente, se sentó al piano y la atmósfera se aquietó en la sala. Empezó a tocar, se equivocó, y entonces, saltándose los compases de la introducción, entonó la canción. Esta vez la cantó en forma diferente que la primera vez, y me di cuenta de que, en el ínterin, la había estudiado. Además, la cantó a plena voz, con aquel timbre de barítono un poco atenorado que ya conocía yo de la escena y cuyo vigor, afluyendo apasionado, hacía perdonar la irreducible dureza de su estilo.

—¡Y este hombre pretende haber escrito esto sólo para su solaz, y dice no saber de desesperaciones y estar infinitamente conforme con su suerte! —exclamó Muoth, señalándose; y en el acto me vinieron a los ojos lágrimas de vergüenza y de ira; vi que todo se empañaba delante de mí y me levanté para poner fin a aquella escena marchándome.

Me retuvo una mano delicada, aunque firme, que me obligó a sentarme de nuevo, y luego me acarició suavemente el cabello. Me sentí como sumergido entre leves ondas de cálida ternura; cerré los ojos y me tragué las lágrimas. Después volví a abrir los ojos y vi delante a Heinrich Muoth. Los demás, al parecer, no habían advertido nada, ni de mi emoción ni de la escena; seguían bebiendo y algunos reían a carcajadas.

—Se enfurruña usted como si fuera un niño —murmuró Muoth—. Quien es capaz de escribir una canción como ésta debería ya estar por encima de pequeñeces... Lo siento... Uno se aficiona a cierta persona, y apenas se halla junto a ella, los dos empiezan a pelearse...

—Bueno... —dije con timidez—. Perdóneme... De todos modos, ya que lo mejor ha pasado, quiero irme ahora.

—No quiero forzarle. Preveo que esto va a concluir en borrachera... Usted va a hacerme el favor de acompañar a Marión a su casa, ¿eh? Vive cerca de la muralla; no tendrá usted que dar mucho rodeo.

La hermosa dama le dirigió una mirada inquisidora. Luego, volviéndose a mí, dijo:

—Si es usted tan amable... Me levanté. Nos despedimos sólo de Muoth; en el vestíbulo, un criado alquilado nos ayudó a ponernos los abrigos; después apareció la

viejecita un tanta adormilada y con una gran linterna nos iluminó el camino a través del jardín, hasta la verja. Seguía sol piando un viento suave y templado, que empujaba luengas cohortes de nubarrones oscuros y hurgara en el desnudo ramaje de los árboles.

No me atreví a ofrecer el brazo a Marión, pera ella se me colgó de él sin más; aspiró el aire nocturno con la cabeza echada hacia atrás y mirándome de una manera entre interrogativa y confiada. Creía estar sintiendo aún su fina mano sobre mi cabeza. Caminó despaciosamente, como si quisiera servirme de lazarrillo.

—Allí hay coches de alquiler —dije, parecióme incorrecto que ella tuviese que ajustar su paso a mi cojera; sufría yo renqueando al lado de aquella esbelta mujer, que parecía el retrato viviente del ardor y de la fuerza.

—No —repuso ella—. Vamos a andar otro poco, una o dos calles más.

Pero lo hizo con extremada lentitud, como forzándose. Si hubiera dependido tan sólo de mis deseos del momento, la habría atraído hacia mí aún más estrechamente. Mas este sentimiento de un instante me irritó todavía más contra mí mismo: volví a sufrir como antes y no pude menos de descolgar su brazo del mío. Ella me miró perpleja.

—No, no podemos seguir así... he de marchar solo —dije—. ¡Discúlpeme!

Ella, no obstante, continuó atenta y compasiva a mi lado. Si no hubiese yo carecido de rectos andares y de conciencia segura de los movimientos del cuerpo, habría dicho y hecho justamente lo contrario de lo que en realidad estaba haciendo y diciendo. Enmudecí con gesto áspero; no podía actuar de otro modo; si no, hubiera añorado otra vez la sensación de su mano sobre mis cabellos y las lágrimas me hubieran venido de nuevo a los ojos. Antes que eso, habría preferido huir por la primera bocacalle. No quepa que ella acortase el paso, ni me cuidara, ni mostrase por mí la menor compasión.

—¿Está enojado con Heinrich? —preguntó al cabo de un rato.

—No. Me he portado como un estúpido. Todavía no le conocía bien.

—Heinrich me da lástima cuando se encuentra en esa disposición de ánimo. Hay días que está terrible.

—¿Con usted también?

—Más que con nadie. Y lo más doloroso de la cosa es que se hace más daño a sí mismo que a los demás. A veces se aborrece.

—O más bien quiere hacerse el interesante...

—¿Qué... quiere usted decir? —exclamó Marión.

—Que me parece un comediante. ¿Es tan necesario para él mofarse de sí y del prójimo? ¿Qué necesidad tiene de sacar a la luz del día el pasado y los secretos de un extraño y ridiculizarlos? Eso es propio de charlatanes.

Estaba perdiendo los estribos y me entraron gafes de insultar y demostrar mi desprecio al hombre que me había lastimado y a quien por desgracia envidiaba. En cuanto a Marión, el aprecio que sentía por ella iba decreciendo, ya que osaba

defender a Muoth y declararse abiertamente de su parte. ¿No era un alarde de conducta dudosa ya el haber consentido en ser la única mujer que acudiera a aquella reunión de solteros donde corría el vino? No estaba yo habituado a presenciar aquel género de libertades; y como me daba vergüenza, por otra parte, sentir lo que sentía ya hacia la hermosa mujer, opté, acalorado como estaba, por reñir con ella, antes que seguir soportando el peso de su misericordia. En aquellas circunstancias, prefería pasar por grosero y me dejase, a que me siguiese dispensando su amabilidad. Entonces, de improviso, me puso la mano sobre el brazo.

—¡Alto ahí! —dijo con voz cálida, que esta vez me entró hasta el corazón, a pesar mío—. ¡No siga, por favor! ¿Adónde vamos a parar? Se siente herido por dos palabras de Heinrich, en realidad por no haber sido bastante valiente ni hábil para replicarle adecuadamente. Y ahora que él no está delante, le ataca: en mi presencia con expresiones bien poco gratas. En verdad que debería marcharme y dejarle aquí solo.

—¡Hágalo! —exclamé—. Y le advierto que le he dicho lo que siento.

—No me lo creo. Usted aceptó su invitación, tocó en su casa, vio cómo él sabe apreciar la música de usted. Con todo ello usted gozó y levantó su espíritu. Y ahora, estando exaltado y no pudiendo tolerar una frase que él pronunció, empieza a insultarle. No debe hacerlo. Me gustaría poder echarle al vino la culpa.

Se me antojó que ella, de súbito, se había dado cuenta de lo que me pasaba y de que no era precisamente el vino lo que me había excitado. Cambió de f tono, sin que yo hubiera hecho el menor intento de acusarme. En fin, me sentí indefenso frente a ella.

—Veo que no conoce aún a Muoth —siguió—. ¿Es que no se ha fijado cuando le ha oído cantar? Así es él; violento y cruel, pero más que contra nadie, contra sí mismo. Es un pobre impulsivo, que sólo posee fuerzas y carece de objetivos. A cada momento querría beberse toda el agua del mundo, pero sólo logra obtener una gota. Bebe vino, y no está nunca borracho; tiene mujeres, y nunca se siente feliz; canta divinamente, y no quiere ser artista. Siente afecto por alguien y le zahiere; finge aborrecer a todos los que se contentan; pero sólo consigue detestarse a sí mismo, por no ser capaz de contentamiento. A usted le demostró amabilidad de la mejor manera que pudo.

Yo seguía tercamente callado.

—Posiblemente usted no le necesite —continuó—. Usted tendrá sus amigos. Cuando vemos a alguien que sufre y que, en medio de sus padecimientos, se porta de un modo incongruente, debíamos perdonarle, hallar alguna explicación generosa.

Sí, pensé; eso era lo que había que hacer. Aunque mi llaga estaba todavía al descubierto y clamando socorro, poco a poco la caminata nocturna me fue refrescando. Me consideré en la obligación de meditar lentamente sobre las palabras de Marión y sobre mis propias sandeces: acaso debiera reconocer que yo no era sino un gafe y un cascarrabias y que era necesario volver por las buenas a Muoth y pedirle

perdón. Lejos ya de mí el valor que me había dado el vino, me dominaba una emoción desagradable, contra la que iba luchando y defendiéndome; así, pocas palabras podía cambiar con la bella Marión. Excitada e insegura ella también, caminaba a mi lado por la penumbra callejera, donde aquí y allá brillaba de pronto el reflejo de una linterna en la negra y muerta sobrehoz del suelo mojado. De repente, noté que me había dejado el violín en casa de Muoth, y simultáneamente desperté, cobrando conciencia de todo lo acaecido aquella noche; estaba sorprendido y espantado; muchas cosas habían cambiado en poco tiempo. Aquel Heinrich Muoth, y aquel Kranzl y también la espléndida Marión que interpretaba en el teatro papeles de reina, todos habían descendido de sus pedestales. A su mesa olímpica no se sentaban dioses o santos, sino pobres gentes: un hombre insignificante y casi cómico, otro preso entre vanidades, el propio Muoth, desventurado y febril en su necia postura de atormentador de sí mismo, y una gran mujer, callada, bondadosa, concedora del dolor, pero por otra parte mísera en su calidad de querida de un impetuoso gozador sin alegría. Tuve la impresión de que yo mismo había cambiado y ya no era el hombre sencillo de antes, sino otro más de aquel grupo, en el que había descubierto tantos rasgos fraternales como hostiles. No era posible amar a éste y detestar a aquél. Me avergoncé de mi escaso entendimiento y comprendí, por vez primera en mi veleidosa juventud, que no se puede avanzar con tanta sencillez a través de la vida y de los hombres, dejando aquí amor y allá aversión, tratando a éste con reverencia y a ese otro con desdén. Todo vive y pulula entreverado, o casi inseparable, sin que en algunos momentos puedan distinguirse unas cosas de otras. Miré a la mujer que iba conmigo, cuya voz se había apagado también, corro si su corazón le acabase de decir que la realidad era diferente de lo que ella había intentado expresar.

Llegamos por fin a su casa; me tendió una mano, que tomé y besé levemente.

—Que descanse —dijo afable, pero sin sonreír.

Su buen deseo se cumplió: en efecto, no sé cómo pude llegar por fin a mi casa y a mi lecho, y en seguida me quedé dormido. El sueño me duró más de lo acostumbrado: hasta bien entrada la mañana. Después me incorporé cual muñeco de caja de sorpresas, hice mis prácticas de gimnasia, me lavé, y al coger mi ropa vi sobre la silla mi levita: comprobé la falta de la caja del violín y sólo entonces me acordé de lo acontecido el día anterior. Sin embargo, como había descansado bien, me sentía de diferente humor, y los pensamientos de la noche precedente se resistían a reingresar en mi ánimo. Sólo me quedó de ellos el recuerdo; y en la memoria, las cosas acaecidas se me antojaron insignificantes, como produciendo efecto sólo hacia mis adentros. Me asombré de ver que, a pesar de todo, era el mismo de siempre.

Quise ponerme a trabajar, pero no tenía violín. Así que me marché de casa, al principio sin rumbo, y después tomando resueltamente la misma dirección del día anterior, hasta que llegué a la residencia de Muoth. Desde el jardín se le oía cantar. Atacóme el perro, y nuevamente fui guiado por la cansada vieja que acudió rápidamente. Me dejó entrar cuando dije que sólo iba a recoger mi violín y que no

molestaría al señor. En el vestíbulo mismo hallábase la caja, con el violín dentro y la partitura al lado. Debió de haberlo preparado todo Muoth: ello significaba que se había acordado de mí. Le oí cantar en voz alta, mientras se paseaba de un lado a otro por la habitación contigua, blandamente, como si llevase puesto calzado de fieltro; de vez en vez tocaba una nota en el piano. Su voz sonaba con claridad y frescura, más dueña de sí que otras veces en que yo le había escuchado. Ensayaba un papel desconocido para mí; y repetía con frecuencia y aceleraba sus paseos.

Una vez en mi poder las cosas de mi propiedad, quise irme. Estaba tranquilo y apenas me impresionaba ya el recuerdo del día anterior. No obstante, me picó la curiosidad de ver si Muoth había cambiado. Me acerqué a la puerta, e involuntariamente, de pronto, me vi con el picaporte en la mano; lo moví y me encontré casi dentro del cuarto.

Muoth se volvió, sin dejar de cantar. Estaba el mangas de camisa: ésta era muy larga, blanca y fina, él parecía como si acabase de salir del baño. Me asusté, aunque demasiado tarde, por haberle sorprendido casi en paños menores. Pero no pareció sorprendido de que yo entrase sin llamar previamente ni pareció importarle su propia indumentaria. Me tendió una mano como si todo fuese normal y me preguntó:

—¿Ha desayunado usted ya?

Respondí afirmativamente y se sentó al piano.

—¡Vaya papelito que me han encomendado! Por favor, escuche esta aria... ¡Menudo guirigay! Y quieren dar esta ópera en el teatro de la Corte, a base de Büttner y la Duelli... Pero esto a usted no le interesa... y en el fondo, a mí tampoco. Bueno, ¿cómo anda eso? ¿Descansó bien? ¡Tenía un aire tan cariacontecido cuando: se marchó! Y además se enojó conmigo... Perdón... mejor que no empecemos otra vez con tonterías.

Y en seguida, antes que yo replicara, prosiguió:

—¿Sabe que Kranzl es un pesado de marca mayor? Se empeña en no tocar la sonata de usted.

—¡Pero... si ayer la tocó!

—Quiero decir en un concierto... Yo quería encajársela, pero él se hace el sueco. Hubiera sido estupendo oírla este invierno en una *matinée*. Debe usted enterarse de que Kranzl, aunque no es nada tonto, es un solemne gandul. Por comodidad toca siempre música polaca, de esos autores que acaban en *insky* y en *owsky*, y no le gusta estudiar cosas nuevas.

—Me parece —dije— que, de todos modos, esta sonata no va a poder figurar en programas de concierto. Nunca lo imaginé. Además, técnicamente hablando, no es correcta, ni muchísimo menos...

—¡Pero si eso no tiene importancia! ¡Y dale con la conciencia artística! No somos maestros de escuela... Amigo mío: hoy, sin duda, se tocan cosas mucho peores, y, sobre todo, las toca el bueno de Kranzl. Y le diré más: debe usted darme su canción ¡y escribir pronto otras del mismo género! Me iré de aquí para la primavera: he

anulado un contrato y gozaré de vacaciones largas. Durante esa temporada quisiera dar algunos recitales de *Heder*, pero no a base de los eternos Schubert, Wolf, Löwe y demás nombres que aparecen en todos los programas de noche. Quiero añadir canciones nuevas, incluso de autores desconocidos; algunas, por lo menos, del carácter de la del alud... ¿Qué opina?

La perspectiva de que Muoth cantase mi música en audición pública era para mí una puerta abierta hacia el porvenir, a través de la cual entreveía esplendores. Cabalmente por esto quería ser circunspecto y no abusar de la amabilidad de Muoth ni obligarme demasiado. Me parecía excesiva la vehemencia con que quería atraerme a su esfera... ¿Es que quería cegarme? Al menos, en cierto modo, me coaccionaba. Por eso lo acepté en principio.

—Veamos —contesté—. Su proposición es muy generosa; sin embargo, no puedo prometer nada. Estoy a punto de terminar mis estudios y debo pensar en obtener buenas calificaciones. Mi porvenir como compositor es muy incierto: hasta ahora soy violinista y mi primera mira es conseguir una buena colocación.

—Eso podrá lograrlo en cualquier momento. No obstante, si un día la inspiración le dicta otra canción como la primera, me la dará, ¿eh?

—Sí, eso sí. Pero no comprendo por qué se interesa tanto por mí.

—¿Me tiene miedo? Simplemente, porque su música me agrada; quisiera cantar cosas suyas y me prometo buenos frutos de ello; puro egoísmo, como ve.

—Entonces, ¿por qué me habla de esa manera... quiero decir, como lo hizo ayer?

—¡Ah, se siente ofendido aún! ¿Qué fue lo que le dije? A decir verdad, ni me acuerdo ya. En todo caso, le aseguro que mi intención no era la de agraviarle, aunque parece ser que lo hice. Pero... ¡usted siempre tiene la posibilidad de defenderse! Cada cual es y habla como es o como cree que debe ser. Hay que dejar que la gente sea como es...

—Yo también lo creo así, pero usted hace lo contrario. Usted me azuza, pero luego niega validez a lo que digo. Usted saca a la luz aquello que yo no quiero ni pensar y que es mi secreto, y me lo echa en cara como algo que merece censura. Incluso se burla de mi pierna tesa...

Heinrich Muoth dijo lentamente:

—Sí... Los hombres son muy diferentes unos de otros. Uno se exaspera si se le dice la verdad; otro no puede tolerar las frases sonoras o hipócritas. Usted se irritó conmigo porque no le traté como a un director de escena, y yo me enojé porque usted trató de escurrírseme y quiso saldarme la cuenta con proverbios acerca del consuelo que el arte proporciona...

—Tal como se lo dije, creí que tendría que ser; lo que pasa es que no suelo discutir estas cosas. Y en cuanto a lo demás, prefiero no hablar. Quiero esconderlo dentro de mí y no permitir a nadie, ni con amenazas ni con ironías, que sonsaque lo que acaece en mis adentros. A nadie puede interesar si estoy afligido y desesperado, como tampoco la influencia de mi pierna y mi invalidez en mi estado de ánimo.

Muoth se levantó.

—No estoy vestido aún, pero lo estaré en un momento. Es usted un hombre delicado; yo en cambio, desgraciadamente, no lo soy. Pero no hablemos de ello más. ¿No se ha dado cuenta de que siento por usted un verdadero afecto? Espéreme sólo unos momentos, mientras me visto; entretanto, si quiere distraerse sentándose al piano... ¿No canta usted...? ¿No? Es cosa de muy pocos minutos...

De acuerdo con lo prometido, volvió con presteza de la habitación vecina, ya completamente vestido.

—Ahora iremos a un sitio céntrico de la ciudad y comeremos juntos —dijo de buen humor.

Lo dijo sin más: «Iremos»...; y fuimos. No me consultó siquiera si estaba yo de acuerdo. Esto me dio rabia; sin embargo, me impresionó: él era el más fuerte y, con todo, en la conversación y conducta demostraba una mentalidad infantil y caprichosa, a menudo encantadora, que obligaba a los demás a reconciliarse del todo con él.

Muchas veces me encontré con Heinrich Muoth desde entonces. Con frecuencia me mandaba entra, das para la ópera; otras veces me pedía que tocara el violín en su casa; y aunque no todo en su persona me agradase, él tuvo que soportar no pocas cosas más. Así se afirmó entre nosotros una amistad que en aquella sazón era la única que yo tenía; casi empecé a sentir temores de que llegase el tiempo de nuestra separación. En cuanto se celebró la función de su despedida, se hicieron algunos esfuerzos insistentes para retenerle en la compañía: pero ni con ciertas concesiones fue posible. El propio Muoth insinuó una que otra vez algo relativo a un contrato nuevo con un gran teatro; pero de pronto no hubo confirmación. Entretanto, la primavera llegó.

La última tertulia masculina de la temporada se reunió algún tiempo después en casa de Muoth. Esta vez no asistió ninguna mujer. Los presentes brindamos por el feliz regreso y porvenir del cantante. Hacia la madrugada, Muoth nos acompañó hasta la verja, nos hizo ademanes amistosos y luego se volvió, tiritando de frío, a la morada medio vacía, acompañado del perro, que saltaba y ladraba en torno suyo. Se me antojó que estaba terminando una etapa de mi vida y de mis experiencias humanas; creía conocer a Heinrich lo bastante para estar seguro de que nos olvidaría al cabo de poco tiempo. En aquel momento tuve la sensación, definida e imparcial, de profesar verdadero afecto a aquel hombre sinuoso, variable y dominador.

También hubo de llegar para mí la hora de la partida. Hice las últimas visitas a personas y lugares de los cuales estaba decidido a guardar buen recuerdo; una vez más subí hasta aquel camino alto que un día había recorrido y contemplé desde allí la inolvidable ladera de la montaña.

Regresé a casa de mis padres, al encuentro de un porvenir ignorado y probablemente tedioso. Ni tenía un puesto fijo ni podía dar conciertos independientes; en mi ciudad natal lo único que me esperaba era la oportunidad, temible para mí, de dar lecciones de violín a unos cuantos alumnos. También me

esperaba la compañía de mis padres, lo bastante delicados y bondadosos para no preguntarme qué sería ahora de mí y lo bastante acomodados para que no fuesen de temer estrecheces económicas. Pero comprendí desde el primer momento que, a pesar de esto, no podría aguantar allí mucho tiempo.

Diez meses pasé en la casa paterna y nada ocurrió digno de mención. Daba lecciones a tres alumnos; bajo ningún aspecto podía decir que me sentía: desgraciado. También allí vivía, la gente y presenciaba yo el acontecer diario, pero mi relación con seres y sucesos se caracterizaba por una indiferencia amable y urbana. Nada llegaba a entusiasmarme ni a conmoverme el corazón. En cambio, ajeno al mundo, vivir algunas horas musicales mágicas, extrañas, durante las cuales mi vida toda se me antojó fría y como divorciada de mí, y sólo me quedó dentro el anhelo de la música: éste llegaba a atormentarme durante las clases de violín, hasta el extremo de hacerme intolerable; ante mis alumnos debía de parecer un maestro gruñón. No obstante, luego, cuando acababa de dar mis lecciones, o las suspendía con cualquier pretexto o mentira, quedaba profundamente sumido en deliciosos sueños irrealizables, construía como un sonámbulo audaces edificios sonoros, alzaba atrevidos castillos en el aire, abovedaba cúpulas asombrosas y diseñaba orlas y arabescos juguetones, alegres y livianos como pompas de jabón.

A los ojos de los demás, sin duda, me pasaba la vida, en constante aturdimiento, dentro de un mundo extraño; mis conocidos se distanciaban prudentemente de mí, mis padres se preocupaban. Mientras, brotó en mí, con renovada vida, el agotado manantial, más pujante y rico de lo que había sido allá en las montañas un año atrás. Los frutos de años aparentemente perdidos y pasados entre ensueños y trabajos habían estado madurando de modo imperceptible y por fin cayeron uno tras otro, despaciosamente y sin ruido; allí estaba, en torno mío, su fragancia, su brillo; eran tan cuantiosos que su número casi mi hacía daño y los acepté con vacilación y desconfianza. La serie empezó con una canción; vinieron luego una fantasía para violín y un cuarteto para instrumentos de arco. Cuando, meses después, tuve terminadas varias canciones más y algunos esbozos de obras sinfónicas, consideré todo lo hecho como un simple comienzo, como meras tentativas, y me atrevía a pensar en una sinfonía de grandes proporciones y aun en una ópera. De cuando en cuando escribía cartitas en tono humilde a directores de orquestas y teatros, incluyendo en los sobres notas con las opiniones de mis maestros; en aquellas misivas pedía que se me tuviese en cuenta para la primera vacante de violinista que se produjera. A veces no obtenía contestación; otras veces llegaba una respuesta cortés, encabezada con el consabido «Muy señor mío:»; pero la deseada colocación no aparecía por ninguna parte. Entonces, durante un par de días, me sentía abatido y apocado, ponía el mayor esmero en mis lecciones de violín y escribía más cartas en el mismo tono de modestia. Acto seguido, llenaba pentagramas con toda la música que tenía en las mientes; apenas había empezado, me olvidaba totalmente de cartas, orquestas, teatros, directores y «muy señores míos» y me encontraba solo conmigo,

absorto y bastándome a mí mismo.

Son evocaciones estas que no pueden ponerse en letra escrita como las demás. Lo que un hombre es ante sus propios ojos; sus vivencias; cómo crece y recorre su ruta, cómo enferma y muere; nada de esto es susceptible de relato. La vida del hombre que trabaja es aburrida; son interesantes, en cambio, las vidas y destinos de los pícaros. Puede ser que, en el recuerdo, aquella época se me aparezca densa en acontecimientos; sin embargo, nada puedo contar, pues me hallaba desarraigado de la vida social y humana.

Sólo una vez me aproximé, durante un corto rato, a un hombre a quien no es lícito dejar de mencionar: el profesor Lohe.

A fines del otoño salí un día de paseo en dirección a un barrio meridional. No era un distrito habitado por ricos: modestos rentistas y gentes con pequeños ahorros vivían allí en casas baratas ajardinadas. Un arquitecto joven y diestro había construido muchas de estas casas, y yo tenía deseos de verlas, pues se decía que eran muy bonitas. La tarde estaba templada; acá y allá algunos de los habitantes del barrio se dedicaban a recoger de los nogales los frutos tardíos; las casitas nuevas y los jardines lucían al sol. Me agradaron las pulcras y sencillas viviendas, y las contemplé con ese interés superficial y benévolo que ponen en tales cosas los jóvenes cuando se hallan aún lejos de pensar en el hogar propio o en la fundación de una familia, o en el reposar tras el esfuerzo cotidiano. La calle en calma, flanqueada por los jardincitos, me causó grata impresión. Paseé despacio por ella, y mientras lo hacía, iba mirando los nombres de los propietarios en las placas fijadas en las verjas.

En una de aquellas plaquitas leí «Konrad Lohe», nombre que no me era desconocido. Me paré a pensar y recordé que uno de los maestros de mi colegio se llamaba así. Durante algunos segundos pintóseme en la memoria aquella época, asociada fugazmente a rostros de condiscípulos y profesores, apodos y anécdotas. Y mientras allí permanecía, mirando la placa de latón y sonriendo, salió de detrás de un grosellero un hombre, aproximóse y me miró al rostro.

—¿Es a mí a quien busca? —y resultó ser el propio Lohe, el profesor, a quien en broma llamábamos Lohengrin.

—En realidad no he venido a visitarle —respondí, quitándome el sombrero—, pues no sabía que usted viviera aquí. Fui alumno suyo en tiempos...

Me miró con más atención, recorriéndome con los ojos hasta llegar al bastón; entonces pareció recordar algo y murmuró mi nombre. No me había reconocido por la fisonomía, sino por la pierna lisiada, sin duda había oído hablar de mi accidente. Me hizo pasar. Estaba en mangas de camisa y con un delantal verde; no parecían haber pasado los años por él y su aspecto era magnífico. Paseamos por el jardín, que era pequeño y estaba bien cuidado; luego me condujo a una galería abierta, donde nos sentamos.

—Nunca le hubiera reconocido —dijo francamente—. Espero que me recuerde, con agrado.

—No del todo... —respondí Sonriendo—. Me castigó usted una vez por una falta que yo no había cometido y afirmó que yo mentía. Estaba en cuarto curso.

Me miró desolado.

—¡Cuánto lo siento! Pero no debe guardarme rencor. Muchas veces nos ocurre eso a los maestros: con la mejor voluntad hacemos algo que no resulta bien... ¡Injusticia al canto! Conozco casos peores; en parte fue por ello por lo que dejé mi puesto.

—¡Ah! ¿Ya no trabaja?

—Desde hace mucho tiempo... Caí enfermo y, cuando me restablecí, mis ideas habían cambiado de tal manera que tuve que despedirme. Mis esfuerzos par ser buen maestro habían sido inútiles: para eso hay que nacer. Lo dejé y desde entonces me encuentro bien.

Le creí. Quise que me contara más de su vida, pero él se empeñó en saber algo de la mía. Poco le conté. No le agradó mucho que me hubiera convertido en músico; me compadeció amable y tiernamente por mi mala suerte; pero sus palabras no me hicieron impresión. Circunspecto, trató de indagar cómo lograba yo consolarme, y no se conformó con oír mis evasivas. Me dio a entender, con misteriosos gestos y tímidos circunloquios, ora vacilante, ora impaciente, que él conocía un procedimiento de consolación, una perfecta sapiencia, que estaba al alcance de todo espíritu apesarado.

—Se refiere a la Biblia, ¿verdad? —dije.

Sonrió astutamente.

—La Biblia es un excelente camino hacia el saber pero no es el saber mismo.

—Entonces, ¿dónde está el saber?

—Si de veras desea hallarlo, lo encontrará fácilmente. Le daré algo para leer, algo que le enseñará las primeras nociones... ¿Ha oído usted hablar de la doctrina del *karma*?

—¿Del *karma*? No. ¿Qué es?

—Ya lo verá. No tenga prisa.

Marchóse corriendo y me dejó solo durante un rato. Me quedé allí sentado, estupefacto y en dubitativa espera, mirando al fondo del jardín, en el que había gran cantidad de frutales enanos dispuestos en impecables hileras. Pronto volvió Lohe, corriendo como cuando se fue. Los ojos le brillaban. Miróme y me alargó un librito cuyo título, rodeado de misteriosas líneas ornamentales, rezaba: *Catecismo teosófico para principiantes*.

—¡Acéptelo, por favor! —me rogó—. Puede quedarse con él. Si después quiere saber más, puedo prestarle otras obras. Esto es sólo una introducción. Se lo debo todo a esta doctrina. Sané de cuerpo y de alma, y tengo la esperanza de que a usted le pase lo mismo.

Cogí el librito y me lo guardé. Lohe me acompañó hasta la calle, y con un amable adiós, me rogó que volviese pronto. Le miré atentamente a la cara y en ella leí

bondades y contentamiento; me pareció que nada perdería intentando hallar la ruta conducente a aquel género de dicha. Regresé a casa con el librito en el bolsillo y deseoso de iniciarme en tal camino.

Pero pasaron algunos días antes que pudiese llevar a la práctica mi deseo. Cuando me vi en casa sentí otra vez la atracción de las corcheas y me sumergí en la música, nadando con vehemencia en sus aguas. Estuve escribiendo notas y tocando hasta que se pasó la tormenta y regresé, despertándome de mi ensueño, a la vida diaria. Entonces experimenté el deseo de empezar el estudio de la nueva doctrina. Me senté libro en mano, con la idea de que no me sería difícil comprenderlo por entero.

Pero la cosa no fue tan sencilla. El opúsculo empezó a crecer en volumen y densidad entre mis manos y al final se mostró indomeñable. Comenzaba con un hermoso y ameno prefacio sobre las diversas vías que conducen a la sabiduría, de las que cada una tiene una validez distinta, y sobre la hermandad teosófica de aquellos que apetecen libremente la ciencia y la perfección interior, para quienes todo credo es sagrado y grata toda vereda que lleva hasta la claridad. Venía luego una cosmogonía ininteligible, una división del universo en diversos «planos» y de la Historia en distintas eras extrañas para mí; en aquella Historia la *Atlántida* desempeñaba cierto papel. Pasé por alto aquello, de momento, y me metí en seguida en los capítulos en que se contenía la doctrina de la reencarnación, que entendí mejor. No comprendí, con todo, si aquello era mitología o fábula poética o pretendía ser verdad sin metáforas. Parecía aspirar a ser esto último, lo cual no me cabía en la cabeza. Seguía luego la doctrina del *karma*, que se me apareció como un culto religioso a las leyes de causalidad: esto no me pareció mal. Y así sucesivamente... De súbito, tuve la impresión de que tal teoría podía ser un tesoro y un alivio solamente para quienes la aceptaran literalmente y como verdad, creyendo en ella a pie juntillas. Cuando, por el contrario, como era mi caso, no representaba otra cosa que una alegoría, con puntas y ribetes de belleza y de mito, la cuestión cambiaba. Me pareció posible considerar con respeto y aprender algo de aquella tentativa de explicación del universo; pero no sacar de allí energía y vida; tal vez fuese hacedero convertirse en teósofo con espíritu y dignidad, pero el consuelo genuino sólo alcanzaría a los que profesasen la doctrina con fe simplona y sin espíritu investigador. Para mí, pues, por el momento no era nada cardinal.

No obstante, no dejé de visitar una y otra vez a mi antiguo profesor, que durante doce años había utilizado la lengua griega como instrumento de mi tortura y de la suya, y que ahora se proponía, de modo igualmente infructuoso, ser mi mentor y maestro. No llegamos a entablar verdadera amistad, pero me agradaba ir a verle, pues durante algún tiempo fue la única persona con la que pude discutir sobre problemas importantes de mi existencia. Como experimento, me sirvió para aprender que tales discusiones, como modos de hablar, carecen de valor, y en el mejor de los supuestos conducen sólo a sutilizar. Sin embargo, la presencia de aquel hombre que creía en algo, aun cuando Iglesia y Ciencia le dejasen indiferente, y que ya en la segunda

mitad de su existir vivía ingenuamente dentro de convicciones raras y alambicadas, pero equivalentes a honda religiosidad y paz de alma, me resultó conmovedora y casi digna de veneración.

Aun habiéndome quedado cerrada aquella vereda, pese a mis esfuerzos, siento hoy admirativa simpatía por los hombres piadosos, firmes y que se sienten contentos de su fe. Lo malo es que ellos no pueden corresponder a mi simpatía.

Capítulo IV

Durante el corto lapso de mis visitas al entusiasta teósofo y hortelano recibí una vez una pequeña cantidad de dinero, cuya procedencia me resultaba incomprensible. Me la enviaba un conocido agente de conciertos de la Alemania septentrional, con el cual, empero, nunca había yo entrado en relaciones. Solicité una explicación y me informaron de que aquella suma se me giraba por orden de Herr Heinrich Muoth, en concepto de derechos de autor, por haber cantado el citado señor una de mis canciones en seis de sus conciertos.

Escribí entonces a Muoth dándole las gracias y pidiéndole detalles. Ante todo, tenía interés en conocer la acogida que el público había otorgado a mi canción. Había oído hablar de los conciertos que Muoth estaba dando en diversas ciudades y había leído una o dos veces reseñas alusivas en los diarios; pero nunca se había dicho nada de mi canción. Con prolijidad de misántropo, le conté en mi carta todo lo que pude de mi existencia y de mi trabajo, y además metí en el sobre una de mis nuevas canciones. Luego estuve esperando su contestación durante dos, tres, cuatro semanas; como no llegaba, me olvidé del asunto. Seguía escribiendo casi a diario la música que me brotaba como en un sueño. Pero en los intervalos no creadores me sentía apagado y descontento; las clases me resultaban cada vez más pesadas y me daba cuenta de que no las aguantaría ya por mucho tiempo. Cuando, por fin, me llegó una carta de Muoth, fue como si alguien me sacara de una cárcel. Decía así:

Querido Kuhn: No tengo ninguna facilidad para escribir cartas. No contesté a la suya, en primer lugar, por no saber qué decirle. Pero ahora estoy en condiciones de hacerle propuestas concretas. El teatro de la Ópera de esta ciudad de R. me ha contratado y creo que sería un placer para todos que usted también se viniera aquí. Podría, para empezar, conseguir un puesto de violín segundo; el director de la orquesta es hombre franco y razonable, aunque también sea un grosero. Probablemente habrá ocasiones de tocar algo de usted aquí. Hay buenas agrupaciones de cámara. Con referencia a sus canciones, hay aquí un editor interesado en adquirir los derechos de publicación. Pero... es tan aburrido escribir sobre estas cosas... Es mejor que venga usted en persona cuanto antes. Para lo del puesto de violinista póngame un telegrama: es cosa urgente. Suyo,

Muoth.

Y así me vi, de pronto, arrancado de aquella vida estéril y eremítica que llevaba. Podía navegar de nuevo por la corriente de la vida, aunque fuese a la deriva; tendría esperanzas y preocupaciones, temores y alegrías. Nada había que me retuviera; para

mis padres era una satisfacción verme dar el primer paso decisivo en mi vida, verme llegar a una primera meta. Envié en seguida el telegrama. Tres días después hallábame en R., al lado de Muoth.

La cosa ocurrió así: yo me había alojado en un hotel al llegar y acto seguido había intentado ver a Heinrich, pero sin resultado. A poco vino a mi hotel y me vi de improviso ante él. Me estrechó la mano, se abstuvo de hacerme preguntas, no contó nada ni compartió mi excitación. Estaba habituado a dejarse llevar por la corriente de la existencia, tomando en serio sólo el instante actual y viviéndolo intensamente. Apenas me concedió el tiempo necesario para cambiarme de traje; en seguida me llevó a presencia del director de orquesta, Rössler.

—Aquí tiene al señor Kuhn.

Rössler asintió levemente con la cabeza.

—Tanto gusto... ¿Qué desea?

—Es el violinista de que le hablé —intervino Muoth.

El director me miró atónito, volvióse hacia el cantante y, sin la menor consideración, le dijo:

—Pero usted no me había dicho nada de que este señor es cojo. Necesito gente con los miembros sanos.

Toda la sangre se me subió de un golpe a la cara, pero Muoth siguió tan tranquilo. Se echó a reír y replicó:

—¿Y qué es lo que este caballero va a hacer? ¿Bailar tal vez, Rössler? Si no fuera capaz de tocar el violín le devolveremos al sitio de procedencia. Pero antes habrá que probarle...

—Bien, hagan lo que quieran. Señor Kuhn, venga mañana a mi casa a las nueve dadas... ¿Acaso le ha molestado lo que he dicho de la cojera...? Muoth bien pudo habérmelo dicho antes. Bueno, mañana veremos. Hasta más ver.

Cuando nos hubimos ido, se lo reproché a Muoth. Encogióse de hombros, alegando que si desde el primer momento hubiese hablado de mi defecto, el director probablemente se hubiera opuesto a mi admisión; en cambio, ahora, estando yo allí, pronto me daría cuenta del lado bueno del carácter de Rössler: sería suficiente con que la prueba le dejase medio contento.

—Pero ¿por qué me ha recomendado usted para el puesto, sin saber si estoy en condiciones de desempeñarlo...?

—Eso es cosa de usted. He pensado que las cosas tenían que marchar bien y marcharán bien. Es usted tan modesto que nunca conseguiría nada si alguien de cuando en cuando no le diera un tirón. Yo le he dado uno: ahora tambaléese si quiere, pero siempre hacia delante. No pase miedo: su predecesor era una medianía.

Pasamos la noche en su casa. También en R. había alquilado Muoth algunas habitaciones en un barrio residencial y tranquilo, entre jardines. Su enorme perro salió a su encuentro a saltos. Apenas llevábamos un corto rato sentados ante la chimenea calentándonos, cuando alguien tocó el timbre. A poco una dama alta y muy

hermosa entró y nos hizo compañía. La atmósfera era la misma que la de aquel memorable cumpleaños: de nuevo su querida era una figura aristocrática, impecable. Muoth parecía disfrutar de la compañía de bellas mujeres con la mayor naturalidad. Miré a la nueva con el interés y la timidez que experimentaba en presencia de las mujeres bien dotadas para el amor. Probablemente en mi forma de mirar había un porcentaje de envidia, por andar yo, con mi pierna lisiada, siempre sin esperanza y sin amor por el mundo.

Como la otra vez, en esta ocasión también se bebió de lo lindo. Muoth nos tiranizó con su temperamento avasallador y secretamente voluptuoso, y, sin embargo, no nos resistimos a su tiranía. Cantó espléndidamente, entre otras cosas, una de mis canciones; los tres nos hicimos amigos, abandonando toda reserva; nos acercamos, nos miramos con ojos no velados y estuvimos juntos todo el tiempo que el calor no vital duró en nosotros. La esbelta dama, que se llamaba Lotte, me atraía con su suave afabilidad. No era la primera vez que una mujer hermosa y enamorada me trataba compasivamente y con aquella extraña confianza; también en esta ocasión me hizo bien y me hizo daño a la vez; pero ya conocía yo aquella melodía y no la tomé demasiado en serio. Ya me había sucedido más de una vez que una mujer, dominada por un sentimiento amoroso, me estimase digno de una simple amistad matizada de especial carácter. Todas me creían incapaz no sólo de amar, sino de sentir celos, y a eso se añadía la odiosa misericordia. Confiaban en mi con una amistad que tenía no sé qué de maternal.

Desgraciadamente yo no tenía aún experiencia ninguna en relaciones de aquel tipo; me era imposible contemplar desde cerca la fortuna amorosa de los demás sin pensar un poco también en mí y comprobar que, a fin de cuentas, yo también habría gozado experimentando algo análogo. Esto mermó mis alegrías en cierta medida; con todo, pasé una grata velada en compañía de una hermosa mujer que se confiaba y de un hombre a la vez fogoso y sombrío, que me estimaba y se preocupaba por mí y, sin embargo, no era capaz de demostrarme afecto sino de la manera como solía hacerlo con las mujeres, es decir, de un modo violento y caprichoso.

Chocamos la última copa antes de despedirnos. Muoth me hizo un gesto y dijo:

—¿Qué pensaría si yo le propusiera ahora que nos tuteásemos? Me gustaría hacerlo... Acaso debamos, sin embargo, dejar las cosas como están; dará lo mismo... Fíjese, yo antes me ponía a tutearme con cualquiera que me agradaba; pero luego he visto que siempre es prudente, sobre todo entre colegas. Acaba uno por pelearse con todos.

No tuve la suerte agridulce de poder acompañar a su casa a la amante de mi amigo. Esta vez se queda en la casa de Muoth, y acaso fue mejor para mí. El viaje, la visita a Rössler, la tensa espera del día siguiente, el hecho de reanudar la amistad con Muoth, todo ello, me había beneficiado bastante: hasta aquel momento no me di cuenta de lo muy olvidadizo, despistado y raro que me había vuelto durante aquel año pasado entre soledades y expectativas. Por fin, me sentía alegre y de nuevo activo y

animado entre los hombres, perteneciente de nuevo al mundo.

A la mañana siguiente me personé temprano en casa de Rössler. Me recibió en su dormitorio, en bata y despeinado, pero con mayor amabilidad que el día anterior. Puso en el atril música escrita a mano y, sentándose él mismo al piano, me invitó a que tocara. Lo hice valientemente; la lectura de la música garabateada me hizo tropezar alguna vez. Cuando terminamos, me colocó en el atril otra hoja que debía tocar sin acompañamiento, y luego otra más.

—Bien —dijo—. Tendrá que habituarse a leer mejor; las notas manuscritas no son como las impresas, ¿eh? Venga esta noche al teatro; le prepararé un sitio... Sí, podrá usted tocar al lado del interino que por razones de urgencia está ocupando el puesto... ¡Se encontrará usted un poquillo apretado! Mire bien antes la música, estúdiela, repásela. Hoy no habrá ensayo. ¡Ah!, voy a darle un vale para que retire su *particella*: puede hacerlo hoy por la mañana desde las once.

No entendí claramente cuál era mi situación, pero pude darme cuenta de que a aquel hombre no le gustaban las preguntas y me marché. En el teatro presenté el vale, pero nadie sabía nada de cuadernos de música; creo que nadie quería ni escucharme siquiera. Yo no estaba habituado al ajetreo de un teatro y perdí la serenidad. Envié un recado a Muoth, quien llegó a poco, y en seguida todo marchó perfectamente. Por la noche toqué en la función, observando que el director prestaba especial atención a mi trabajo. Al día siguiente obtuve la plaza.

Tan extraña es la condición humana que, en medio de la nueva vida y de la realización de mis deseos, me sentí incomprensiblemente afectado por una leve, fugitiva y velada nostalgia de la antigua soledad y aun del aburrimiento y de los días vacíos de otro tiempo. Por un instante se me apareció como deseable la temporada que había pasado en mi pueblo, a cuya triste falta de acontecimientos escapé tan agradecido. Pensaba especialmente con verdadera añoranza en las semanas pasadas en la montaña dos años atrás. Se me antojó que no había nacido para el bienestar y la dicha, sino para la debilidad y el fracaso, y que si careciera de este lado negativo, el manantial de mi creación fluiría más pobre y turbio todavía. Realmente, al principio no era dable hablar de horas de sosiego ni de labor creadora, y mientras las cosas me fueron bien y mi vida emocional fue rica, creí estar oyendo, en lo hondo, el fluir de la fuente oculta y sus quedas lamentaciones.

Causábame cierto gozo el tocar el violín en la orquesta. Me pasaba sentado mucho tiempo estudiando las partituras y tanteando con ansia la manera de avanzar en el singular mundo que constituían. Poco a poco aprendí a apreciar lo que sólo había sabido antes teóricamente y desde lejos: la clase, el color, la significación de los diversos instrumentos, uno tras otro. Además estudié con todo detenimiento la música de escena, aguardando con creciente fe a que llegara el momento de atreverme a escribir una ópera. Mi amistad con Muoth, que ocupaba una posición alta y privilegiada en el teatro de la Ópera, me acercó a todo aquello y me sirvió de gran ayuda; sin embargo, también sirvió para indisponerme considerablemente con mis

colegas de la orquesta, con quienes no pude llegar al trato abiertamente amigable a que mi ánimo se sentía dispuesto. Sólo hubo una excepción: el concertino, un austríaco —estirio, por más señas— apellidado Teiser, no tuvo inconveniente en amistarse conmigo. Tendría seguramente sus diez años más que yo; era un hombre sencillo y sincero, con un rostro de facciones finas y que con facilidad se le encendía; su musicalidad era extraordinaria, como también su oído, prodigio de agudeza y finura. Era uno de esos artistas a quienes basta con su arte, sin que pretendan ellos mismos desempeñar un papel más o menos importante en él. No era lo que se dice un *virtuoso*; tampoco había compuesto música; limitábase a tocar su violín, contento y consciente de dominar su arte a fondo. Conocía cualquier obertura o preludio mejor que muchos directores de orquesta, y cada vez que se llegaba a un pasaje refinado o brillante, donde destacaba la entrada de algún instrumento de una manera bella y original, se le iluminaba el semblante y gozaba de aquello como nadie en el teatro. Sabía tocar casi todos los instrumentos, de manera que no pasaba día sin que yo aprendiese algo nuevo de él o le consultase alguna cuestión dudosa.

Durante muchos meses no cambiamos una sola palabra que no fuera sobre nuestro arte; pero yo le apreciaba de veras y él comprendió que yo tenía serio interés en aprender. Así se estableció entre los dos un mutuo entendimiento no concertado adrede, el cual no andaba muy lejos de ser una verdadera amistad. Por fin me decidí a hablarle de mi sonata para violín, rogándole que la tocara un día conmigo. Aceptó gustoso, y el día fijado vino a mi casa. Para proporcionarle un placer, había yo procurado agenciarme una botella de vino de su patria. Tomamos un vaso; luego coloqué la partitura y empezamos.

Tocó de manera excelente a primera vista; pero, de repente, se interrumpió y dejó el arco.

—Oiga, Kuhn —me dijo—: esta música... ¿cómo le diré...?, es endemoniadamente buena; no es para tocarla de cualquier manera. He de estudiarla. Me la llevo con su permiso.

Así lo hizo. Cuando, días después, volvió a mi casa, tocamos dos veces la sonata entera. Al concluir, me dio un enérgico y amistoso golpe en el hombro, exclamando:

—¡Qué callado se lo tenía, amiguito! Usted siempre haciéndose el tímido, como un colegial... ¡y luego resulta que a hurtadillas escribe cosas como ésta! No quiero hablar demasiado, puesto que no soy profesor de composición, pero esta música desconcierta por su hermosura.

Aquella fue la primera vez que alguien en quien confiara yo de veras elogiaba una obra mía. Le enseñé todo lo que había compuesto, incluso las canciones que ya estaban para ser editadas y que aparecieron, en efecto, poco después. Con todo, no me atreví a decirle que mi audacia como músico llegaba hasta el extremo de pensar en escribir una ópera.

En aquellos buenos tiempos ocurrió un suceso de poca monta que, sin embargo, me produjo verdadero horror, por lo que se me quedó grabado para siempre en la

memoria. Había visitado muchas veces a Muoth sin encontrarme nunca con la hermosa Lotte; pero no me había parado mucho a pensar en esto, pues no solía mezclarme en sus amoríos y prefería no saber nada de ellos. Por eso nunca le había hecho yo preguntas al respecto, y él tampoco tenía por costumbre comentar asuntos de esa índole.

Una tarde me hallaba solo en mi aposento estudiando una partitura. Sobre el alféizar, mi gato negro dormitaba al sol y en la casa no se oía el menor ruido. Entonces la puerta de la calle se abrió, y una persona, a la que la dueña de la casa saludó y trató de contener, se abrió paso y se dirigió hacia mi puerta, llamando impaciente. Cuando abrí, entró una alta figura de mujer que se tapaba el rostro con un velo y que cerró la puerta tras de sí. Avanzó unos pasos, respiró profundamente y por fin se quitó el velo. Reconocí a Lotte: parecía muy agitada, y en seguida adiviné por qué había venido. Le rogué que se sentara y lo hizo; me había tendido la mano, pero sin pronunciar una palabra. Notando mi timidez, pareció más aliviada: sin duda había temido que yo la mandara marcharse en el acto.

—¿Ha venido usted por algo referente a Heinrich? —le pregunté por fin.

Lotte asintió.

—¿Lo sabía usted...?

—No sé nada: me lo he imaginado.

Me miró como un enfermo mira a su médico; guardó silencio y se quitó los guantes sin prisa. De repente se puso en pie, y colocándome las manos en los hombros, me miró fijamente con los ojos muy abiertos.

—¡No sé qué hacer...! No está en casa nunca; ya no me escribe, ¡ni siquiera abre mis cartas! Hace tres semanas que intento hablar con él y no puedo conseguirlo. Ayer mismo estuve en su casa; sé que él estaba, pero no me recibió. Ni siquiera le silbó al mastín para que no me atacara. El animal me estropeó el vestido: tampoco parece ya conocerme.

—¿Tal vez riñeron ustedes? —me aventuré a preguntar por decir algo.

Se rió.

—¿Reñir nosotros? Desde el primer momento. Pero a esto ya estaba acostumbrada. Precisamente en los últimos tiempos se ha vuelto muy comedido; de palabra y esto es lo que no me gusta, pues temo su significado. Por otra parte, varias veces me ha enviado recado de que fuera a verle y luego no estaba, otras veces me ha citado en determinado sitio y luego no ha acudido. Últimamente me ha tratado de «usted». ¡Vamos, esto es el colmo! ¡Hubiera preferido que volviera a pegarme!

Me quedé horrorizado.

—¿Cómo? ¿Pegar...?

Lotte volvió a reírse.

—¿Usted no lo sabía...? Me pegaba frecuentemente, pero ya hace mucho que no lo hace. Se ha vuelto muy educado, ha dejado de tutearme y ahora al parecer finge que no me conoce. Tiene otra... creo... Por eso he venido. ¡Por favor, dígame lo que

sepa! Tiene otra... ¿verdad? ¡Usted tiene que saberlo!

Antes que yo pudiese evitarlo, me había cogido de las manos. Me quedé petrificado. Aunque hubiera; querido rechazarla y cortar aquella escena, me sentía casi contento de que ella no me dejase hablar, pues no habría acertado a decirle nada. Llena a la vez de esperanza y de aflictivos temores, se conformaba por momentos con que la escuchase; rogó, me contó cosas, se me quejó de Muoth en un tono que revelaba la violencia de su pasión. Yo no podía apartar la vista de su hermoso rostro, húmedo de lágrimas, que me recordaba las frutas en sazón; de pronto no pude pensar en otra cosa que en el hecho de que Muoth le había pegado. Creí ver el puño de mi amigo ante mis ojos y sentí verdadero horror de él y de ella también, ya que, después de los golpes, del desprecio y del rechazo, no parecía tener más deseo que el de volver de nuevo al camino que la llevara hacia él y hacia los malos tratos y humillaciones de ayer. Finalmente, la pasión torrencial entró en crisis; Lotte habló con más calma, pareció más tímida y consciente de la situación y enmudeció. Al mismo tiempo me soltó las manos.

—No hay otra mujer... —dije en voz baja—. Al menos, que yo sepa. No creo que la haya.

Me dirigió una mirada de gratitud.

—De todos modos me es imposible ayudarla —proseguí—, ya que nunca hablo con Heinrich de estas cosas.

Durante unos instantes guardamos silencio los dos. No pude menos de pensar en Marión, la hermosa Marión, y en aquella noche en que, del brazo, habíamos caminado juntos a través del viento caliente y huracanado. ¡Qué valientemente había ella defendido a su amante! ¿La habría maltratado también a ella? ¿Continuaría también Marión corriendo tras de él?

—¿Por qué ha venido... aquí precisamente? —pregunté a Lotte.

—No lo sé. Tenía que hacer algo. ¿Cree usted que se acuerda de mí aún? Usted es buena persona. ¡Ayúdeme! Hable con Heinrich, pregúntele...

—No. Eso es imposible. Si la ama todavía, volverá a encontrar por sí solo el camino hasta usted. Y si no...

—¿Qué?

—Entonces debería usted dejarle que siga su senda y su destino; no merece él que se humille usted de este modo.

Sonrió de improviso.

—¡Oh, dice usted que...! Qué sabe usted del amor...

Tiene razón, pensé. Sin embargo, me dolió que dijera aquello. Si el amor nada quería conmigo, si yo había de vivir al margen de él, ¿por qué tenía yo que representar el papel de confidente y consolador de amantes? Aquella mujer me daba lástima, pero aún más me inspiraba desprecio. Si aquello era amor —es decir, de una parte crueldad y de la otra humillación—, era mejor vivir sin amor.

—No quiero discutir de eso con usted —repliqué con frialdad—. No comprendo

esa clase de amor.

Lotte volvió a ponerse el velo.

—Bien... ya me marchó... —murmuró.

De nuevo sentí compasión, pero como no me agradaba la idea de repetir aquella estúpida escena, rila callé y le abrí la puerta. La acompañé hasta la escalera, pasando junto a la dueña, que salió a curiosear. Me incliné. Lotte salió sin decir palabra.

La seguí con la mirada, sin poder reprimir mi tristeza. Durante largo rato su figura no se borró de rail imaginación. ¿Es que yo era, de veras, tan distinta de toda aquella gente, de Marión, de Lotte, de Heinrich? ¿Acaso aquello era el amor...? Por un momento los vi a todos tambalearse cegados por las pasiones, como si los sacudiese una tempestad y un mal viento los llevase a rastras a la incertidumbre: vi al hombre, torturado hoy por el deseo y mañana por el hartazgo, ora amando con fuego, ora rompiendo bruscamente con la amada, inseguro del afecto, insatisfecha de todos los amores; vi a las mujeres rendidas, dispuestas a aguantar ultrajes y bofetones, para luego ser abandonadas y, no obstante, seguir adictas al varón, embrutecidas por los celos y por el repetido desdén del amado, fieles como perras. Hacía ya mucho tiempo que no lloraba, pero aquel día, al hallarme polo de nuevo en mi habitación, vertí indignadas lágrimas de cólera por aquella casta de seres, por mi amigo Muoth, por la vida y por el amor, y mudas lágrimas furtivas por mí mismo, que podía vivir entre todo aquello como sobre un planeta distinto, sin comprender la vida, consumiéndome de falta de amor y, no obstante, temiéndolo.

También hacía mucho tiempo que no visitaba a Heinrich. En aquel entonces estaba él triunfando como intérprete de Wagner y empezaba a ganar fama de auténtico divo. Al mismo tiempo yo, modestamente, me asomé también al conocimiento del público. Se publicaron mis canciones y fueron acogidas con agrado. Dos composiciones mías para grupos de calmara se tocaron en varios conciertos. Por parte de los amigos, el reconocimiento del valor de mis obras, aunque expresado en tono de moderación, era estimulante; en cuanto a la crítica profesional, mantúvose de momento a la expectativa y me consideró como un recién llegado al campo de la composición a quien había que tratar con cierta benevolencia.

Frecuenté bastante la compañía de Teiser, que me profesaba mucho más afecto y hacía elogios de mis obras con el placer de un buen compañero; me vaticinaba grandes éxitos y estaba siempre dispuesto a tocar alguna pieza conmigo. Sin embargo, algo me faltaba. Algo me empujaba hacia Heinrich Muoth y, no obstante, le evitaba aún. No volví a saber de Lotte. ¿Por qué no podía estar contento? Me enfadé conmigo mismo por no darme por satisfecho con la compañía del fiel y excelente Teiser; pero era que en él también echaba algo de menos. Hombre alegre, sereno, contento, no parecía conocer los abismos del alma. Muoth no le gustaba mucho. A veces, en el teatro, cuando Heinrich estaba cantando, Teiser me dirigía una mirada y me susurraba frases como éstas:

—¡Fíjese cómo escamotea las dificultades! Le miman demasiado. No se atreve a

cantar óperas de Mozart, ¡y bien sabe él por qué...!

Debía darle la razón, pero mi corazón se negaba a ello. Por otra parte, yo estimaba mucho a Muoth, pero me era imposible defenderle. Muoth tenía en su personalidad algo de que Teiser carecía y que me conectaba espiritualmente con el cantante. Era el eterno anhelar, la añoranza, el descontento de sí. Estas características me empujaban a la aplicación y al trabajo, a la rebusca de seres humanos que luego se me escapaban entre los dedos, igual que a Muoth, a quien la misma insuficiencia inquietaba y torturaba de otra manera. Sabía que durante toda mi vida iba a estar ocupado en la música, pero sentía el ansia de una creación que pudiese manar de la dicha, de la abundancia, de la alegría completa y no sólo de la nostalgia o de los anhelos insatisfechos. ¡Ay! ¿Por qué no había de ser completamente feliz con lo que era de mi pertenencia, a saber, con mi música? ¿Y por qué a Muoth no le daba la felicidad aquello que él poseía, es decir, su indomada energía vital y sus amores?

Teiser era dichoso: a él no le atormentaba ningún deseo de cosas inasequibles. Tenía su dulce y desinteresada fruición del arte, al que no exigía más de lo que éste le daba. Fuera del arte, era más fácil de contentar aún: bastábanle unas cuantas personas amables, de vez en vez unas copas, y en días libres una que otra excursión al campo, pues era gran andarín y amigo del aire puro. Si es que en las enseñanzas de los teósofos se contiene algo de sustancia, Teiser debía de estar ya muy cerca de la perfección. Tal era la bondad de su carácter, que no dejaba paso en su corazón a la pasión y al descontento. Con todo, no anhelaba yo ser como él, aunque no me lo confesase a mí mismo. No quería yo dejar de ser quien era, sino quedarme en mi propia piel, aunque a menudo me resultaba demasiado estrecha. Empecé a advertir en mí un fuerte poder desde que mis obras comenzaron a tener algún éxito y poco me faltó para incurrir en pecado de vanidad. Tenía que hallar algún puente que me uniera a los hombres para, de algún modo, convivir sin ser siempre vencido. Si no había ningún otro camino hacia tal objetivo, acaso mi música me conduciría allá. Y si entre los seres humanos no hallase yo el amor que buscaba, tal vez ellos podrían llegar a amar mi obra.

No hacía más que dar vueltas a estos pensamientos tan tontos; sin embargo, estaba dispuesto a darme en calidad de víctima, con tal que alguien me aceptase, con tal que alguien me entendiese de verdad. ¿Acaso no era la música la norma secreta del universo, pues que la tierra y los astros giran en armónica rueda? ¿Tendría que quedarme solo sin encontrar un alma cuya esencia concordase con la mía en pura ansia de belleza?

Se había cumplido un año desde que llegara a aquella ciudad que no era la mía. Al principio había tenido poquísimas relaciones: sólo con Muoth, Teiser y Rössler. En cambio, en los últimos meses había empezado a tomar parte en una vida social que ni me atraía ni me era antipática. A través de la interpretación de mis obras de cámara había podido conocer a músicos de la ciudad ajenos al teatro. Ahora llevaba sobre mis hombros, dentro de un círculo reducido, la leve y grata carga de una fama

que se hacía perceptible poco a poco. Observé que bastante gente me conocía y se fijaba en mí. De todas las glorias, la más dulce es la que no se adorna todavía de grandes triunfos, ya que no puede todavía engendrar envidias y no divide a los hombres. Con ella uno anda por todas partes con la sensación de ser mirado, mencionado, elogiado por aquí y allá; encuentra uno rostros amables, ve cómo los ya consagrados atienden benévolo, es saludado con respeto por los más jóvenes y siempre abriga la recóndita ilusión de que lo mejor ha de llegar todavía. Pues con la gloria ocurre como con la mocedad: el mañana parece mejor, pero cuando se llega a la edad adulta, se convence uno de que lo mejor quedó atrás. Una sola cosa menguó mi bienestar, y fue la sensación de estar captando a menudo un poco de compasión mezclada con las alabanzas. Muchas veces tuve incluso la impresión de que el público me demostraba su indulgencia y me trataba con especial amabilidad por ser yo un pobre tullido al que se proporcionaba de buena gana alguna consolación.

Un día, al acabar un concierto en que se ejecutó una obra mía para dos violines, conocí al rico industrial Imthor, a quien en la ciudad se tenía por buen amigo de la música y protector de jóvenes talentados. Era un hombre bajito, sosegado, con canas incipientes: su presencia no dejaba traslucir ni riquezas ni íntimas relaciones con las artes. Pero de sus palabras se inducía que era muy experto en música. No solía alabar a la gente con frase hiperbólica; expresaba su aprobación con palabra calmada y objetiva, lo cual valía más. Por otra fuente sabía yo ya que, desde hacía mucho tiempo, se celebraban en su casa reuniones musicales. Él mismo me lo confirmó: las veladas eran frecuentes y en ellas se tocaba música clásica y moderna. Me invitó de un modo general a que acudiese y al final me dijo:

—Sus canciones las tenemos en casa; nos gustan. Para mi hija será un placer conocerle a usted personalmente.

Antes que yo encontrase oportunidad para hacerle una visita de cortesía, recibí una invitación concreta. El señor Imthor me pedía autorización para ejecutar en su casa mi *Trío en mi bemol mayor*, tenía ya un violinista y un violonchelista, buenos aficionados, y me reservaba la parte de primer violín si me parecía bien. Yo había oído decir que Imthor pagaba con esplendidez a los profesionales que tocaban en su casa. No me agradaba ser invitado y pagado; pero en realidad ignoraba el verdadero carácter de la invitación, así que acepté de todos modos. Los otros dos miembros del terceto acudieron a mi casa e hicimos varios ensayos. Uno de aquellos días fui a visitar a Imthor; pero no encontré a nadie. Y llegó el día de la velada.

Imthor era viudo; vivía en una de aquellas antiguas mansiones, espléndidas en su sencillez, que aún quedaban en la ciudad, una de las pocas casas que, aun estando en el centro de una urbe de rápido crecimiento, conservaba todavía su viejo jardín intacto. Como llegué cuando había caído ya la noche, no pude ver apenas el jardín: sólo una pequeña arboleda de altos plátanos, cuyos troncos mostraban sus blancas manchas a la luz de las linternas, y algunas estatuas ennegrecidas por el tiempo. El viejo edificio se asomaba humilde tras de los altos árboles; era bajo, pero amplio. Ya

desde la puerta de entrada, los corredores, escaleras y paredes de las habitaciones estaban llenos de cuadros antiguos, retratos de familia, paisajes deteriorados, estampas pasadas de moda y pinturas representando animales. Coincidió en la puerta con otros varios invitados. Un ama de llaves nos recibió e introdujo en la casa.

La reunión no era muy numerosa, pero la antesala resultó pequeña para los concurrentes, que luego habían de pasar a la sala de música. Ésta era de anchas proporciones y en ella todo tenía aire de cosa nueva: el piano de cola, los muebles, las lámparas... Sólo los cuadros eran antiguos, como en el resto de la casa.

Mis colegas habían llegado ya. Colocamos nuestros atriles, dispusimos el alumbrado y empezamos á afinar nuestros instrumentos. Momentos más tarde se abrió en el fondo de la sala una puerta y entró, atravesando la sala en penumbra, una dama vestida de claro. Los caballeros la saludaron con especial cortesía: sin duda era la hija de Imthor. Me dirigió una mirada interrogativa y acto seguido, antes que nadie hiciese las presentaciones, me tendió la mano y dijo:

—Le conozco ya; señor Kuhn, ¿no? ¡Bien venido!

Desde que entró me había impresionado la hermosa joven. Su voz tenía un claro timbre de bondad, que me obligó a apretar con cordialidad la mano ofrecida. Miré alegremente a los ojos a una señorita que me saludaba con tanta afectuosidad como simpatía.

—Tendré sumo gusto en escuchar el trío —dijo, y en sus palabras pareció incluir la expresión de que yo era tal como ella había esperado que fuese, lo que para ella era motivo de satisfacción.

—Yo... también —respondí, sin darme bien cuenta de lo que decía.

La miré de nuevo; ella se inclinó ligeramente y luego salió de la sala, mientras yo la seguía con los ojos. Pronto volvió de la mano de su padre; tras de ellos entraron los asistentes. Nosotros tres estábamos ya sentados y dispuestos a empezar. Mientras los concurrentes —algunos de los cuales me dirigieron un gesto de saludo— tomaban asiento, el dueño de la casa se acercó a estrecharme la mano. Cuando todo el mundo se hubo sentado, apagáronse las luces eléctricas y quedaron luciendo solamente las altas velas de nuestros atriles.

Casi me había olvidado de mi música. Los ojos se me iban al oscuro fondo de la estancia, donde tenía su asiento *Fräulein* Gertrudis, junto a una estantería, en la que se apoyaba. Su cabello rubio trigueño parecía casi negro; me era imposible ver sus ojos. Di el ritmo en voz baja, hice una señal con la cabeza y empezó a sonar el primer movimiento del trío.

Me sentí a mis anchas esta vez durante la ejecución; me mecí al compás de mi música y me hallé pronto flotando libremente en medio de aquellas armoniosas corrientes; las notas me parecían enteramente nuevas y como recién creadas. Pensaba en la música y en Gertrudis Imthor a la vez, pero ambas corrientes de pensamiento confluyeron puras, sin perturbarse; moví el arco y transmití a los otros músicos mis instrucciones con la mirada. La música fluía con hermosa continuidad y me llevaba

por una senda dorada hacia Gertrudis; pero ya no me era posible verla. En puridad, ya no deseaba verla: le brindaba mi música y mi aliento, mis pensamientos y los latidos de mi corazón como aquel caminante que en la mañana se entrega al luminoso azul y al limpio esplendor de la pradera, sin que nadie se lo pida y al mismo tiempo sin extraviarse entre las montañas. Además de mi bienestar del momento y de la creciente riada de los sonidos, había otra cosa que me guiaba y daba ánimo: era la dicha, matizada de sorpresa, de haber conocido tan repentinamente lo que era el amor. No era una emoción nueva: era como si se hubiese despejado la incógnita de remotos pensamientos, como si volviese a una patria antigua.

El primer movimiento terminó y nos permitimos un minuto de pausa. Cual suave interpolación, oyóse el quedo afinar de cuerdas, y por un instante, sobre las muchas caras atentas que expresaban aprobación, pude ver la trigueña cabeza, la dulce frente clara y la austera boca roja. En seguida golpeé pausadamente en mi atril y empezamos el segundo movimiento, de grata audición. Sin duda la temperatura del alma se elevó en los ejecutantes: la nostalgia, cada vez mayor, que anidaba en la melodía, terminó por desplegar sus inquietas alas y ascendió en espirales insatisfechas en busca de horizontes, hasta perderse en lamentosa angustia. En aquel momento el cálido y hondo violonchelo se hizo cargo de la cantilena, la subrayó con insistencia y vigor, se la llevó casi esfuminada hacia una tonalidad nueva y más oscura, y finalmente, como desesperando, la resolvió casi coléricamente en las octavas graves.

Aquel segundo tiempo era mi confesión: allí se contenían mis añoranzas y mi descontento. El tercer tiempo debía hablar de liberación, de consumación. Pero, desde aquella noche, me di cuenta de que no tenía significación alguna y lo toqué despreocupadamente: era algo que quedaba atrás ya. En efecto, creí comprender cabalmente cómo debía sonar una liberación, cómo del ruido ronco de voces y tormentas habían de brotar el esplendor y la paz, de los pesados nubarrones la luz. Nada de esto era audible en mi tercer tiempo: sólo una blanda resolución de las disonancias acumuladas y un intento de purificación y enriquecimiento de la melodía del primer tema. En las entrañas de aquello no había ni un son ni un rayo de lo que ahora cantaba y fulgía en mi interior. Me sorprendí de que nadie se percatara de ello.

La ejecución terminó. Di las gracias con un gesto a mis colegas y dejé mi violín. Se encendieron otra vez las luces y la concurrencia comenzó a moverse: algunos oyentes se nos acercaron con los acostumbrados elogios, cortesías y críticas para demostrar que eran peritos. Nadie me censuró el defecto principal de mi actuación.

Los invitados se repartieron en varios aposentos, donde se les ofreció té, pastas y vino. Después muchos pasaron a la sala de fumar. Transcurrió una hora, otra hora. Por último, cuando casi no me lo esperaba ya, apareció Gertrudis y me tendió la mano.

—¿Le ha gustado? —pregunté.

—Sí, la cosa ha estado muy bien —contestó.

Si bien confirmó sus palabras con un movimiento afirmativo de la cabeza, me di cuenta de que tenía más cosas que decir. Por ello, añadió:

—Esa opinión suya se refiere, sin duda, al segundo tiempo. Lo demás no cuenta.

Me miró de nuevo con cierta curiosidad. En sus ojos juveniles se reflejaba la bondadosa prudencia de una mujer madura.

—Entonces usted lo sabe mejor que nadie... —dijo con mucha delicadeza—. A mi ver, hay un primer tiempo de buena música. En el segundo tiempo hay vuelo y grandeza. Pero el segundo exige demasiado del tercero... En cuanto a la interpretación, mientras usted tocaba era de ver, a juzgar por su aspecto exterior, dónde participaba su alma y dónde no.

¡Cuan grato fue para mí saber que sus ojos claros y benignos me habían estado mirando sin que yo me enterara! Ya en aquella primera noche de nuestro conocimiento pensé en la bienaventuranza que sería pasar la vida entera bajo la franca mirada de aquellos hermosos ojos, una mirada capaz de impedir cualquier mal pensamiento, cualquiera mala acción. En ese momento supe que me sería dable encontrar de algún modo la satisfacción de mis ansias de unidad, ternura y armonía, puesto que había una mirada y una voz en la tierra que daban respuesta pura e íntima a todos mis latidos y a mi respiración.

También ella se percató al instante de que su ser había hallado en mí un eco amigablemente puro, y desde el primer momento me lo demostró así abiertamente, con tranquilizadora confianza, sin disimulo, sin temor a equívocos ni a que yo traicionase esa confianza. Con rapidez y naturalidad se convirtió en una buena amiga, de esa manera que sólo es posible en personas muy jóvenes que no conocen aún la corrupción. Una que otra vez había yo estado enamorado hasta entonces, pero siempre con acompañamiento de una sensación tímida, ávida, insegura, especialmente después de mi lesión. Ahora, en lugar del enamoramiento, había venido el amor. Era como si se me hubiese caído de los ojos un fino velo gris y el mundo se extendiese ante mí en su originaria luz divina, tal como aparece ante los niños o en nuestros sueños paradisíacos.

Por aquel entonces Gertrudis acababa de cumplir los veinte años, era sana y esbelta como un árbol fino y joven y había salido intacta de las asechanzas que con tanta frecuencia rodean a las muchachas, pues sabía obedecer a los dictados de su aristocracia interior como una melodía que se mueve segura en el tiempo. Di gracias a Dios porque en este mundo imperfecto existiese un ser como ella y por saberlo yo. No era capaz de pensar en la posibilidad de tenerla para mí solo. Me llenaba de alegría el simple hecho de tomar parte, un poco, en su hermosa juventud y de saberme, desde el principio, buen amigo suyo.

Aquella noche tardé largo rato en dormirme. No es que me atormentase fiebre o intranquilidad alguna. Era simplemente que no buscaba el sueño, puesto que para mí había llegado la primavera y mi corazón iba ya por buen camino tras largas y ansiosas correrías y prolongada etapa invernal. En mi alcoba se reflejaba la palidez nocturna;

tenía delante de los ojos todas las finalidades de la vida y del arte, como eminencias despejadas por refrescantes brisas, e ininterrumpidamente sentía el son y el secreto compás de mi vida, tantas veces extraviados, vibrando ahora retrospectivos hasta remontarse a los años fabulosos de mi niñez. Y cada vez que deseaba fijar aquella soñadora claridad y prieta plenitud del sentimiento, adensándola más y dándole un nombre, pronunciaba el de Gertrudis. Con él me dormí ya de madrugada. Me levanté con la amanecida, fresco y confortado como si mi sueño hubiese sido largo.

Me acordé entonces de mis ideas pesimistas de los últimos años y también de mis orgullosos pensamientos de ayer, y comprendí dónde radicaban mis faltas. Hoy nada podía atormentarme, ni enojarme, ni hacerme rabiar; mis oídos percibían de nuevo la gran armonía, y mi sueño juvenil de la acordada música de las esferas volvió a mí. Una melodía misteriosa tornó a guiar mis pasos, mi mente y mi respirar; la vida recobró sentido; el sol matinal doraba la lejanía. Nadie notó mi mudanza, pues nadie estaba lo bastante cerca de mí. Solamente Teiser, aquel niño grande, me dio un alegre codazo durante los ensayos y me dijo:

—Parece que hemos dormido bien la pasada noche, ¿eh?

Con ánimo de verle aún más contento le pregunté durante la siguiente pausa:

—Teiser, ¿qué piensa hacer este verano?

Se ruborizó como una novia a la que se preguntara por la fecha de la boda, se rió un poco avergonzado, y dijo jubiloso:

—¡Por Dios, todavía falta mucho tiempo para eso...! De todos modos... aquí llevo yo los mapas... —y se dio unos golpecitos en los bolsillos—. Esta vez —prosiguió— empezaremos por el lago Constanza: Valle del Rin, Liechtenstein, Chur, Albula, Alta Engadina, Maloja, Bergell, lago de Como... Todavía no he pensado en el itinerario de vuelta.

Se puso el violín en el hombro mientras me dirigía una rápida mirada, a la vez feliz e ingenuamente felina. Sus ojos garzos e infantiles parecían no haber conocido jamás la sordidez y los sufrimientos de este mundo. Me sentí hermano suyo; tal como él gozaba de antemano con la perspectiva de andar, descansar y volver a andar durante semanas enteras, en libre y despreocupado contacto con el sol, el aire y el suelo, así también disfruté yo otra vez de todos los caminos de mi vida, que se alargaban ante mí como bajo un sol joven y recién salido; con los ojos abiertos y el corazón puro, estaba resuelto a avanzar erguido a través de ellos.

Hoy, al evocar estas cosas, me parecen muy lejanas, situadas allá donde nace el sol; no obstante, algo de la luz de antaño alumbra aún mis veredas, aunque ya no luce tan joven ni tan riente. Hoy, casi como entonces, es para mí un alivio benéfico en horas de opresión y me quita la pesadez de alma el murmurar el nombre de Gertrudis y reproducir mentalmente el momento en que ella vino a mi encuentro, en la sala de música de su casa, alada como ave y confiada como un amigo.

Y entonces fui en busca de Muoth, a quien, desde la penosa confesión de la bella Lotte, había estado yo evitando de la manera más discreta posible. Muoth había

advertido mi actitud. Dado su orgullo, que yo conocía, y, hasta cierto punto, su indiferencia, no quiso ocuparse de mi amistad, de manera que habían pasado meses enteros sin que nos viésemos. Encontrándome yo lleno, al fin, de renovada fe en la vida y de buenas intenciones, era menester que me acercase otra vez al amigo a quien había descuidado. El motivo del acercamiento me lo proporcionó una de mis nuevas canciones: decidí dedicársela. Tenía cierto parentesco con la del alud que tanto le gustaba. La letra era así:

*He apagado las velas de mi cuarto.
Por la ventana abierta entra la noche,
me abraza dulcemente y se convierte en amiga,
en hermana.*

*Los dos padecemos la misma añoranza,
los dos nos contamos nuestros presentimientos
y nuestros ensueños; hablamos
de los tiempos de la infancia lejana.*

La copié en limpio con la música y arriba puse: «Para mi amigo Heinrich Muoth».

Acudí a su casa a cierta hora en que estaba yo seguro de encontrarle. Y, en efecto, antes de entrar pude oír cómo practicaba cantando. Me recibió con calma, paseando de acá para allá por su habitación.

—¡Hombre, el señor Kuhn por aquí! Creía ya que no volvería nunca...

—Sin embargo, aquí estoy. ¿Cómo se encuentra?

—Pues por aquí andamos, ya ve. Ha sido usted muy amable viniendo a verme.

—Si quiere darme a entender que soy un ingrato... es verdad.

—Evidentemente. Y sé por qué.

—Lo dudo...

—Sí que lo sé... Carlota estuvo una vez en su casa a verle, ¿no?

—Sí... Es verdad. No quería hablarle de esto.

—No hace falta... ¡Bien, bien! El caso es que le tenemos aquí otra vez.

—Y además le traigo raigo...

Le entregué el pliego.

—¡Oh, una canción nueva! ¡Qué bien! Me estaba ya temiendo que se atascara usted en esa fastidiosa música de cámara. Y aquí veo una dedicatoria... ¡Para mí! ¿Es en serio?

Le dije que me sorprendía verle tan complacido por la dedicatoria: me había figurado más bien que me tomaría el pelo a causa de ella.

—Claro que me place —dijo sinceramente—. Siempre es grato que las personas honradas le tengan a uno en cuenta... y más si se trata de usted. Yo le había incluido ya en la lista de difuntos...

—¿Hace usted listas de ésas?

—Sí. Cuando uno tiene, o ha tenido, tantos amigos como yo... Resulta una nómina muy edificante. Siempre aprecié más a los amigos que tienen alguna ética, ¡y son precisamente éstos los que se me escabullen siempre! Todos los días encuentra uno algún amigo que pertenece al sector de los pillos; pero entre los idealistas es algo más difícil encontrarle, incluso es difícil entre los ciudadanos corrientes y molientes, si uno tiene mala fama... En los momentos actuales usted es casi el único que tengo. Y en este respecto ocurre como con todo: se prefiere aquello que se consigue con mayor dificultad. ¿No le sucede lo mismo? A mí sólo me importan realmente los amigos, y, sin embargo, son las mujeres las que siempre me vienen.

—La culpa de eso la tiene usted principalmente, señor Muoth —dije.

—¿Por qué lo cree así?

—Porque trata usted a la gente en general del mismo modo que trata a las mujeres. Con los amigos no puede hacerse eso: por esto le huyen. Es usted un egoísta.

—Sí, y por ello le doy gracias a Dios. Usted tampoco es un altruista que digamos: cuando la terrible Lotte le fue con el cuento de sus tribulaciones no la ayudó usted de ninguna manera. Tampoco aprovechó la ocasión para tratar de convertirme, cierto es... por lo que le estoy agradecido. Usted se limitó a horrorizarse y acto seguido esfumarse.

—Bien, pero ahora me tiene aquí de nuevo. Tiene razón. Debí tomarme interés por Lotte, pero soy muy torpe para esas cosas. Ella misma se reía de mí diciéndome que no sabía nada del amor.

—Pues entonces... ¡dedíquese como Dios manda a la amistad! Es también un hermoso campo de actividades. Veamos... ¿Quiere sentarse aquí y tocar el acompañamiento? Estudiaremos su nuevo *lied*. ¿Se acuerda usted del otro, el primero...? Desde aquel tiempo parece ser que ha conquistado usted la fama... ¿no es así, amigo mío?

—Algo menos... En todo caso, al lado de usted no puedo presumir...

—¡Qué disparate! Usted es compositor, es decir, un creador, un dios en pequeño. En vida, la gloria tiene para usted poca importancia. En cambio, un hombre como yo tiene prisa por llegar arriba. Los cantantes y los titiriteros somos como las mujeres: hemos de llevar nuestra piel al mercado mientras esté todavía suave y de buen ver. ¡Gloria en las mayores dosis posibles, y dinero, y hembras, y champaña...! ¡Fotos en las revistas, coronas de laurel...! Porque, bien mirada la cosa, si esta noche enfermo de asco, de tedio o de pulmonía, y mañana me despido de este mundo, y pasado mañana me entierran, ¡se acabaron la gloria, los laureles y toda la historia!

—No sea pesimista. Le queda mucha vida por delante.

—En el fondo tengo mucha curiosidad por ver lo que ocurre cuando uno llega a viejo. Esto de la juventud... es un truco vulgar, buen tema para periodistas y poetastros. Conque... ¡la época más hermosa de la vida! ¿Se lo parece a usted? Los

viejos me dan siempre mejor impresión, están mucho más tranquilos. La juventud es la época más difícil de la vida. Por ejemplo, los suicidios casi nunca acaecen en la edad avanzada.

Comencé a tocar y él se ocupó de la parte de canto. Con su habitual rapidez captó la melodía. Al llegar a cierto pasaje donde el modo cambiaba significativamente de menor a mayor me dio un codazo simbólico para expresar su compenetración.

Anocheía cuando llegué a casa. Como me había temido, encontré una carta del señor Imthor que contenía unas palabras muy atentas y una cantidad de dinero bastante crecida. Por medio de otra carta le devolví el dinero, diciéndole que, siendo mi posición económica bastante desahogada, prefería seguir frecuentando su casa como amigo si a él le parecía bien.

No tardé en encontrarme con Imthor un buen día en la calle.

—Me había imaginado lo que iba a ocurrir —dijo—. Gertrudis también era de la opinión de que no le mandase nada. Sin embargo, me pareció necesario hacer lo que hice.

Y me invitó a que fuese a verlos pronto.

Desde entonces fui visitante asiduo de la casa. En muchos de los conciertos que allí se celebraron fui primer violín; siempre llevé música nueva, propia o ajena, y las más de mis obras menores se interpretaron por primera vez en la mansión de Imthor.

Una tarde de primavera fui y encontré a Gertrudis con una amiga en la casa. El padre no estaba. Llovía y yo había sufrido un resbalón en el descansillo de la escalera; ella no quería dejarme marchar. Estuvimos hablando de música, y, sin saber cómo, pasé a contarle la historia de mis tiempos de los Grisones, cuando compuse los primeros *lieder*. De pronto me quedé un tanto confuso: no sabía si aquellas confidencias le agradarían a Gertrudis estando delante otra persona. Me callé. Entonces Gertrudis dijo con cierta cortedad:

—Debo confesarle algo... pero le ruego que no me lo tome a mal... Transporté para mí y me estudié dos de esas canciones...

—¡Ah...! ¿Canta usted? —exclamé sorprendido, y al mismo tiempo recordé el episodio de mi primer amor, Liddy, cuando cantó tan mal; el recuerdo me vino matizado de cierta comicidad.

Con risa alegre Gertrudis hizo un movimiento de cabeza y dijo:

—Sí, canto, pero sólo en el círculo de nuestras amistades. Cantaría ahora sus canciones si usted quisiera acompañarme...

Nos acercamos al piano y ella me dio el cuaderno que contenía la pulcra transposición debida a su fina mano. Empecé a tocar con suave pulsación para escuchar mejor a la joven. Cantó primero un *lied* y luego otro. Oyéndola, mi música se me antojó transfigurada, como envuelta en magia. Su voz era leve, como canto de pájaro, de timbre alto, aérea, deliciosa: lo más hermoso que mis oídos habían percibido. Aquella voz se adentró en mi alma como el viento del Sur en un valle nevado; cada sonido me aligeró más y más el corazón; me iba sintiendo transportado,

como si me sublimara en el aire. Tuve que luchar contra aquella sensación y endurecerme, pues la vista se me llegó a empañar con lágrimas y no veía las notas.

Había creído poco antes saber lo que era el amor, y por ello me había tenido por sabio, contemplando el mundo con nueva visión y nuevo consuelo y sintiendo una participación más profunda, íntima, en todo lo tocante a la vida. Pero en aquel momento todo cambiaba. Lo que había sido claridad, calma, consolación, era ya tormenta y fuego; mis entrañas se estremecían de júbilo y nada querían saber ya de la vida: ansiaban sólo consumirse en las llamas de la vida. Si ahora se me preguntase qué era el amor, yo creía saberlo y podría decirlo, pero mi respuesta sería a la vez oscura y ardiente.

La voz de Gertrudis seguía elevándose ligera, como una bendición, por encima de mis pensamientos; pareció aclamarme alborozada y anhelar sólo mi alegría; pero finalmente voló y se alejó de mí hasta alcanzar alturas ignotas, casi extraña, inasequible.

Ahora sabía yo a qué atenerme. Que ella cantara, que estuviera amable y bien dispuesta... eso no bastaba. Si no había de ser mía, totalmente mía para siempre, mi vida sería vana y todo cuanto en mí había de bueno, sensible y privativo carecería de sentido. Advertí su mano en mi hombro. Trémulo, la miré a los ojos claros largamente. Mientras su mirada era seria, ella se sonreía ruborizada.

Le di las gracias: fue lo único que pude decir. No comprendió lo que se fraguaba en mi interior; sólo sintió y entendió que estaba conmovido y supo hallar discretamente la vía de regreso a la serenidad y libre juego de la conversación anterior. Me marché en seguida.

No me fui a casa ni me di cuenta de si llovía aún. Atravesé las calles apoyado en mi bastón; pero aquello no era andar ni las calles eran calles, sino que, sobre nubes de tormenta, surqué los aires en efervescencia; dialogué con la tempestad, y la tempestad era yo mismo; oí desde la más remota lejanía algo que se me antojaba irresistiblemente seductor, una voz clara y alta de mujer o de pájaro, ingrátida, ajena a todo humano pensar y a las tormentas humanas, pero esencialmente pertrechada con todas las dulzuras silvestres de la pasión.

Me pasé buena parte de la noche sentado en mi alcoba, sin encender la lumbre. Cuando me fue posible seguir soportando la soledad, fui a buscar a Muoth, pero encontré sus ventanas en tiniebla y regresé. Durante un buen espacio vagué por las calles. Cansado, despertando de mis ensueños, me vi ante el jardín de los Imthor. El murmullo solemne de los añosos árboles escoltaba la casa escondida, de la que no me llegaba ningún son, ningún rayo de luz. Entre las nubes, acá y allá, se apagaban y se encendían los débiles destellos de algunas estrellas.

Antes de decidirme a hacer otra visita a la casa de Gertrudis dejé pasar algunos días. Por entonces recibí una carta del autor de la letra de mis canciones. Desde hacía dos años estábamos en contacto, pero con mucha irregularidad: de cuando en cuando me llegaban curiosos mensajes suyos, yo le mandaba mis obras y él me enviaba sus

poesías. Esta vez me decía lo que sigue:

Apreciado señor mío: Aunque hace bastante tiempo que usted no recibe noticias mías, he estado activo. Desde que tengo aquí sus músicas y las comprendo, me han estado viniendo a las mientes versos y textos, a los que, sin embargo, nunca conseguía hacer salir de mi caletre. Ahora todo ese material forma una unidad y ya está casi escrito completamente: es un drama lírico. Usted debe escribir la música; en cuanto a mí, es mejor no hablar... Sólo le digo esto: ¡aquí tengo un libreto para usted! En fin, ya que para nosotros no se ha hecho lo placentero, tendremos que crear para la gente unas cuantas cosas hermosas de otro tipo: es necesario que los paquidermos que tanto abundan entre el público comprendan, siquiera por unos momentos, que la vida no es sólo superficie. Y puesto que no somos capaces de nada útil, hagamos sentir nuestra energía inútil a los demás. Suyo,

Hans H.

Esta misiva cayó en mi ánimo como chispa en polvorín. Contesté en seguida pidiendo al poeta que me mandase el texto. Al terminar de redactar la contestación, mi impaciencia era tal que rompí el papel y me fui a poner un telegrama. Al cabo de una semana me llegó el manuscrito. Era una pieza sobre tema amoroso, corta y candente; en ella se observaba alguna que otra laguna, pero de momento era suficiente para mí. Leí aquellos versos y se me quedaron grabados en la memoria; los canté, toqué su música con el violín día y noche; de pronto, un día salí corriendo en busca de Gertrudis.

—Tiene que ayudarme —exclamé—. Tengo entre manos la música para una ópera. Aquí traigo ya tres fragmentos para su voz, ¿quiere echarles una ojeada? ¿Y después cantármelos, por favor?

Se alegró, me preguntó cómo había surgido aquello, y después de hojear las arias, me prometió estudiarlas con la mayor celeridad. Así advino para mí un tiempo de ardor y exuberancia. Iba y venía como errabundo, ebrio de amor y de música, incapaz de ocuparme en otras cosas; Gertrudis era la única que conocía mi secreto. Le traje más música, que ella estudiaba y cantaba con renovado interés; le hice preguntas, toqué y repetí trozos y pasajes; ella quedó contagiada de mi ardor, cantó más, estudió más, me ayudó y asesoró, y, en fin, tuvo un vivo placer de participar en el secreto y en la obra naciente, que nos pertenecía a los dos. No hubo insinuación ni propuesta que ella no entendiese y asimilase rápidamente. Finalmente, me auxilió, con su fina escritura, en la tarea de corrección y copia. En el teatro tuve que pedir un permiso: alegué enfermedad.

No hubo entre nosotros el menor embarazo: flotábamos en la misma corriente, trabajábamos en la misma obra. Para ella como para mí hubo una especie de florecer

de fuerzas juveniles que se iban haciendo maduras, una dicha y un embrujo entre los que ardía inadvertida mi pasión. Ella no establecía diferencias entre mi obra y yo; nos quería a los dos y era nuestra. A mí tampoco me era posible separar el amor del trabajo; la música, de la vida. Algunas veces miraba yo, entre sorprendido y admirado, a la muchacha, y ella me devolvía la mirada; cuando yo llegaba o me iba, me apretaba la mano con más calor y fuerza que el que yo me atrevía a poner en mis apretones. Y cada vez que yo, en aquellas tibias jornadas de primavera, cruzaba el jardín y entraba en la vieja casa, no distinguía si era mi obra o mi amor lo que me impulsaba y levantaba.

Tales tiempos no pueden durar mucho. La obra se acercaba a su fin y mi llama se alzaba trémula de nuevo en ciegas ansias de amor. Cuando terminé la parte de soprano del último acto, me senté al piano y ella cantó los trozos con prodigiosa fidelidad al espíritu de la música. Mientras su canto notaba en la altura, me paré a pensar en todo aquel cálido período de tiempo cuyo resplandor declinaba ya; presentí la inexorable llegada de días diferentes, más fríos. Ella notó algo a través de la música y, sonriendo, se inclinó para mirarme; vio reflejada la tristeza en mis ojos y me miró de nuevo cargando los suyos de preguntas. Me levanté en silencio y, tomando suavemente su rostro entre mis manos, la besé en la frente y en la boca y volví a sentarme. Me dejó hacer calladamente, como si se hubiese tratado de un rito, sin sorpresa ni enojo; viendo lágrimas en mis ojos, me acarició el cabello, la frente y el hombro con su blanca mano y me devolvió la calma.

Seguí luego tocando y ella siguió cantando y no se aludió más al beso ni a aquella hora singular; pero quedó entre nosotros como algo inolvidable, como último capítulo de nuestro secreto.

Excepto aquellos momentos, lo demás no pudo ya quedar oculto; la ópera exigía otros confidentes y colaboradores. El primero hubo de ser Heinrich Muoth, pues en él había yo pensado para que encarnase al protagonista, cuyo ímpetu y amargo apasionamiento eran afines a su manera de cantar y a todo su temperamento. Es verdad que antes de decidirme vacilé durante algún tiempo: mi obra era todavía un vínculo entre Gertrudis y yo, era algo nuestro, nos preocupaba y nos deleitaba a la vez, era un jardín que todos los demás desconocían, o una nave en la que surcábamos a solas los océanos.

Pero ella misma, cuando sintió y conoció que ya no podía ayudarme más, fue la que me hizo la pregunta:

—¿Quién va a cantar el papel principal?

—Heinrich Muoth.

Pareció sorprenderse.

—Pero ¿habla en serio? No me gusta ese hombre...

—Es amigo mío, Gertrudis. Además, el papel le va.

—Sí.

Ya se estaba interponiendo un tercero.

Capítulo V

No obstante, había olvidado que a Muoth le gustaba viajar durante sus vacaciones. Se alegró de mis proyectos y me prometió ayuda decidida, pero en aquel momento estaba atareado con los preparativos de su viaje y sólo pudo comprometerse a estudiar su papel hasta el otoño. Se lo copié hasta donde estaba ya listo y se lo llevé a su casa. Según su costumbre, no dio señales de vida durante algunos meses.

Ello podía significar una ganancia de tiempo para Gertrudis y para mí; nuestras relaciones eran las normales entre dos buenos camaradas. Si bien desde aquella memorable jornada junto al piano ella debía de saber con exactitud lo que acontecía dentro de mí, nunca me dijo ni una sola palabra al respecto y su actitud conmigo no cambió. No amaba sólo mi música; también me profesaba afecto a mí; yo me percataba de que entre nosotros había una consonancia natural, que nos comprendíamos intuitivamente y nos aprobábamos mutuamente. Allí continuaba a mi lado, en concordia y amistad, pero sin pasión de su parte. Algunas veces podía conformarme con ello, viviendo agradecido días silenciosos en su proximidad. Pero una y otra vez se entremetió la pasión de mi parte y entonces las amabilidades que me dispensaba Gertrudis me sabían a limosnas. Atormentado, advertía cómo a ella le eran extrañas y le disgustaban las tempestades del amor y del deseo que me agitaban. Muchas veces traté de engañarme y quise convencerme de que ella tenía un temperamento homogéneo, un natural sereno y tranquilo. Pero sabía por instinto que aquello era falso y conocía a la joven lo bastante para percatarme de que también a ella el amor había de traerle borrascas y riesgos. Andando el tiempo, he meditado mucho sobre esto, y creo que si entonces hubiera asediado con todas las armas a mi amada, atrayéndola con todas mis energías, me habría seguido para siempre. Mas desconfiando de su jovial serenidad, atribuí a fatal misericordia la ternura y la afición que ella me demostraba. No pude apartar de mí la sospecha de que Gertrudis no hubiera podido permanecer durante mucho tiempo en tan sosegada amistad con otro hombre que fuera sano, de buena figura y a quien ella quisiese como me quería a mí. Eran aquéllos los momentos, no demasiado infrecuentes, en que hubiera dado toda la música y cuanto alentaba en mi interior con tal de tener una pierna normal y un empaque capaz de impresionar.

En aquel tiempo hube de ponerme de nuevo en contacto con Teiser. Me era indispensable para mi trabajo subsiguiente. Le enteré de mis planes. Cogió el libreto, lo examinó con circunspección y se lo llevó a casa para estudiarlo juntamente con el plan de mi ópera. A poco reapareció: en su rostro infantil, orlado de rubia barba, rebosaban el placer y el entusiasmo artístico.

—¡Esto es cosa seria! —exclamó, excitado—. La obertura la siento ya en la yema

de los dedos. Pero antes vamos a celebrar la cosa echando un trago de los buenos, maestro. Si no fuera inmodestia, le propondría un brindis fraternal, tuteándonos..., pero no quiero obligarle a ello.

Le dije que lo aceptaba complacido, y la velada fue de lo más alegre. Me recibió Teiser por primera vez en su apartamento. Hacía poco que se había traído a una hermana suya, la cual había quedado sola a raíz de la muerte de su madre, y él no hallaba palabras para expresarme lo bien que se encontraba al cambiar de vida, después de largos años de soledad. Su hermana era una muchacha sencilla, sin malicia, de alegre carácter; tenía unos ojos claros, infantiles, risueños y bondadosos como los de su hermano, y se llamaba Brigitte. Nos invitó a pasteles, vino austríaco verde claro y largos cigarros de Virginia. La primera copa la bebimos a la salud de Brigitte, y la segunda por nuestra fraternidad. Mientras comíamos, bebíamos y fumábamos, el bueno de Teiser, radiante de gozo, no podía estarse quieto un momento. Una vez se sentó al piano; otra, en un sofá, con la guitarra; otra más, en el borde de la mesa con el violín; tocaba todo lo que se le venía a la imaginación, o cantaba, mientras los ojos le relucían del alboroto; ¡y todo en honor mío y de mi ópera! Resultó que su hermana tenía el mismo humor que él y era también devota de Mozart; chispeaban romanzas de *La flauta mágica* y trozos de *Don Juan* en el aire de la pequeña estancia, interferidas por la charla y el entrechocar de vasos, acompañadas a la perfección por el piano, el violín, la guitarra e incluso el silbido de Teiser. Estaba yo todavía atado al teatro por mis compromisos de temporada estival. Pedí la rescisión de mi contrato para el otoño; entendía que para entonces iba a necesitar todo mi tiempo y mi voluntad para el nuevo trabajo. El director de la orquesta, enojado conmigo desde que supo que deseaba irme, me trató al final con especial descortesía. Menos mal que Teiser me ayudó valientemente a afrontar la situación y a tomar a broma las groserías de Rössler.

Más útil todavía me fue la ayuda de mi fiel amigo cuando hube de orquestar la música de mi ópera. Por muy celosamente que intentase yo hacer valer mi criterio, fue inexorable en ir señalando los errores que yo cometía respecto al tratamiento de cada familia de instrumentos. A menudo le dominaba una evidente cólera, y entonces me chillaba como lo haría un director de orquesta descomedido, hasta que conseguía que yo suprimiese o cambiase algún pasaje dudoso con el que me había encaprichado. Si yo continuaba dudando, él estaba siempre pronto para aducir tal o cual ejemplo o modelo.

Cuando yo insistía sobre algo malogrado o no me acababa de decidir por el empleo de algún recurso audaz, se marchaba y volvía al punto, portador de partituras, mostrándome cómo lo habían hecho Mozart o Lortzing, y demostrándome que mi vacilación era propia de cobardes, o mi terquedad «digna de una vaca». Cuando el escenario de nuestras voces, peleas y demás barullos era el cuarto de Teiser, veíamos a poco entrar en silencio a Brigitte, trayendo vino y cigarros y alisando solícita más de una hoja de música medio estrujada. Casi tan grande como el afecto que le tenía al

hermano era la admiración que me profesaba: para ella yo era un maestro, un creador. Los domingos comía yo en casa de los Teiser, y después, si se veía un poco de azul en el cielo, nos íbamos al campo en tranvía. Paseábamos por oteros y sotos, entre charlas y canciones; sin necesidad de que yo se lo pidiera, los hermanos me regalaban el oído con tirolesas y coplas de su tierra.

Durante uno de aquellos paseos, la hora del almuerzo nos sorprendió una vez más en una aldea, a dos pasos de la posada. Por la ventana abierta de par en par salía jubilosa a nuestro encuentro la música de una danza campesina. Luego que hubimos comido, nos sentamos a tomar sidra en el jardín. Brigitte se introdujo de nuevo en la posada; desde nuestros puestos tratamos de indagar dónde iba, y, a poco, la ventana abierta servía de marco a su agraciada figura en movimiento. La vimos pasar bailando una y otra vez, fresca y radiante como una mañana de estío. Cuando volvió, su hermano la amenazó con el dedo, diciendo que había podido invitarle a él también a bailar. Ella, confusa, se sonrojó y se defendió con un gesto, mirándome fugitivamente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él.

—Nada, déjalo... —dijo ella, mirando a su hermano y llamándole la atención cerca de mí con su mirada; me di cuenta de ello casualmente.

—¡Ah, sí! —musitó Teiser.

No hice ningún comentario, pero me sorprendió ver a Brigitte azarada por el hecho de que yo la hubiese visto bailar. Hasta aquel momento no se me ocurrió pensar que las excursiones de ellos dos podían haber sido más rápidas y largas y más variadas de rumbo si mi compañía no les hubiese servido de freno. Desde entonces tomé parte muy raramente en sus paseos y salidas de los domingos.

Una vez que Gertrudis y yo hubimos terminado con los ensayos de la parte de soprano, la joven se percató de que yo sufría por tener que renunciar a las asiduas visitas y a los coloquios confidenciales junto al piano y por mi dificultad y vacilación para inventar pretextos que justificasen nuevas visitas frecuentes. Entonces me sorprendió con una proposición: yo podía ir con regularidad a acompañarla al piano los días que ella solía cantar o ejercitarse en el canto. De manera que, desde entonces, iba yo por la tarde a su casa dos o tres veces por semana. El señor Imthor veía complacido su amistad conmigo; por lo demás, dejaba hacer a su hija cuanto quisiera en la casa, pues ella desempeñaba el cargo de ama desde la prematura muerte de la madre.

El verano se había adelantado y el jardín estaba espléndido; había flores por doquier y cantos de pájaros en torno de la casa callada. Mi llegada de la calle al jardín y mi breve pasar entre las añosas estatuas oscuras hasta verme ante el edificio ornado de hiedra era para mí como el acceso a un santuario donde las voces y las cosas de este mundo podían llegar sólo transformadas casi en suave silencio. Las abejas danzaban ante las ventanas entre arbustos floridos; los rayos de sol, entreverados de leves sombras de fronda, entraban en la estancia donde yo estaba sentado ante el

piano de cola, escuchando a Gertrudis. Su voz subía ligera y se mecía cerniéndose sin cansancio; cuando, terminada la canción, nos mirábamos y nos sonreíamos, había entre nosotros fraterna unidad y confianza. A veces me parecía que bastaba con alargar la mano para atrapar mi dicha y guardármela para siempre; no obstante, jamás lo hacía, por aguardar a que Gertrudis mostrara alguna vez el mismo anhelo o sintiera una tentación semejante. Pero ella no respiraba otra cosa que puro contentamiento y no parecía desear más nada; a veces tuve incluso la sensación de que ella deseaba suplicarme que no turbara aquella tácita conformidad alterando la calma primaveral de nuestra convivencia.

Esto podía restarme ilusiones, pero me consolaba la compenetración entre ella y mi música, su gran comprensión, de la cual ella estaba orgullosa.

Duró la situación hasta junio. Después la joven marchó a la montaña con su padre y yo me quedé. Cuando pasaba ante su casa y la veía vacía y cerrada tras los árboles, tornaban a mí los pesares, que crecían y me acosaban en la intimidad nocturna.

En aquella disposición de ánimo me echaba al bolsillo unos cuadernos de música y me iba al anochecer a casa de Teiser. Tomaba parte en su vida jovial y sencilla, bebía de su vino de Gratz y tocaba con ellos música de Mozart. Luego me volvía a casa, á través de la noche apacible, mirando a las parejas de enamorados. El cansancio me obligaba a tenderme en el lecho, pero no hallaba descanso. ¿Cómo era posible que mi trato con Gertrudis fuese sólo fraternal, cómo no había roto barreras lanzándome a su asedio y conquista? Ahora me parecía incomprensible todo. La evocaba, vestida de azul claro o de gris, alegre o seria; escuchaba su voz, y no podía hacerme a la idea de haberla visto y oído sin arder en mi propio fuego y llevármela conmigo. Entonces, febril, como ebrio, me levantaba y me ponía a trabajar. Al conjuro de mis ansias, las voces para coro y los instrumentos rogaban, insistían implorando, amenazaban, repitiendo sus renovados himnos de nostalgia. A veces, no obstante, carecía de ese consuelo; entonces el insomnio y el ardor me sacaban fuera de mí; repetía como un loco el nombre de Gertrudis, y desdeñando salvajemente toda esperanza, me entregaba a la horrible impotencia del deseo. Invocaba a Dios preguntándole por qué me había hecho así, por qué me había lesionado, por qué en lugar de una felicidad asequible al más pobre me había dado el cruel alivio de escarbar entre los sonidos para describir lo inalcanzable por medio de quimeras sonoras, siempre espoleado por mis ansias.

De día lograba reprimir mejor mi pasión. Apretaba los dientes, me ponía a trabajar temprano, me calmaba paseando y me animaba con duchas frías; caída ya la tarde, ante la amenaza de las tinieblas, huía a la serena vecindad de los Teiser, que me deparaba sosiego y casi cierto bienestar durante algunas horas. Teiser atribuía mi estado al exceso de trabajo y me recetaba descanso, aunque él mismo se volcaba a ayudarme y seguía el proceso creador de mi ópera con la misma impaciencia que yo. A veces era yo el que le sacaba de su casa y monopolizaba su compañía, llevándomelo de noche al jardín de una posada. El fresco me sentaba bien, pero otras

cosas me perjudicaban: parejas amorosas, el azul nocturno, los farolillos, los fuegos artificiales, el perfume voluptuoso de las noches estivales en la urbe.

Cuando Teiser se fue con Brigitte de vacaciones a la montaña, lo pasé peor aún. Me invitaron a que me fuese con ellos, pero no pude aceptar: no quería turbar su goce con mi escasa movilidad. Dos semanas estuve solo en la ciudad, insomne y desgastado; mi obra no prosperó.

Recibí entonces una cajita de rosas alpinas de Valais. Al desempaquetar las pardas flores, ya mustias, y ver la letra de Gertrudis sentí su mirada en la mía, avergonzándome de mi salvajismo y desconfianza. Era preferible que ella conociese mi estado de ánimo; a la mañana siguiente le escribí, contando, medio en broma, que no me dejaba dormir la añoranza, y que su amistad ya no me resultaba aceptable por haberse convertido, de mi parte, en amor. Mientras escribía, los sentimientos me iban agobiando, y lo que empezara tranquilamente y en tono jocoso acabó de una manera arrebatada y encendida.

El correo me traía frecuentes postales de los Teiser. No podían imaginarse que sus saludos me causaban sendas decepciones, pues yo esperaba noticias escritas por otra mano.

Por fin llegó un sobre gris con la letra menuda y elegante de Gertrudis. La misiva decía:

Querido amigo: su carta me pone en un apuro. Veo que lo está pasando mal; gracias a eso se libra de que le regañe. Usted sabe cuan grande es el afecto que le profeso, pero las circunstancias que ahora me rodean me son gratas y no deseo cambiarlas. Si yo venteara el peligro de perderle, haría lo imposible para retenerle. Pero no puedo contestar a los renglones más apasionados de su carta. Tenga paciencia: dejemos las cosas en el punto donde estaban, hasta que podamos vernos. Luego todo será más fácil. Su amiga,

Gertrudis.

Poco mudaban las cosas con esta carta, pero me sentí mejor. Era un saludo; y ya que no me rechazaba ella, podría yo cortejarla más adelante. El mensaje me trajo algo de la esencia de mi amada, algo de su claridad fresca; en lugar de la imagen creada por mi añoranza, apareció ella misma ante mis pensamientos. Su cercana y perceptible mirada me pedía fe; un orgullo avergonzado me ayudó a frenar mis ardores y la nostalgia me consumía. No consolado, pero sí fortalecido y más alerta, me mantuve firme. Me fui a una aldea distante una o dos horas de la ciudad, llevándome parte del trabajo, y me alojé en una posada. Allá, en una umbrosa glorieta de saúcos, ya sin flores, me pasaba horas y horas sentado, pensando. Mi propia vida me parecía extraña: había recorrido solitario y ajeno sendas sin saber adonde

llevaban; no había echado raíces en ningún sitio ni ganado el derecho de llamarlo mío. Para mis padres, había abandonado mi profesión sólo por seguir peligrosas quimeras creadoras que no me daban el pan; nos limitábamos a cruzarnos cartas corteses. Mis amigos no me comprendían: sólo con Gertrudis habría podido entenderme en perfecta comunión. Pero, con todo, yo vivía para mi obra y ésta debía dar sentido a mi existencia; ¡nada de cazar sombras ni elevar torres en el aire! ¿Justificaría y llenaría realmente la vida de un hombre aquel fabricar combinaciones sonoras, aquel jugar inquieto con creaciones que, en el mejor de los casos, sólo servían para ayudar a los demás a pasar un rato agradable?

Con todo, seguí trabajando de firme y logré terminar mentalmente mi ópera aquel verano, aunque todavía faltaba mucho que hacer y que escribir. Varias veces volví a alcanzar un estado de alegría pura y aun de orgullo al pensar que mi obra se impondría al género humano, y que los músicos y cantores, los directores de orquesta y coros serían los ejecutores de mi voluntad, la cual actuaría sobre millares de seres. Otras veces aquello se antojaba inquietante, casi fantasmagórico: ¿era posible que tanto poder e influencia arrancasen de los sueños y quimeras impotentes de un pobre solitario, del que todos tenían piedad? En otros momentos, perdiendo el valor, pensaba que en mi obra todo era falso e hiperbólico, imposible de ejecutar; sin embargo, tales momentos eran raros y, en el fondo, tenía la convicción de que en mi obra anidaban energía y vida, fuego y honradez, vivencias y sangre de mis venas. Hoy ya no me gusta; escribo cosas muy diferentes; pero en aquella ópera está mi juventud toda, y cuando algunos de sus compases me salen al encuentro, son como ráfagas de huracanada y tibia primavera procedentes de aquellos valles de la mocedad y de la pasión, ya abandonados. Al pensar que toda su candente pujanza y su poder sobre los corazones nacieron de flaquezas, renunciamiento y añoranzas, no sé si debo amar o aborrecer aquel período de mi vida, y por ende, mi existencia actual.

Finalizaba el verano. Acabé del todo la obertura en una noche tenebrosa; la incesante lluvia parecía un sollozo apasionado. Al día siguiente el jardín tenía un aire otoñal bajo la llovizna fresca y suave y el cielo agrisado. Tras de hacer un bulto con mis cosas, regresé a la urbe.

Teiser y su hermana, únicos amigos que ya estaban de vuelta, bronceados por el sol de la montaña, tenían un aspecto magnífico. Tenían mucho que contar, pero estaban ansiosos de saber cómo iba mi ópera. Tocamos la obertura. Fue para mí casi una solemnidad cuando Teiser, poniéndome la mano en el hombro, dijo a su hermana:

—Brigitte, ¡mírale! ¡Es un genio!

Nostálgico, y agitado, mas lleno de fe, esperaba el regreso de Gertrudis. Tenía una buena cantidad de trabajo que enseñarle y sabía que ella iba a revivirlo conmigo, comprendiéndolo y gozándolo como cosa también suya. Lo que me tenía en vilo era la opinión de Heinrich Muoth, cuya ayuda me era imprescindible y de quien nada sabía desde hacía meses.

Sin embargo, regresó antes que Gertrudis. Una mañana se presentó en mi

habitación y se me quedó mirando un buen rato.

—Tiene usted un aspecto horrible —dijo cabeceando—. ¡Claro, cuando se escriben cosas de este género...!

—¿Tuvo tiempo de echarle una ojeada a su parte?

—¿Ojeada...? Me la sé de memoria. Cuando quiera se la canto. ¡Esto es endemoniadamente magnífico!

—¿Le parece, de veras...?

—Ya verá. Su época mejor, de tranquilidad y de gloria buhardillera, pasó. Cuando se represente su ópera, ¡ya verá lo que es bueno! En fin, esto es cosa de usted. ¿Cuándo quiere que nos reunamos? Tengo que preguntarle cosas. ¿Qué falta para completar la ópera?

Le enseñé lo que había hecho y me llevó a su casa. Por vez primera le oí cantar aquel papel, durante cuya creación yo, a través de mi propia pasión, había estado pensando en Muoth. Sentí el poder de mi música y de su voz. Me imaginé la obra entera en las tablas, y mi propia llama me envolvió y me dio calor; mi obra dejó de ser una propiedad íntima, adquirió vida independiente, actuó sobre mí cual fuerza ajena. Era para mí una experiencia nueva: la obra se desligaba del autor, lo cual nunca había yo creído posible, en el fondo. Poco antes, había tenido la obra en mi mano y ahora ya no era mía, se había ido de mí como un mancebo se aleja de la casa paterna: cobraba consistencia y movimiento y poder propios, me miraba con ojos ajenos y con iniciativa; no obstante, llevaba mi marca y mi nombre en la frente. Andando el tiempo, durante las representaciones, volví a sentir aquella impresión ambigua, a veces estremecedora.

Muoth se había estudiado a conciencia el papel; pude concederle complacido que cambiase lo que quisiera. Luego preguntó con curiosidad quién cantaría la parte de soprano que él sólo conocía a medias, y quiso saber si alguna cantante la había ensayado. Tuve, pues, que hablarle de Gertrudis, y logré hacerlo con calma y disimulo. Dijo que el apellido Imthor le sonaba, pero que nunca había estado en la casa, y se asombró de que Gertrudis hubiera podido estudiar y cantar aquella partitura.

—Sólo teniendo una buena voz, alta y ligera, es eso posible —observó complacido—. ¿Quiere presentarme en esa casa en alguna ocasión?

—Tenía esa intención. Quisiera oírle cantar a dúo con la señorita Imthor, pues hará falta corregir algo. Cuando vuelvan de vacaciones, les pediré que le reciban.

—Total: que usted, Kuhn, es hombre de suerte; y para la orquestación cuenta usted con Teiser. ¡Verá cómo esta ópera tiene éxito!

Nada dije; no me era posible pensar en el destino y en el futuro de mi ópera; tenía que trabajar todavía en ella hasta acabarla. Después de oír cantar a Muoth su parte, empecé a creer en los méritos de la obra.

Teiser, a quien se lo conté, dijo:

—Te creo: ese Muoth tiene verdadero temperamento; ¡si no fuera a ratos tan

fulero! Nunca piensa en la música, sino en Heinrich Muoth. Para todo es impulsivo.

Las hojas empezaban a caer lentas en el jardín otoñal de los Imthor el día que lo atravesé para ir a visitarles, a su vuelta; el corazón me latía angustiosamente. Ella, más hermosa que nunca, de porte más erguido, algo tostada, me dio sonriente la mano; con la magia de su voz querida, de su mirar claro, de su trato noble y franco de antes, se alejaron mis cuidados y mi ansiedad y me sentí dichoso y contento de su bienhechora compañía. Me dejó la iniciativa, y como yo no hallase manera de tocar el tema de mi carta y de mi requerimiento, guardó también silencio acerca de todo ello, sin demostrar con gesto alguno que nuestra camaradería hubiese quedado enturbiada o estuviese en peligro. No trató de rehuir mi compañía: al contrario, a menudo estuvimos a solas; confiaba en que yo respetaría su voluntad no insistiendo en mis solicitudes mientras ella no me diese motivo. Nos pusimos a trabajar en lo nuevo; le dije que Muoth tenía en su poder la partitura correspondiente y que le gustaba. Pedí a Gertrudis permiso para traer a Muoth un día y hacer los indispensables ensayos de conjunto. Ella accedió.

—No lo hago con mucho gusto —dijo— y usted lo sabe. Tengo por norma no cantar en presencia de extraños, y me es doblemente incómodo hacerlo ante el señor Muoth. No es sólo porque se trate de un cantante famoso. En su persona hay algo que temo, al menos me lo ha parecido cuando le he visto en escena. Veremos cómo marchan las cosas.

Por no aumentar su recelo, no me atreví a decir nada de mi amigo, ni siquiera para defenderle o elogiarle. Estaba seguro de que ella, tras las primeras pruebas, seguiría cantando con él gustosa.

Días después, Muoth y yo tomamos un carruaje y fuimos a casa de los Imthor. Nos esperaban. El dueño nos recibió con frialdad pero con exquisita cortesía. No le parecían mal mis frecuentes visitas ni la confianza que reinaba entre su hija y yo: se habría reído si alguien hubiera hecho alguna insinuación sobre ello. Pero le agradaba poco la llegada de Muoth. Éste, elegante, estuvo muy correcto, y los Imthor parecieron quedar gratamente sorprendidos. El cantante, pese a su fama de violento y altivo, sabía patentizar excelentes modales; además no pecaba de vanidoso; en la conversación se mostró a la vez decidido y modesto.

—¿Les parece que cantemos? —preguntó Gertrudis al cabo de un rato.

Pasamos al salón de música. Me senté al piano, y luego de esbozar el preludeo y dar explicaciones, rogué a Gertrudis que cantase. Hízolo a media voz, cautelosamente: estaba un poco cohibida. Muoth cantó sin vacilación y sin economizar la voz. Arrastrándonos a los demás, nos condujo rápidamente al corazón del drama, con lo que Gertrudis acabó por cantar con toda su voz también. Hasta aquel momento Muoth no empezó a prestar atención a la joven. Siguió ahora su interpretación con simpatía y le expresó con frases cordiales, de colega, sin exagerar, su admiración.

Desde aquel instante, todo encogimiento desapareció; la música nos amistó y nos

puso acordes, y mi obra, todavía mal ligada y medio inerte, creció y se trabó más y más. Lo principal estaba hecho; ya no podía malograrse, y en conjunto me pareció estimable. No oculté mi alegría; conmovido, di las gracias a mis dos amigos. Heinrich y yo salimos de la casa con el ánimo en fiestas. Muoth quiso celebrar la cosa con un banquete improvisado; cuando llegamos al champán hizo algo que siempre había evitado: tutearme. Lo mismo hice yo, gustoso.

—Bien, muchacho —dijo riendo—, celebremos tu triunfo con alegría y con... anticipación: así es mejor. Después, las cosas tendrán otro cariz... Ahora que te encaminas a toda prisa en dirección a las glorias del teatro, choquemos las copas. Te deseo que no te echas a perder como los demás.

Durante algún tiempo, Gertrudis mantuvo su actitud tímida ante Muoth, mostrándose libre e ingenua sólo cuando cantaba. Él la trataba con toda reserva y consideración, como solía con damas de buena familia. Poco a poco Gertrudis le vio llegar con menos recelo y aun con placer, y le invitó con despreocupada afabilidad, como hacía conmigo, a que volviese. Hiciéronse más raras las horas en que los tres estábamos solos. Se habían cantado todas las partes en que Heinrich y ella intervenían, examinando cada pormenor; por otra parte, en la casa de los Imthor habían comenzado las reuniones sociales y musicales de la temporada de invierno, a las que asistía Muoth con regularidad, aunque no cantaba con ellas.

Más de una vez creí notar que Gertrudis empezaba a distanciarse de mí, y que su apartamiento era deliberado; pero cada vez que paraba mientes en ello me irritaba conmigo mismo, avergonzándome de mi desconfianza. Era natural que Gertrudis, como ama de una casa de vida esencialmente social, tuviese deberes; a veces la veía, gozoso, cumplirlos, puesto que la observaba cuando iba y venía entre los invitados, majestuosa y esbelta, y a la vez llena de gracia.

Las semanas pasaron aceleradamente. Trabajaba con ahínco en mi mesa o al piano, con ánimo de acabarlo todo durante aquel invierno. Me entrevistaba con Teiser y concurría a las reuniones de su casa; tenía que atender bastante correspondencia y asuntos especiales: en varios sitios se estaban cantando mis *lieder*, y en Berlín se ejecutaba la serie de mis cuartetos para cuerda. Me llegaban pedidos, la crítica diaria me aludía y, de pronto, todo el mundo pareció estar enterado de que yo trabajaba en una ópera. Pero ahora ya no importaba, no era ya un secreto; en el fondo, aquellos vislumbres de éxito me alegraron; parecía que, por fin, y no demasiado tarde, abriase ante mí un horizonte despejado.

Hacía un año que no veía a mis padres y me fui a pasar las Navidades con ellos. Mi madre me acogió con todo cariño; pero entre los dos se interponía, como siempre, algo raro, entre poquedad de ánimo y reserva, consistente de mi parte en miedo a no ser entendido, y de parte de ella en desconfianza hacia mi profesión y hacia la seriedad de mis anhelos. Más por darme placer que por convicción, me habló de lo que había oído y leído sobre mí: en el fondo, ella dudaba de aquellos éxitos aparentes al igual que de mi arte en general. No es que fuese indiferente a la música: en su

juventud había cantado un poco; pero a su vez un músico era siempre algo así como un pobre diablo; además, no le acababa de convencer mi música, de la que había oído algunos fragmentos.

Mi padre tenía más fe en mí. Como hombre de negocios, miraba el lado material de mi oficio; me había ayudado generosamente, y había corrido de nuevo con los gastos de mi manutención cuando dejé la orquesta; ahora le agradaba la perspectiva de que yo pudiese, no tardando, vivir de mis propios ingresos, lo que él reputaba, a pesar de nuestras riquezas, como base necesaria de toda existencia honrada. Le encontré en el lecho; se había caído, lesionándose en un pie.

Me pareció predisposto a pláticas más bien filosóficas; estuve más cerca de él que nunca y disfruté de su práctica sabiduría de la vida. Pude quejarme de mis padecimientos, lo cual antes no hubiera hecho por vergüenza. Y recordé una frase de Muoth, que repetí a mi padre: acaso en broma, habíame dicho mi amigo que la juventud era el período más difícil de la vida, y que los ancianos están más serenos y satisfechos que los mozos. Mi padre se rió y me dijo:

—Como es natural, los viejos decimos lo contrario. Sin embargo, tu amigo ha intuido parte de la verdad. Creo que hay una divisoria clara entre mocedad y vejez. La juventud concluye cuando termina el egoísmo, y la vejez se inicia cuando empieza uno a vivir para los demás. Los jóvenes disfrutan mucho y sufren mucho porque viven para ellos solos; todo deseo u ocurrencia les parece importante; a toda alegría le sacan todo el jugo, como también a los dolores; por eso, más de un joven, viendo insatisfechas todas sus ansias, desperdicia su vida en poco tiempo. Pero para los más de los hombres llega una época en que todo muda, y han de vivir mayormente para los demás, no por abnegación, sino por naturaleza. Suele ser la familia la causante de eso: cuando uno tiene hijos ya no piensa en sí ni en sus propios deseos. A otros les hace perder el egoísmo la profesión que tienen: el arte, la ciencia, la política... La mocedad quiere jugar, la vejez trabajar. Nadie se casa simplemente para tener hijos; pero cuando los hay, ellos transforman al cabeza de familia, quien al final ve que todo ha acaecido para ellos. Esto tiene que ver con otra cosa: la juventud habla de morir, pero no piensa en la muerte. En los viejos ocurre al revés. Los jóvenes creen que vivirán siempre, y por eso concentran sus anhelos y pensamientos en sí propios. Los viejos ven que en alguna parte hay un fin y que todo lo que uno tiene para sí o hace en favor de sí solo va a parar, al final, a una fosa y no ha servido para nada. Por eso le es menester otra eternidad y la creencia de no haber estado trabajando tan sólo para los gusanos. Así, la mujer, los hijos, el negocio, la oficina y la patria existen para que él sepa a beneficio de quién está haciendo su trabajo y sobrellevando la diaria fatiga. En esto tu amigo tiene toda la razón: uno está más satisfecho cuando vive para los demás que cuando vive para sí. Lo que pasa es que eso no es motivo para que los ancianos se tengan por héroes; en realidad no lo son. Hay que decir que los jóvenes más dinámicos son los que alcanzan una vejez mejor, y no los que en la escuela se portan como abuelos.

Una semana permanecí en casa, y muchas de sus horas junto a la cama de mi padre, que no era enfermo paciente, ya que, aparte de la leve herida del pie, disfrutaba de excelente salud y tenía grandes energías. Estaba yo arrepentido de no haber sido más justo para con él y de no haberme acercado más a él antes, y así se lo dije. Me respondió que aquello había sido recíproco y más provechoso para nuestro futuro afecto que no cualquier intento prematuro de comprensión, raramente afortunado. Con circunspección y benevolencia indagó y se informó acerca de cómo me había ido con las mujeres. No le dije nada de Gertrudis, y el resto de mi confesión fue muy fácil:

—Consuélate, hijo —dijo sonriente—. Tienes todas las cualidades de un buen marido, y de esto se percatan en seguida las mujeres inteligentes. Pero no debes fiarte de una demasiado pobre: podría ser que mirase tu dinero. Aunque no encuentres exactamente a la que te imaginas y te agradaría encontrar, no importa demasiado: tampoco en este caso se habrá perdido todo. El amor entre jóvenes y el que se forja a lo largo de un matrimonio no es el mismo. En la juventud, cada uno piensa en sí y cuida de sí; luego, cuando ya existe una casa, hay que pensar en otras cosas. Debo contarte mi experiencia: estuve muy enamorado de tu madre y nos casamos por amor; pero eso duró un año o dos; después se consumió el enamoramiento hasta la última gota. Y cuando no sabíamos qué hacer, llegaron los hijos, tus dos hermanos mayores, y hubo que pensar en ellos; los pobres murieron demasiado pronto. Con la paternidad, nuestras mutuas pretensiones se hicieron menores, ya no hubo distancias y de repente resurgió el amor, aunque no el de la boda, sino muy diferente. Y éste viene durando más de treinta años, necesitando pocos remiendos. Muy pocos matrimonios de amor tienen esta suerte.

Aunque estas ideas me sirvieron de poco, las óptimas relaciones con mi padre me beneficiaron mucho; volvió a mí de nuevo el amor a mi patria chica, la cual me había sido casi indiferente durante los últimos años. Al llegar el momento de mi partida, no sólo no estaba arrepentido de mi visita al terruño, sino que me propuse intensificar en lo porvenir el contacto con mis padres.

El trabajo, así como unos cuantos viajes relacionados con la ejecución de mis cuartetos aquí y allá, me impidieron durante algún tiempo visitar a los Imthor. Cuando pude reanudar estas visitas, me encontré con que Heinrich era uno de los más asiduos concurrentes. El viejo Imthor seguía tratándole con cierta frialdad y desvío; Gertrudis parecía haber hecho buena amistad con él, lo que para mí fue motivo de contento; no tenía razón alguna para ponerme celoso, ya que, a mi ver, dos seres tan distintos como Heinrich y Gertrudis podían interesarse y hasta atraerse, pero de ninguna manera satisfacerse y amarse. No sentí recelo alguno viéndoles cantar juntos, unidas sus hermosas voces. Ambos eran de agraciado talle, altos y erguidos, él serio y concentrado, luminosa y jovial ella. Sin embargo, últimamente quiso parecerme que su antigua e innata serenidad se iba tornando forzada y que la joven tenía cierto aire de cansancio y preocupación. A veces me miraba seria y como escrutándome, con ese

interés y ese ánimo alerta con que las personas oprimidas y acongojadas se miran mutuamente; y si entonces trataba yo de animarla con una mirada o un gesto, se dibujaba en sus facciones una sonrisa tan lenta y forzada que me hacía daño.

De todos modos, eso lo observé raras veces: en otros momentos, Gertrudis aparecía tan serena y radiante como de costumbre; así que di en pensar que todo aquello eran alucinaciones mías o pasajeras indisposiciones de ella. Solo una vez ocurrió algo que me asustó seriamente. Estaba ella sentada, un poco recostada en la semipenumbra, mientras uno de los amigos de la casa tocaba algo de Beethoven; se debía de creer inobservada. Antes, mientras la luz le daba de lleno y los invitados la rodeaban, había mantenido su habitual expresión clara y serena. Ahora, empero, ensimismada, indiferente a la música, dejó hablar a su rostro, y apareció en éste una expresión de fatiga, de ansia y de temor, como de niña perseguida e indefensa. Duró esto algunos minutos, y al observarlo, creí que el corazón se me paraba. Ella sufría, su cuita era evidente, y esto era ya mala cosa; pero el hecho de que quisiese aparentar serenidad y ocultarme aquello, me alarmó grandemente. Cuando la música concluyó, me senté a su lado y empecé una charla indiferente. Como de pasada y en broma, dije que aquel invierno estaba resultando muy agitado para ella, y que yo también salía perdiendo. Luego evoqué la primavera anterior, cuando juntos habíamos estado cantando, tocando y discutiendo parte de mi ópera. Ella comentó:

—Sí, fueron unos días hermosos...

Y no añadió más; pero para mí fue como una confesión, pues lo dijo con involuntaria gravedad. Deduje que no me quitaba las esperanzas, y en mi fuero íntimo le di las gracias.

De buena gana hubiera repetido mi declaración de amor del verano precedente. Aquella mudanza en su actitud, la cortedad y la insegura timidez que a ratos patentizaba precisamente en mi presencia, los consideré, sin inmodestia alguna, como indicios favorables. Era hondamente conmovedor ver cómo su orgullo de doncella parecía sufrir y defenderse difícilmente. Pero finalmente no me atreví: me daba lástima su inseguridad y creí que era mi deber mantener la promesa dada. La verdad es que nunca he sabido cómo hay que tratar a las mujeres; he cometido el error de Heinrich Muoth, pero al revés; es decir, tratar a las mujeres como se trata a los amigos.

Ya era imposible creer que aquellos altibajos de Gertrudis eran debidos a alucinación mía. Comprendía la actitud de Gertrudis sólo a medias. Empecé a espaciar mis visitas y evité diálogos íntimos con ella, empleando todo mi tacto en ahorrarle sustos y congojas, pues a su sufrimiento esporádico parecía añadirse cierta desavenencia consigo misma. Según creo, ella se percató de mis esfuerzos y no estaba disgustada de mi reserva. Tras la agitada vida social del invierno llegarían otra vez los buenos tiempos de calma: había que esperar. Pero en muchos momentos mis esperanzas cedían el paso a una profunda amargura cuando me daba cuenta de mi incomunicación con la joven; contra mi voluntad me fui inquietando más y más y

sentí que algo malo flotaba en la atmósfera.

Llegó el mes de febrero; experimenté ansias vehementes de primavera, y la consiguiente tensión me hizo padecer mucho. Tampoco tenía ocasiones frecuentes de ver a mi amigo Muoth, muy ocupado a causa de la temporada de ópera y de inminentes compromisos para actuar en teatros de más fuste. Al parecer, en aquel momento no tenía ninguna amante; después de su ruptura con Lotte yo no había visto a ninguna mujer en su casa.

Un día me empujó hacia él la necesidad moral. Yo sufría por el cambio de mis relaciones con Gertrudis, por el exceso de trabajo y la fatiga invernal; así que fui a verle para charlar un poco con él. Me ofreció una copa de jerez y me estuvo contando unas cuantas anécdotas de teatro. Parecía fatigado, distraído y —lo que era más extraño— nada violento. Le escuché, lancé unas ojeadas por el cuarto, y ya iba a preguntarle si había estado últimamente en casa de los Imthor, cuando una de mis miradas indiferentes divisó un sobre en la mesa. ¡La letra era de Gertrudis! Antes de poder pensar, el terror y la amargura se apoderaron de mí. Acaso se tratase de una invitación o simple carta de cortesía; pero yo no podía creerlo, por más que lo deseara.

Logré recobrar la calma y me marché en seguida. Contra mi voluntad, lo sabía ya todo. Podía ser un mensaje sin importancia, una casualidad..., pero yo sabía que no lo era. De pronto mi visión se tornó clara y comprendí todo lo que había acaecido.

Me propuse examinar el estado de cosas y esperar; pero tales planes no eran sino pretextos o escapatorias. La flecha estaba clavada, y su veneno en mi sangre. Llegué a casa y me senté. El aturdimiento fue dando paso a una escalofriante claridad mental; por momentos la sangre, se me helaba en las venas; mi vida estaba rota, miré y mi esperanza destruidas.

Durante varios días no lloré ni sentí el dolor. Sin pararme a pensar, decidí no seguir viviendo; mejor dicho, la voluntad de vivir se me había venido abajo, parecía extinguirse. La cuestión de la muerte había que arreglarla y resolverla: no era menester estudiar si se trataba de algo agradable o desagradable.

Ante todo, debía visitar a Gertrudis, para oír de sus labios la confirmación de mi sospecha. Hubiera podido pedírsela a Muoth; pero, aun pareciendo él menos culpable que Gertrudis, no pude decidirme a verle. Fui, pues, a casa de Imthor, pero ella no estaba; al día siguiente volví y estuve conversando unos minutos con ella y con su padre, hasta que éste nos dejó solos, creyendo que acaso queríamos ensayar.

La miré; aunque ligeramente cambiada, estaba tan bella como siempre.

—Perdón, Gertrudis —dije con firmeza—, pero he de atormentarla una vez más. El verano pasado le envié a usted una carta...; ¿puede darme ahora la respuesta? Debo marcharme, acaso para mucho tiempo; si no, habría esperado a que usted misma...

Como palideciese y me mirase sorprendida, la ayudé, prosiguiendo:

—Se ve obligada a decirme que no, ¿verdad? Lo había supuesto... Sólo deseaba

saber si estaba en lo cierto o no.

Asintió con gesto triste.

—¿Es... a causa de Heinrich?

De nuevo asintió, y de pronto, estremeciéndose, me cogió la mano.

—¡Perdóneme! Y... ¡no le haga nada!

—Ni lo intentaré..., ¡de esto puede estar segura! —contesté, y no pude evitar un asomo de sonrisa al acordarme de Marión y Carlota, que eran tan adictas a Muoth y a las que había pegado. Tal vez acabase pegando también a Gertrudis, destruyendo su magnífico espíritu y su natural confiado.

—Gertrudis —empecé de nuevo—, por favor, ¡piénselo! No es por mí; ya veo cómo están las cosas pollo que a mí respecta. Pero es que Muoth no podrá hacerla feliz... Adiós, Gertrudis.

Mi tono seguía siendo firme, frío y claro. Pero Gertrudis, con aquel acento que yo ya conocía de Lotte, y mirándome como un animal herido, me dijo:

—No se vaya así..., no me merezco eso...

El corazón se me quebró y hube de hacer un esfuerzo para contenerme.

—No quiero que usted sufra. Tampoco le deseo ningún mal a Heinrich. Pero le ruego que espere..., ¡no le deje que se adueñe de usted aún! Heinrich destruye a todos los que ama.

Movió la cabeza y me soltó la mano.

—Adiós —dijo en voz muy baja—. No tengo la culpa... ¡No piense mal de mí ni de Heinrich!

Aquello había concluido. Regresé a casa y seguí ocupándome en mi problema como si se tratase de un negocio. El dolor me roía y el corazón me sangraba; pero yo no podía pensar en dolores, los miraba como desde lejos. Me era indiferente pasarlo bien o mal. Ordené las numerosas hojas de música de mi casi acabada ópera y escribí a Teiser encomendándole su conservación. Hice un esfuerzo para pensar en el medio de morir. ¡Si hubiera podido ahorrar a mis padres el dolor! Pero no se me ocurrió ninguna forma de suicidio que disimulase la realidad. En definitiva, el medio era lo de menos: decidí emplear el revólver. Estos problemas se me presentaron como sombras sin efectividad real; lo único firme para mí era la evidencia de que yo debía dejar de vivir; pues tras la helada envoltura de mi resolución presentía lo horrible de la vida que me habría quedado: ésta me miraba con sus espeluznantes órbitas vacías y se me antojaba infinitamente más repelente y aterradora que la lóbrega e indiferente visión de la muerte.

Terminé mis preparativos el segundo día, por la tarde. Sólo tenía ya que cruzar la ciudad por última vez para devolver algunos libros a la biblioteca. Era tranquilizador para mí saber que, a la noche, ya no viviría; me sentía como el herido a medio anestesiar, que no percibe el dolor pero presiente terribles torturas: la única esperanza era caer en definitiva inconsciencia antes que estallara el dolor verdadero. Sufría yo menos por este que por el miedo punzante a que otra vez me volviera la conciencia y

me hiciera apurar el cáliz hasta las heces; la muerte me liberaría a tiempo. Fui a más andar a la Biblioteca y volví corriendo; solamente di un corto rodeo para no pasar por delante de la morada de Gertrudis y evitar el intolerable tormento que me asaltaría y derribaría al divisar la casa.

Ya ante la mía, me hallé un tanto aliviado. Si bien la angustia me acosaba y se empeñaba en clavarme sus garras, si bien sentía atroces punzadas en mis entrañas, en aquel momento mediaban ya pocos pasos, pocos segundos entre la liberación y yo. En la escalera me crucé con un hombre uniformado. Traté de esquivarle apresurándome, pues temía que me detuviera. Él, entonces, se llevó la mano a la gorra y pronunció mi nombre. Le miré tambaleándome. El pensamiento de que iban a detenerme y el consiguiente temor me agarrotaron los miembros. De pronto, me invadió una fatiga mortal: no me parecía posible tenerme en pie ni dar los pocos pasos que me faltaban para entrar en mi habitación.

Mientras, mis ojos torturados se clavaban en el desconocido. El relajamiento me venció y hube de sentarme en la misma escalera. Me preguntó si me encontraba enfermo, y cabeceé negativamente. Durante aquel tiempo el hombre llevaba en la mano algo que me ofrecía y que no quería yo coger, hasta que me lo dio a la fuerza. Hice un gesto de rechazo y musité:

—No quiero...

Llamó a la patrona, pero nadie respondió. Entonces me cogió por debajo de los brazos para subirme a mi piso. Cuando vi que me era imposible escapar y que el otro no me dejaría solo, saqué fuerzas de flaqueza, logré ponerme en pie y me fui a mi habitación, a donde me siguió. Creí que me miraba con desconfianza: señalé mi pierna tullida, fingí que me dolía, y pareció creerlo. Busqué en mi monedero y le di un marco; me dio las gracias y, apretándome en la mano aquella cosa que yo no había querido aceptar, se marchó.

Agotado, permanecí en pie agarrándome a la mesa, y traté de concentrarme. Al final, alguien o algo me había interrumpido, cortándolo todo a pesar mío. ¿Qué tenía en la mano? Era un papel, un telegrama.

¿De quién? No me importaba: todo me tenía sin cuidado. Era una crueldad. ¡Lo tenía todo listo, y en el último momento, alguien me llegaba con un telegrama! Miré en torno. Sobre la mesa había una carta.

¡También una carta! Me la guardé en el bolsillo: no me interesaba. Pero el telegrama empezaba a atosigarme, se convertía en obsesión. Sentado ante el papel, pensaba si debía abrirlo o no. Era, sin duda, un ataque contra mi libertad. Alguien intentaba entremeterse para que no me escapase, para que se consumase mi suplicio, sin ahorrarme ninguna dentellada, ninguna convulsión, ninguna punzada.

No sé decir por qué le di tanta importancia al telegrama. Durante un buen espacio permanecí quieto y sin atreverme a abrirlo: presentía que su contenido iba a tener fuerza bastante para detenerme, obligándome a lo inaguantable, a aquello de que ansiaba huir. Finalmente, y pese a todo, hube de abrirlo con mano trémula. Muy poco

a poco fui descifrándolo, como si estuviese escrito en un idioma apenas conocido. Decía: «Papá gravísimo. Te suplico vengas inmediatamente. Mamá». Lentamente me fui percatando de su significación. El día anterior había pensado en mis padres y en el dolor que iba a causarles: mas la consideración había sido superficial. Ahora se oponían, tiraban de mí, hacían valer sus derechos. Al instante, me acordé de la conversación que había tenido con mi padre en Navidad. «Los jóvenes, egoístas e independientes —había dicho—, pueden llegar al extremo de deshacerse del peso de la vida tan sólo movidos por la insatisfacción de un deseo; pero quien comprende que su vida está ligada a otras, no puede dejarse llevar tan lejos». Y bien: yo estaba atado a uno de esos lazos... Mi padre, moribundo; mi madre, sola a su lado; por el momento, la agonía de él y la angustiosa llamada de ella no me llegaban aún a lo hondo, pues me parecía conocer sufrimientos peores; pero entendí que no podía cargarles encima mi propio peso, desoír su súplica y huir.

Caída ya la tarde llegué a la estación dispuesto a irme. Como un autómatas, bien que concienzudamente, hice lo necesario: compré el billete, me guardé el cambio, pasé al andén y me metí en un vagón. Otro joven que subió luego, tras de mirar en torno suyo, me saludó y se sentó frente a mí. Me preguntó no sé qué; le miré con la mente vacía y deseando únicamente que me dejase solo. Tosió, se levantó, volvió a asir su maleta de cuero amarillo y salió en busca de otro asiento.

A través de la noche corría el tren, ciego en su loco afán y tan sordo y concienzudo como yo mismo, como si con su carrera se pudiese salvar algo casi totalmente perdido. Horas después se me ocurrió meter la mano en el bolsillo y hallé la carta. «Todavía está aquí», pensé. Luego la abrí.

Era de mi editor, que me hablaba de conciertos y dinero, comunicándome que todo iba bien, cada vez mejor; un autorizado crítico de Múnich se había ocupado de mí, y mi editor me felicitaba por ello. Junto con la carta venía un recorte de periódico: lo encabezaba mi nombre en letras titulares y contenía una serie interminable de enrevesadas disquisiciones sobre Wagner, Brahms y la música actual, al final de las cuales se elogiaba generosamente mi música de cámara y mis *lieder*. Tardé en darme cuenta de que todas aquellas letritas negras se referían a mi persona: el mundo y la gloria me tendían sus manos. Por un segundo no pude reprimir la risa.

Mas la carta y el artículo habían aflojado la venda que me tapaba los ojos. De manera impensada, me vi reincorporado al mundo; no estaba dado de baja, seguía perteneciendo al ambiente y al mundo, debía vivir y aceptar la existencia. ¿Y cómo era aquello posible? Se me subió de pronto a la garganta todo lo que se había estado haciendo realidad en los últimos cinco días, sin que yo apenas me diese cuenta sino de modo confuso: era aquello de lo cual había querido escapar, algo repelente, amargo, indigno. Existía una sentencia de muerte, y yo no la había ejecutado, es más, debía dejarla sin ejecutar.

Oí un estridor: era el tren. Abrí la ventanilla y vi deslizarse un paisaje de sombras agazapadas: árboles tristes de negro ramaje pelado, granjas de amplios tejados,

alcores lejanos. Todo parecía existir a pesar de sí mismo, respirando aflicción y contrariedad. Otros opinarían que aquello era hermoso; a mí me pareció sólo triste. Me acordé de la canción: «¿Es por voluntad de Dios...?».

Me esforcé en contemplar la oscuridad, los árboles y tejados y en oír el compás de las ruedas: quería aterrarme mentalmente a cualquier cosa que estuviese fuera o lejos, en la que pudiera pensar sin hundirme en la desesperación; pero me fue imposible fijar la atención en ello durante largo rato. Tampoco pude concentrar el pensamiento en mi padre: pasó al olvido junto con los árboles y el paisaje nocturno. Contra mi voluntad, el pensamiento se me volvió allí donde no era lícito que estuviese: a un jardín de añosos árboles y a una casa con palmeras ante la entrada y con cuadros viejos y negruzcos en todas las paredes; yo entraba y subía por la escalera, dejando atrás cuadros, muchos cuadros. Nadie me veía: yo pasaba por allí como una sombra. De pronto vi a una dama esbelta que me daba la espalda: su cabellera era rubia y oscura. También estaba allí mi amigo Muoth y abrazaba a la dama: le vi sonreírse con melancólica crueldad, como si supiera que en adelante aquella dama iba a ser suya y podría maltratarla, sin que nadie pudiera hacer nada para impedirlo. Era estúpido y carente de sentido que a aquel hombre pobre de voluntad y corrompido le tocasen en suerte las más hermosas mujeres, mientras en mi caso el amor y la buena intención sólo habían conocido el fracaso.

Despertándome de aquella especie de sueño o semiinconsciencia, vi una claridad muy débil. Estaba alboreando. Estiré mis entorpecidos miembros, y, entre apático y deprimido, vi las cosas tal como estaban, turbias y como malhumoradas en frente de mí. Ahora tenía que pensar ante todo en mis padres.

Era aún de madrugada cuando vi aproximarse los puentes y las casas de mi población natal. Todo estaba gris. Al percibir los gritos y los efluvios malolientes de la estación, mí asco y fatiga aumentaron tanto, que mi voluntad de apearme se redujo al mínimo. No sé cómo, agarré mi liviano equipaje y, cuando al fin me vi subido al primer coche que se presentó, sentí que nos deslizábamos al principio sobre liso asfalto, más tarde sobre tierra ligeramente congelada y luego sobre un adoquinado en él que retumbaban las ruedas. El vehículo se detuvo ante la ancha puerta, que no recordaba yo haber visto nunca cerrada.

En aquel momento lo estaba. Confuso y asustado, toqué el timbre. Ni me abrieron ni llegó respuesta alguna. Miré a lo alto, hacia los pisos superiores: fue como si viviese una de esas pesadillas en que todo está cerrado y es preciso trepar por fachadas y tejados. El cochero me miró perplejo y esperó. Angustiado, me dirigí a la otra puerta, por la cual no acostumbraba yo entrar: hacía muchos años que no la franqueaba. Estaba abierta. Tras de ella se hallaba el escritorio de mi padre. En la estancia se encontraban, silenciosos y un tanto polvorientos, con sus chaquetas grises como siempre, los empleados de la oficina, quienes al verme se levantaron corteses para saludar al heredero que llegaba. El contable, Klemm, que tenía el mismo aspecto de hacía veinte años, se inclinó y miróme con gesto de triste duda.

—¿Por qué está todo cerrado ahí...? —pregunté.

—No hay nadie. El señor está en el hospital y la señora también.

—¿Vive...?

—Esta mañana vivía todavía, pero se teme...

—¿Y que ha sido...?

—¿Cómo dice...? ¡Ah, ya! Nada nuevo: lo del pie... Nosotros creemos que el tratamiento fue equivocado. De pronto se le presentaron unos dolores muy fuertes; el señor gritaba de un modo que daba pena. Entonces lo llevaron al hospital. Allí vieron que era una septicemia. Eran las dos y pico e inmediatamente le pusimos a usted el telegrama.

—Sí, muchas gracias. Ahora, por favor, digan a alguien que me traiga un bollo y un vaso de vino.

Uno salió corriendo, otros cuchichearon, todos se callaron luego. Poco después me dieron un plato y un vaso; comí y bebí; volví al coche, el caballo resopló y pronto me encontré ante la puerta del hospital. Monjas con tocas blancas enfermeros con batas de hilo rayadas de azul corrían por los pasillos. Alguien me cogió de la mano y casi me arrastró a uno de los aposentos. Alcé los ojos y vi a mi madre que me saludaba llorando. Mí padre yacía en una cama de hierro. Estaba cambiado y pequeño; su corta barba cana apuntaba al aire de un modo raro. Vivía todavía. Abrió los ojos y, a pesar de la fiebre, me reconoció.

—Siempre... con tu música..., ¿eh? —dijo con voz queda, y su voz y su mirada fueron tan bondadosas como chanceras. Me guiñó un ojo con aquella sabiduría cansada e irónica a la que nada queda ya que decir. Sentí como si me mirase dentro del corazón y lo viese y supiese todo.

—Papá —empecé.

Él me miró otra vez, casi burlón, pero con ojos ya distraídos. Luego los cerró.

—¿Qué aspecto tienes! —dijo mi madre abrazándome—. ¿Tanto te ha afectado...?

No pude decir nada, pues en aquel momento se presentó un médico joven y tras de él a los pocos instantes otro de más edad. Se administró morfina al moribundo, quien no abrió ya más sus ojos inteligentes, que últimamente supieron mirar con tanta penetración, casi con omnisciencia. Allí permanecimos a su lado y vimos cómo yacía, como aparentaba serenarse y luego se demudaba su faz; no podíamos hacer otra cosa que esperar su fin. Vivió algunas horas más y murió al anochecer. Mis únicas sensaciones fueron un dolor sordo y una fatiga grande; mis ojos estaban secos, como ardiendo; ya de noche, sentado junto a la cama del difunto, me quedé dormido.

Capítulo VI

Anteriormente, a ratos, había sentido de un modo vago lo difícil que es vivir. En aquel momento tuve nuevos motivos de meditación. Lo más permanente, hasta hoy, me ha parecido esa impresión contradictoria que produce la existencia a veces: mi vida ha sido mísera y cansada y, sin embargo, a los demás y aun a mí mismo en algunos momentos, les ha parecido rica y espléndida. Acaso la vida humana no sea sino una noche larga y triste que nadie soportaría de no centellear acá y allá relámpagos prodigiosamente consoladores; así, los segundos de repentina claridad compensan de los años de negrura.

Pero el terrible ciclo de la vida cotidiana está formado de tinieblas y desconsuelo. Con el nuevo día nos levantamos, y después comemos, bebemos y nos acostamos de nuevo... ¿Para qué? El niño, el mozo sano, el salvaje, el animal no padecen dentro de este círculo de cosas y actos indiferentes. Aquél a quien el pensar no le hace sufrir, halla satisfactorio el levantarse por la mañana; el comer y el beber le basta y no quiere que sea de otra manera. Pero aquél para quien estas evidencias han dejado de serlo, aquel que afanoso y vigilante busca en el curso de los días los momentos de la verdadera vida, sólo es feliz en estos relámpagos fugitivos, los cuales anulan en él la sensación del tiempo y le impiden pensar en el sentido y meta de todo lo demás. Tales momentos bien pueden llamarse «de creación», pues parece que llevan aparejada de algún modo la unión con el Creador, ya que durante ellos se siente todo como intencional, incluso lo que en otros espacios de tiempo se nos antoja casual. Esa unión es la que los místicos llaman unión con Dios. Acaso la luz intensa de esos instantes haga aparecer los demás tan sombríos por el contraste; acaso de la libre, mágica ingravidez y beatitud, de ese cernirse por un momento en el éter, derive el fenómeno de percibir lo pesado, lo pegajoso y deprimente de las restantes horas de la existencia. No lo sé a ciencia cierta, porque no soy pensador ni filósofo. Pero sí sé que, en caso de que la bienaventuranza y el paraíso existan, deben de consistir en la no perturbada duración de uno de aquellos instantes; y que, en caso de que no se pueda alcanzar la bienaventuranza mediante el dolor y mediante la purificación por el sufrimiento, no hay que rehuir ningún dolor ni padecimiento por grandes que sean.

Días después del entierro de mi padre vagaba yo todavía en un estado de aturdimiento y de lasitud mental. Ambulando sin rumbo, llegué a una calle de las afueras. Las agradables casitas despertaron en mi memoria un recuerdo indeciso, en el que me apoyé con ahínco. Más recuerdos acudieron, hasta que reconocí el jardín y la casa del viejo maestro que había querido convertirme, años antes, a la fe teosófica. Entré, y el hombre me salió al encuentro, me reconoció y me llevó a su gabinete. Un ligero y grato aroma de tabaco se percibía entre sus libros y macetas.

—¿Cómo anda eso? —preguntóme el señor Lohe—. ¡Ah, permítame que le

acompañe en el sentimiento: sé lo de su padre...! Tiene usted un aire triste...; ha debido de sufrir mucho...

—No fue por eso solamente —respondí—. La muerte de mi padre me hubiera dolido más aún si hubiera yo estado muy lejos de él. Pero con ocasión de mi visita anterior nos habíamos compenetrado muchísimo; así perdí esa penosa conciencia culpable que a veces se tiene ante los padres buenos, por el hecho de que aceptamos de ellos más calor del que podemos darles.

—Me place oírle hablar de esa manera.

—Y a usted, señor Lohe, ¿cómo le va con su teosofía? Me gustaría que me hablase como usted sabe hacerlo. Ahora me hallo en difícil situación.

—¿Qué es lo que le falta?

—Todo. No puedo ni vivir ni morirme. Encuentro que todo es falso y necio.

La risueña y bondadosa cara de jardinero del señor Lohe se contrajo dolorosamente. He de confesar que esa cara era precisamente una de las cosas que me ponían de mal humor; además, no esperaba realmente ningún consuelo ni de él ni de su ciencia. Sólo quería oírle hablar, para demostrarle luego la impotencia de sus teorías y castigarle por su fe optimista y por su creencia en la felicidad. No tenía intenciones amables ni para con él ni con nadie.

Pero aquel hombre ni era vanidoso ni estaba atrincherado tras de sus dogmas; yo me había equivocado al juzgarle. Me miró a la cara con afecto y con sincero pesar, y después movió melancólicamente la rubia cabeza.

—Querido amigo, usted está enfermo sin duda —dijo convencido—. Acaso su mal sea corporal: ello tendría fácil y pronto arreglo; no tendría usted más que irse al campo, trabajar duramente y abstenerse de comer carne. Pero barrunto que su enfermedad está en otra parte: en el alma.

—¿Cree usted que...?

—Sí. Sufre usted de una enfermedad que desgraciadamente parece haberse puesto de moda entre las personas de alto nivel intelectual. Los médicos, naturalmente, no la conocen. Está en relación con la *moral insanity*, y podría ser bautizada con los nombres de soledad imaginaria e individualismo. Los libros modernos están llenos de todo eso. Es como una imaginación clandestina que se le mete a uno en la intimidad secreta. Usted cree ser un solitario incomprendido, no tener nada que ver con ningún hombre.

—Poco más o menos, así es —admití, sin poder salir de mi asombro.

—Fíjese en esto: un hombre sufre varios desengaños consecutivos y cree por ello que entre él y los demás no existen ya relaciones de ningún género, sino sólo una mala inteligencia. A partir de ese momento es víctima de la roedora enfermedad: se siente en completa soledad, no tiene nada en común con los otros hombres, no puede compartir nada con ellos, ni siquiera puede buscar comprensión. A veces acontece que el enfermo se torna altanero y toma por retrasados mentales a todos los hombres sanos, capaces de entenderse y amarse. Si tal enfermedad se generaliza, la humanidad

desaparecería. Pero se la halla casi exclusivamente en la Europa central y sólo en las clases sociales altas. En los jóvenes es curable, y hasta diría que es un mal endémico durante el tiempo del desarrollo juvenil.

Me amostazó un tanto su tono ligeramente irónico y bastante doctoral. Viendo que yo no sonreía ni hablaba en mi propia defensa, volvió a mirarme con expresión bondadosa y doliente.

—Perdóneme —dijo amablemente—, usted padece la enfermedad verdadera, no la caricatura de ella que está tan en boga. Pero tiene remedio. Es pura obsesión creer que no existe ningún puente entre el yo propio y el de los demás o imaginarse que cada cual anda solitario e incomprendido por el mundo. Al contrario: el acervo común de los hombres es mucho mayor y más importante que lo diferencial y lo que cada uno posee aisladamente.

—Es posible —dije—. Pero ¿de qué me sirve saberlo? No soy filósofo, y mi sufrimiento proviene de no poder hallar la verdad. No pretendo convertirme en sabio ni en pensador, sino sólo vivir un poco más contento y en un ambiente menos difícil.

—Entonces, inténtelo. No estudie en libros ni se ocupe en teorías. Debe tener fe en un médico durante todo el tiempo que le dure la enfermedad. ¿Quiere?

—Lo intentaré con la mejor voluntad.

—Así me gusta... Si usted fuese un enfermo de mal corporal y el médico le recetase baños o tal medicina, usted probaría y obedecería, aunque no comprendiese tal vez el porqué del tratamiento. Haga ahora lo mismo. Durante algún tiempo, aprenda a pensar más en los demás que en sí mismo; es la única vía que conduce al restablecimiento.

—¿Y cómo es posible, si todos piensan ante todo en sí mismos?

—Esa idea debe usted superarla. Es menester que llegue a cierta indiferencia en lo que respecta a su propio bienestar; es menester que piense que ya no le importa su propio bienestar. El único medio para ello es aprender a querer a una persona de tal manera que el bienestar de ésta le sea a usted más caro que el suyo propio. No quiero decir con esto que haya de enamorarse, sino más bien lo contrario...

—Comprendo. ¿Y con quién debe uno probar...?

—Empiece con las personas que están más cerca de usted, amigos, parientes. Por ejemplo, su madre: ha perdido mucho, está sola, necesita consuelo. ¡Cuide de ella, defiéndala, trate de significar algo para ella!

—No nos entendemos muy bien mi madre y yo... Va a ser muy difícil eso.

—Hay que poner en la cosa suficiente dosis de buena voluntad: si no, no se conseguirá nada, por supuesto. ¡La eterna cantilena: no entenderse! ¿Por qué supone usted que Fulano o Mengano no le comprenden? ¿Por qué supone que son injustos con usted? Debería usted comenzar, ante todo, por comprenderles a ellos, ser justo con ellos, darles alguna alegría. ¡Hágalo, empezando por su madre! Repítase a sí mismo: «Ya que la vida no me ha dado hasta ahora satisfacciones, ni de un modo ni de otro, ¿por qué no probar la nueva vía?». Y ya que ha perdido usted el amor por su

propia vida, no tenga compasión de sí mismo; al contrario, impóngase: una carga y renuncie a su propia comodidad.

—Tiene usted razón; lo intentaré. Ya que me es indiferente hacer una cosa u otra, ¿por qué no seguir su consejo?

Con emoción y sorpresa estaba yo comprobando que aquel consejo coincidía con la norma de sabiduría vital que mi padre me había dado el día de nuestro último diálogo: vivir para los demás, no tomarse en serio a sí mismo. Esta doctrina era contraria a mi sentir inmediato; además, tenía un cierto tufillo a catequesis y a lección para confirmandos, a quienes yo, creyéndome más sano, miraba con desdén y hastío. Pero, a fin de cuentas, en mi caso, no se trataba de opiniones ni de especulaciones teóricas sobre determinada concepción del mundo y de la vida, sino de hallar un medio enteramente práctico para que un vivir difícil se me convirtiese en llevadero. Era, pues, necesario probar.

Miré con asombro a los ojos del exprofesor, a quien nunca había tomado completamente en serio y al que en aquel momento aceptaba como consejero y aun como médico. Tuve la impresión de que él poseía algo de aquel amor que me describía como remedio; parecía compartir mis sufrimientos y desear sinceramente mi mejoría. Por intuición sabía yo que me era menester un tratamiento drástico para poder respirar y vivir de nuevo; si antes había pensado en una temporada larga de montaña o en un trabajo intenso e incesante, ahora prefería seguir los consejos de otra persona, ya que mi saber y mi experiencia habían fracasado.

Cuando le dije a mi madre mi intención de que se viniese conmigo a mi casa, movió tristemente la cabeza.

—¿Lo crees mejor? —dijo—. No es tan fácil eso. Cada uno tiene sus costumbres...; yo soy ya vieja y no podré acostumbrarme a una vida nueva; tú necesitas libertad y yo seré una carga...

—Probaremos —propuse—. Acaso sea más fácil de lo que parece.

Vinieron días de intensa actividad; así que no hubo tiempo de cavilar ni de desesperarse. Ante mí tenía una casa y un comercio considerable, con haberes y deberes, libros y cuentas; se había prestado y tomado a préstamo dinero; había que arreglar todo aquello. Desde el principio me inclinaba yo decididamente a venderlo todo; pero mi madre le tenía gran afecto a la vieja mansión y, por otra parte, el testamento de mi padre tenía algunos puntos de difícil ejecución. Tuvo que intervenir un agente mercantil además del contable de la casa; pasaron días y semanas entre conferencias y cartas que se cruzaron sobre créditos y deudas; se hicieron planes; hubo desengaños. Pronto aquellas cuentas y trámites oficiales se convirtieron para mí en un verdadero galimatías; llamé a un abogado de mi confianza para que se pusiera en contacto con el notario y les encargué del desenredo de las cosas.

Por ello mi madre tuvo que andar a menudo sola hasta aquel momento. Después, empero, le dediqué todo mi tiempo, teniéndola alejada de los enojosos trámites de la herencia. A veces le leía algún libro de su gusto; otras veces me la llevaba a dar un

paseo en coche. No faltó algún rato en que sentí la tentación de dejarlo todo y huir definitivamente; pero me retuvo el pudor y cierta curiosidad por saber cómo se desarrollarían y resolverían las cosas.

Los pensamientos de mi madre estaban fijos en el recuerdo de mi padre; pero su duelo se hacía patente en un sinfín de pequeñeces femeninas, que me parecían incomprensibles y a menudo mezquinas. En los primeros días hube de sentarme a la mesa en el puesto de mi padre, mas luego a mi madre le pareció que pese a todo no era el lugar adecuado para mí y hube de dejarlo vacante de nuevo. En ocasiones mi madre creía que yo no hablaba lo bastante de mi difunto padre y en otras me miraba muda y dolorida apenas pronunciaba su nombre. Y, sobre todo, eché de menos mi música. No sé lo que hubiera dado por poder tocar el violín siquiera durante una hora; pero no obtuve permiso para hacerlo sino muchas semanas después, y aun entonces al oírme mi madre suspiraba, viendo en ello una ofensa a la memoria del fallecido. También opuso mi madre resistencia a los intentos que hice —reconozco que con escaso entusiasmo— de hacerle comprender mi carácter y el sentido de mi vida y de estrechar más y más nuestras relaciones y afectos.

Ello me hizo sufrir con frecuencia. Quise muchas veces abandonar todos mis esfuerzos, pero me dominé una y otra vez, hasta acostumbrarme a una vida gris y sin ecos. Mi propia existencia me parecía estéril y muerta; sólo una que otra vez percibí resonancias de lo que fue, oyendo en sueños la voz de Gertrudis o creando involuntariamente melodías para mi ópera. Cuando hube de ir a la ciudad de R. para desocupar mi apartamento y empaquetar los objetos de mi propiedad, todo cuanto allí había me pareció encontrarse a una distancia de varios años de mí. Sólo visité a Teiser, quien me ayudó con su habitual lealtad. No me atreví a preguntar por Gertrudis.

Así empezó para mí una verdadera lucha contra la actitud reservada y pasiva de mi madre. Cuanto más duraba aquello, más me oprimía. Cada vez que le suplicaba que me dijese abiertamente cuáles eran sus deseos y en qué estaba ocasionalmente descontenta de mí, me acariciaba la mano y, sonriendo tristemente, me decía:

—¡Déjalo, hijo, son tonterías mías de vieja! Empecé a indagar y a hacer preguntas, incluso al contable y a los criados y dependientes.

A poco se descubrieron varias cosas. Lo principal era que mi madre tenía en la ciudad una amiga y única parienta, la cual, solterona de pocas amistades, había mantenido siempre estrechas relaciones con mi madre. Aquella señorita Schniebel, que así se llamaba, se había mantenido siempre distante de mi difunto padre, y a mí me profesaba tal aversión que, desde que yo vivía con mi madre, había dejado de visitar la casa. En otro tiempo mi madre le había prometido que, de sobrevivir a mi padre, la alojaría en casa; por tanto, mi presencia frustraba las esperanzas de la señorita Schniebel. Enterado de esto, la visité y me esforcé en serle simpático. Este juego, con su poquito de intriga, fue una novedad para mí y casi me divirtió. Logré, en efecto, traer a la señorita de nuevo a casa como visitante; noté que mi madre me

quedó agradecida de ello. Pero las dos se aliaron para impedir la venta de la antigua propiedad y lo consiguieron. El siguiente paso consistió en que la prima se empeñó en ocupar mi puesto en la casa; su objetivo era hallar definitivo cobijo para la vejez, y yo era un obstáculo. Desde luego en la casa había sitio para ella y para mí, pero la prima no quería a mi lado y se negó a vivir con nosotros. Con todo, nos visitó con harta frecuencia, se hizo la indispensable a mi madre con sus oficiosidades y a mí me trató con la mayor diplomacia, como a gran potencia peligrosa. Total: se apoderó del puesto de asesora en la marcha de la casa, que no pude disputarle.

Mi pobre madre permaneció neutral. Estaba fatigada y sufría hondamente a causa del cambio de vida. Poco a poco me di cuenta de cuánto echaba de menos a mi padre. Una vez la encontré por casualidad en un cuarto, ocupada en hurgar en un ropero. Se asustó cuando entré. Disimulé continuando rápidamente mi camino, pero advertí que estaba inspeccionando los trajes del fallecido y que tenía los ojos llorosos.

Con el verano comenzó una nueva lucha. Quería a toda costa que mi madre se viniese conmigo de vacaciones, pues las necesitábamos de veras. Esperaba yo que así podría levantar su ánimo y ganar más influencia sobre ella. Aunque desganada, apenas me contradijo; en cambio, la prima se obstinó en que mi madre se quedara y me fuese yo solo. De ningún modo quise ceder, por las esperanzas que había puesto en aquel viaje. Ayudaría con mucha mayor eficacia a mi madre estando fuera del ambiente de la vieja casa y, de paso, podría dominarme mejor.

Logré que partiésemos a fines de junio. En cortas etapas visitamos Constanza y Zurich, y por el paso de Brünig nos dirigimos al Oberland bernés. Mi madre, muda y fatigada, se sometía al viaje como a algo fatal; su aspecto era el de una persona desgraciada. En Interlaken empezó a quejarse de que no podía dormir, pero conseguí convencerla de que siguiésemos hasta Grindelwald, donde esperaba que halláramos la paz. En aquel viaje estúpido, interminable, sin alegría, comprendí la imposibilidad de eludir mi propia miseria por el procedimiento de la fuga. Ante mis ojos tenía los hermosos lagos verdes, espejos de espléndidas ciudades antiguas; las montañas albas y azules, los ventisqueros verdeazulados que destellaban al sol. Pero los dos, callados, incapaces de disfrutar de todo aquello, lo veíamos desfilar sin sentir otra cosa que opresión y cansancio. Paseábamos mirando a las alturas, respirábamos el aire ligero y balsámico, escuchábamos el cencerrear de los rebaños en las praderas y decíamos: «¡Qué hermoso...!». Pero no nos atrevíamos a mirarnos.

Aguantamos una semana en Grindelwald. Una mañana dijo mi madre:

—Hijo, está visto que no tiene objeto quedarse más aquí. Debemos volver. Quiero dormir bien por lo menos una noche. Y si he de enfermar y morir, es preferible que me ocurra en casa.

Preparé en silencio las maletas, dándole la razón en mi fuero interno. El viaje de vuelta fue más rápido. Pero ya no tenía yo la sensación de regresar al terruño, sino a una cárcel. Por su parte, mi madre me demostró sólo una ligera satisfacción.

Así que, ya en casa, le dije aquella misma tarde del día del regreso:

—¿Qué te parecería si me volviese a R.? De veras quedaría con el mayor gusto si te pudiese ser útil. Pero los dos estamos enfermos y tristes y nos contagiamos el uno al otro. Dile a tu prima que se venga a vivir aquí; ella sabrá consolarte mejor que yo...

Me cogió de la mano según solía y la acarició levemente. Asintiendo con un gesto, me miró y se sonrió. En su sonrisa leí que me daba la razón y se despedía de mí.

¿Para qué habían servido todos mis esfuerzos y buenos propósitos? Sólo para atormentarla y alejarla de mí más que nunca. A pesar de la convivencia, cada uno había llevado solo su respectiva carga de padecimientos, sin compartirla; cada uno se había hundido más en su dolor y en su mal. Mis tentativas habían resultado infructuosas y lo mejor que podía hacer era dejarle el campo libre a la señorita Schniebel.

Lo hice muy pronto; y no conociendo lugar mejor, me volví a R. Ya no tenía casa; el pueblo donde había nacido y pasado la niñez y enterrado a mi padre no me importaba ya, no tenía derecho a pedirme otra cosa que un recuerdo de cuando en cuando. La receta del señor Lohe no había tenido éxito; pero no le dije nada al respecto cuando me despedí de él.

Por azar, mi antigua habitación de R. estaba desalquilada. Ello se me antojó simbólico: es inútil querer quebrar el nexo con lo que ha sido y huir del propio destino. En la misma casa y en el mismo cuarto desenfundé el violín, saqué mis cuadernos y vi que todo estaba exteriormente como antes, salvo que Heinrich Muoth se había ido a vivir a Múnich y que Gertrudis se había convertido en su prometida.

Los trozos de mi ópera eran pedazos rotos de mi vida anterior con los que había que hacer algo. Pero la música se movía con lentitud dentro de mi alma turbada. Por fin se despertó con renovadas fuerzas cuando, un día, el poeta que colaboraba conmigo me mandó el texto para un nuevo *lied*. Cabalmente por aquel tiempo no era raro que sintiese yo de noche la intranquilidad de otros años pasados y rondase el jardín de la casa de Imthor, pues el corazón, avergonzado, se me llenaba de absurdas ilusiones que eran como fuegos fatuos. La letra en cuestión decía:

*Todas las noches clama el viento Sur,
se agitan pesadas sus húmedas alas,
pájaros trémulos baten el aire.
Nada duerme, la comarca despierta,
la primavera llama.*

*Me paso en vela esas noches:
mi corazón se vuelve joven.
Hondos recuerdos azules
de mi feliz mocedad
vuelven, me miran,
se espantan y huyen.*

*Ten calma, corazón;
aunque en la sangre
se agite, mi angustiada y pesada la pasión,
y te lleve por veredas antiguas,
tu camino no es ya el de los años mozos.*

Aquellos versos me estremecieron las entrañas y despertaron de nuevo en mí sonidos y vida. Mi pena, durante tanto tiempo diluida y engañada, se enardecía dolorosamente y se tornó otra vez en flujo de sonos y compases. Así, partiendo del *lied*, reencontré el perdido hilo de mi ópera. Después de una existencia desierta cedí una vez más a la ebriedad febril de la efusión, subí hasta las libres eminencias del sentir, donde no hay diferencia entre dolor y delicia y donde todos los fervores y energías del alma se alzan unidos en una sola llama gigante.

El mismo día en que escribí la canción, tras de enseñársela a Teiser, regresaba a casa con renovadas ganas de trabajar, a través del anochecer, por entre las frondas de un castaño. Los meses recién pasados me miraban aún con su desolada vaciedad, como con ojos de máscara; pero ya el corazón se me aceleraba, sin deseo alguno de escapar al sufrimiento. La imagen de Gertrudis, luminosa y mayestática, se irguió sobre el polvo; pude mirarla impávido a los ojos claros y le abrí de par en par mi corazón. ¡Era mejor sufrir por aquella mujer y apretar más y más el instrumento de tortura contra la herida que vegetar lejos de ella y lejos de mi verdadero vivir durante períodos de existencia espectral! Entre los huecos que dejaban los copudos y sombríos castaños asomaba azulnegro el cielo cuajado de estrellas, que flotaban austeras y doradas, enviando su esplendor al infinito. Así obraban los astros; por su parte, las plantas lucían francamente sus capullos, retoños y frutos y cedían al gran empuje vital, indiferentes al placer y al dolor. Las moscas de efímera existencia zumbaban inquietas poco antes de morir; cada vida tenía su brillo y su hermosura; al vislumbrarlo, lo entendí y lo aprobé, y así encontré justificados mi vida y mis sufrimientos.

Durante aquel otoño concluí mi ópera. Habiéndome encontrado al señor Imthor en un concierto, me saludó cordialmente y me expresó su sorpresa, pues ignoraba que yo viviera en R. Sabía lo de la muerte de mi padre, pero creía que yo estaba en mi ciudad natal. Con la mayor calma posible le pregunté por Gertrudis.

—Si hubiera usted venido a casa, hubiera tenido noticias directas. Se casará a principios de noviembre. Contamos con su asistencia, sin falta...

—Gracias, señor Imthor... ¿Qué noticias hay de Heinrich Muoth?

—Está bien. Ya sabe usted que no me gusta mucho este casamiento. Hace mucho tiempo ya que quería preguntarle algo sobre el señor Muoth. No tengo queja de él en cuanto al trato personal, pero oí rumores: se habla de otros amores... ¿Puede decirme algo sobre esto?

—No, señor Imthor. Y aunque pudiera, de nada serviría. Su hija no cambiará de decisión por simples habladurías. El señor Muoth es amigo mío y celebro que los dos encuentren la felicidad.

—Él la encontrará. ¿Le veremos pronto a usted en casa?

—Espero que sí. Hasta más ver, señor Imthor.

Tiempo antes hubiera yo hecho lo imposible para impedir aquella unión, no ya por envidia o esperanza de que Gertrudis se sintiese de nuevo inclinada hacia mí, sino porque estaba persuadido y creía vaticinar que no congeniarían. Pensaba yo entonces en la extraña y atrabiliaria actitud de Muoth, en su forma de torturarse, en su irascibilidad y, sobre todo, en la frágil condición de Gertrudis, y con la misma claridad se me venían a la memoria los casos de Marión y de Carlota.

Pero ahora mis pensamientos eran diferentes. Una sacudida de mi vida entera, medio año de íntima soledad y el adiós consciente a la juventud me habían transformado. En aquel momento tenía ya por necio y arriesgado alargar la mano hacia el destino ajeno, y además no tenía motivo alguno para considerarme ni como conocedor del alma humana ni como apto para el oficio de auxiliador después de mis vergonzosos y amargos fracasos en esos aspectos. Aún hoy dudo mucho que los hombres posean la facultad de crear y formar de alguna manera consciente su propia vida y la de los demás. Uno puede ganar dinero, honores, condecoraciones; pero la dicha y la desdicha no se adquieren ni para sí ni para otros. Lo único factible es la aceptación de lo que llega; aunque, claro es, hay diferentes modos de aceptarlo. En cuanto a mí, estaba decidido a no empeñarme en pasarlo bien por las buenas y a aceptar lo que me fuere destinado, llevando la carga según mis fuerzas y procurando en lo posible apuntar hacia el bien.

Claro que la vida es independiente de nuestras meditaciones y pasa por encima de ellas; pero las decisiones y pensamientos honradamente razonados dejan cierta tranquilidad en el alma y ayudan a tolerar lo irrevocable. Por lo menos, a mí la vida me trató más piadosamente desde que acepté mi destino y entendí que mi suerte personal era lo de menos: esto lo he comprobado posteriormente.

A menudo acontece que, de improviso, se produce por sí mismo aquello que toda

voluntad y todo nuestro esfuerzo no pudieron lograr; así lo experimenté al cabo de algún tiempo con mi madre. Solía yo escribirle una carta cada mes y hacía ya mucho que no tenía respuesta suya. Pensé que si le hubiera ocurrido algo malo yo habría recibido alguna noticia por uno u otro conducto; así que me preocupé poco y seguí escribiendo mi carta periódica que contenía breve información sobre mi estado y cordiales saludos para la señorita Schniebel.

Pero llegó un momento en que estos saludos no fueron transmitidos ya a la destinataria. A las dos mujeres les había ido demasiado bien, al parecer, y, como suele pasar, no habían soportado la cosa una vez cumplidos sus deseos. Especialmente a la prima de mi madre el éxito se le había subido a la cabeza. Tras de entrar airoso en el lugar de su triunfo y establecer su morada en casa de mi madre, consideró como una suerte bien merecida —por haber pasado antes largos años en la penuria— el poder pavonearse como copropietaria de una casa rica. No es que hubiese adoptado hábitos de ricacha ni que hubiese empezado a despilfarrar: esto iba demasiado en contra de su carácter, forjado en medio de dificultades económicas y administrativas. Tampoco se le ocurrió vestir mejor o dormir en mejor lecho; al contrario, intensificó el ahorro ahora que por primera vez en su vida veía posibilidades de ahorrar algo. Pero lo malo fue que no quiso renunciar a su manía de dominio y de influencia. Exigió de las dos sirvientas una obediencia igual a la que prestaban a mi madre y se impuso incluso a los empleados, artesanos y carteros. Y como las pasiones no se apagan cuando se satisfacen, poco a poco su sed de poder se extendió a terrenos en los que mi madre no podía ceder. Quería entablar la señorita Schniebel relaciones sociales con todas las personas que visitaban a mi madre y quería estar presente en tales visitas. Quería leer todas las cartas que recibía mi madre, especialmente las mías, sin que le bastase el acostumbrado extracto verbal. Por último, se le antojó que en la casa no se hacía y gobernaba todo del modo que ella consideraba correcto; la vigilancia que se ejercía sobre la servidumbre no le parecía bastante severa; cada vez que una criada se retrasaba o hablaba más de lo corriente con el cartero, cada vez que la cocinera pedía asueto la tarde del domingo, la señorita Schniebel censuraba severísimamente la blandura de mi madre, dictándole interminables lecciones sobre el gobierno de la casa. Además sentía un dolor agudo cada vez que se cometía una infracción de las normas de economía: ¡se compraba demasiado carbón, demasiados huevos! Y así surgió la desavenencia entre mi madre y ella.

Mi madre había aceptado gustosamente algunas cosas, aunque no estuviera conforme con ellas y quedara un tanto desilusionada de su parienta, de quien había esperado otra actitud. Pero en el momento en que peligraron antiguas y venerables costumbres caseras y la paz cotidiana, no pudo callar sus objeciones y se volvió belicosa, en lo cual —se comprende— no pudo competir con su prima y amiga. Hubo disputas y pequeños litigios, resueltos al principio en forma amistosa; pero cuando la cocinera quiso marcharse y sólo pudo ser retenida por mi madre con gran esfuerzo y muchas promesas y casi pidiéndole perdón, el problema de la hegemonía doméstica

condujo a un verdadero estado de guerra.

La señorita Schniebel, orgullosa de su parsimonia y virtudes caseras, no pudo comprender cómo era posible que no se le agradeciesen tales cualidades y se creyó con derecho a criticar abiertamente a mi madre, con desprecio de costumbres y particularidades de la casa. Entonces mi madre hizo notar que deseaba seguir las normas del difunto cabeza de familia, quien nunca permitió mezquindades ni avaricias disfrazadas de economía ni restricciones a la libertad y derechos de los criados, pues le repugnaba que un amo gritase a su criado o que éste estuviese de mal humor. La alusión a mi padre —a quien en vida la señorita Schniebel criticó y después de fallecido consideró como un santo— hizo saltar a la solterona. Con acritud vino a decir que hacía mucho ya que tenía formada su opinión sobre el finado y sus métodos y que ya había sonado la hora de cambiar éstos por un régimen más razonable; que por respeto a mi madre no había querido ofender la memoria del muerto, pero ya que mi madre por iniciativa propia le invocaba, debía declarar ella por su parte que el señor Kuhn, padre, había sido culpable de muchos errores caseros y que ella no comprendía, ya que tenía carta blanca, por qué la casa se iba a seguir gobernando del mismo modo.

Estos dicterios le sentaron a mi madre como una bofetada en el rostro: aquello pasaba demasiado de la raya. Si en los buenos tiempos había sido para mi madre una necesidad y un goce charlar con su prima en confianza y hasta censurar con benevolencia algo de lo que había hecho mi padre, ahora no podía soportar la mínima sombra o ataque a la aureola del muerto amado. Mi madre empezó a experimentar que aquella revolución de costumbres capitaneada por su prima era no sólo bastante molesta, sino un verdadero pecado que se cometía contra la memoria de mi padre.

Esto había sucedido sin que yo me enterase. Cuando por vez primera me escribió mi madre sobre el estadillo de enemistades, aunque lo hizo con cautela, no pude menos de reír. En mi contestación omití los saludos para la solterona, pero no aludí a lo ocurrido, a fin de que las dos mujeres pudieran llevar a buen remate el asunto sin intervención mía. Por otra parte, tenía yo mis problemas que exigían atención.

Estábamos ya en octubre y yo no hacía más que pensar en el inminente casamiento de Gertrudis; no había vuelto a verla ni a visitar su casa. Después de la boda, si es que ésta llegaba a realizarse, pensaba seguir tratándome con el señor Imthor; también esperaba que, con el tiempo, se restablecerían mis relaciones amistosas y confidenciales con Gertrudis. Habíamos estado demasiado próximos para poder borrar lo ocurrido. No obstante, todavía me faltaba el valor necesario para un encuentro. Conociéndola, sabía que ella no hubiera evitado el encuentro.

Un día alguien llamó a mi puerta de un modo bien conocido. Lleno de presentimientos, confuso, di un salto, abrí y me encontré ante Heinrich Muoth, que me alargaba la diestra.

—¡Muoth! —exclamé, estrechándole la mano con fuerza, y no pude mirarle a los ojos sin que todo lo pasado se despertase en mí y me hiriese otra vez.

De nuevo tenía delante de mí la carta, aquella carta con letra de Gertrudis sobre de la mesa de Heinrich, y me veía otra vez despidiéndome de ella y resuelto a desaparecer. Muoth me miraba escrutador. Parecía algo más delgado, pero arrogante como nunca.

—No te esperaba —dije en voz baja.

—Sí, ¿eh? Ya sé que no has vuelto por casa de Gertrudis. ¡Sin comentarios! He venido a ver cómo vives y trabajas. ¿Qué tal anda esa ópera?

—Está lista. Pero dime antes cómo está Gertrudis.

—Bien. Nos casaremos pronto.

—Lo sé.

—¿No irás a verla aunque sólo sea una vez?

—Quizá más tarde... Quiero ver si le va bien a tu lado.

—¿Humm...?

—Perdona, pero no puedo olvidar lo de Carlota, a quien trataste mal y pegaste...

—Deja en paz a Carlota: tuvo lo que merecía. No se castiga a ninguna mujer que no lo desee.

—Si crees que es así... En cuanto a la ópera, no sé ni siquiera dónde ofrecerla. Tendría que ir a un teatro grande, pero éste acaso no acepte semejante cosa.

—Lo hará. De esto quería hablarte. Mándala a Múnich, donde se interesan por ti: probablemente será aceptada; si la cosa se pusiera mal, respondería yo del éxito. Quiero ser el primero en cantarla.

Acepté la sugerencia, ya que el asunto me convenía, y le prometí tener pronto las copias. Tratamos de los pormenores y luego continuamos hablando, un tanto cohibidos, como si quisiéramos pasar el rato y cerrar los ojos ante el abismo que se había abierto entre nosotros; para mí, nuestro encuentro era el de la vida con la muerte. El primero en romper el maleficio fue él.

—Oye —me dijo—: ¿recuerdas aquel día en que me llevaste a casa de Imthor...? Hace un año desde entonces.

—Sí. No hace falta que me lo recuerdes. Para eso sería mejor que te marcharas...

—No, amigo. Bien, te acuerdas aún. Entonces, si ya en aquel tiempo amabas a Gertrudis, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me dijiste: déjala en paz, es para mí? Habría sido bastante la menor alusión.

—Yo no tenía derecho...

—¿Crees...? ¿Por qué? ¿Quién o qué te obligó a mirar y callar hasta que fue demasiado tarde?

—No podía saber si me amaba. Además, si te quería más que a mí, nada se podía hacer...

—¡Qué niño eres! Acaso hubiera sido más feliz contigo. Todo hombre tiene derecho a conquistarse una mujer. Si tú desde el principio me hubieras dicho una sola palabra o hecho el más leve ademán, me hubiera apartado a tiempo. Más adelante, como es natural, ya era demasiado tarde.

Aquella conversación me estaba resultando demasiado penosa.

—Yo no pienso de la misma manera —repuse—. Tú estás contento o puedes estarlo. Siendo así, déjame en paz, te lo ruego... Salúdala de mi parte y dile que os haré una visita en Múnich.

—Entonces, ¿no asistirás a la ceremonia?

—No, Muoth; sería de mal gusto. Pero... ¿se celebrará en la iglesia?

—Hombre claro: en la catedral.

—Bien. Tengo preparada una cosilla para esa ocasión: un preludio para órgano. No temas..., es corto.

—Eres una excelente persona. ¡Debería llevarme el demonio por tener tan mala suerte contigo!

—Creo que deberías decir «tan buena». —Bien, no nos peleemos. Tengo que irme: he de comprar unas cuantas cosas, sólo Dios sabe cuáles. Enviarás pronto la ópera, ¿eh? A mi nombre: yo se la entregaré en persona al mandarrias. Bueno..., ¿y cuándo celebramos la despedida de soltero? ¿Estás libre mañana? ¡De acuerdo! Hasta más ver.

Y así me vi inscrito de nuevo en el antiguo círculo; pasé la noche entre pensamientos cien veces pensados y padecimientos cien veces padecidos. A la mañana siguiente visité a un organista conocido y le rogué que consintiera en tocar mi preludio el día de la boda de Muoth. Por la tarde Teiser y yo le dimos un repaso final a la obertura de la ópera. En fin, por la noche me presenté en el hotel donde Heinrich se alojaba.

La estancia estaba preparada, con fuego en la chimenea, candelabros, blanco mantel con flores y platería en la mesa, y Muoth esperándome.

—Bien, chico —exclamó—, festejemos esta despedida, mía más bien que tuya. Gertrudis me encarga que te transmita sus saludos. Bebamos a su salud.

Llenamos nuestras copas y las vaciamos en silencio.

—Pensemos ahora en nosotros, querido amigo. La juventud se escapa, ¿no lo sientes también tú? Dicen que es lo más hermoso de la vida. Pero sospecho que este dicho, como la mayoría de los preferidos por la gente, es engañoso. Lo mejor tiene que venir todavía; si no, la vida no valdría la pena... Cuando se represente tu ópera me gustaría volver a hablar contigo de esto.

Después de disfrutar de la comida y de un denso vino del Rin nos arrellanamos en los mullidos sillones, saboreando champaña y cigarros. Durante una hora el pasado volvió para él y para mí junto con el placer de la charla y luego la alegría locuaz de hacer planes. Nuestros ojos sinceros se miraron mutuamente, pensativos, serenos; el uno estaba contento del otro. Heinrich, más benigno y afable que de costumbre, notaba la fugacidad de los goces y los retenía cuidadosamente con guante de terciopelo durante todo el tiempo que la disposición del ánimo lo permitía. En tono confidencial, con la sonrisa en los labios, me habló de Múnich y me contó incidentes de la vida de los escenarios, ejercitando su antiguo y refinado arte de diseñar con

palabra breve y clara a los hombres y los ambientes.

Luego que hubo caracterizado así, en broma, sin maldad, pero con agudeza, al director de orquesta de la Ópera, al señor Imthor y a otros personajes, brindé por su felicidad y le pregunté:

—Bueno, y de mí, ¿qué se te ocurre decir? ¿Tienes también una fórmula para la gente de mi calaña?

—Sí —dijo tranquilamente mientras volvía, sus oscuros ojos hacia mí—. De pies a cabeza eres el arquetipo del hombre que vive para el arte. Un artista no es, como opinan los pedantes o los funcionarios del Estado o el vulgo en general, un caballero desenfadado que, en su loca alegría, lanza de cuando en cuando al mundo sus obras de arte. En los más casos, por desgracia, es un pobre infeliz que, ahogado por una riqueza inútil, ha de desprenderse de algo suyo. El mito del artista feliz no es más que cháchara de profanos. El «alegre» Mozart pudo sostener su ánimo gracias al champaña y en cambio careció de pan; Beethoven, en lugar de suicidarse a causa de sus desventuras juveniles, escribió todas esas cosas estupendas. Nadie sabe el porqué de todo eso. Un artista serio y que se respete debe ser desdichado en la vida. Cada vez que tiene hambre y abre su talega, encuentra perlas en lugar de alimentos.

—Hay que reconocer que cuando apetece un poco de alegría y calor y participación en la vida no importan mucho una docena de óperas y tríos y cosas por el estilo...

—Estoy de acuerdo. Bien mirado, una hora como ésta, al lado del vino y de un buen amigo, si los hay, y dedicada al agradable conversar sobre esta vida tan extraña, es una de las mejores cosas que se pueden desear. Hay que dar gracias a Dios por poder disfrutar de esto a lo menos. ¿Cuánto tiempo emplea un pobre diablo en fabricar un cohete de hermosos colores? Y, sin embargo, el placer de verlo dura menos de un minuto. Ahorremos, pues, y guardemos buenas dosis de alegría, paz espiritual y tranquilidad de conciencia; el día de mañana nos vendrán bien para pasar, alguna vez, un buen rato. ¡A tu salud, amigo! En el fondo no estaba enteramente de acuerdo con su filosofía, pero ¿qué más daba? Era agradable pasar aquella velada con un amigo que pudo dejar de serlo y a quien no estaba yo muy seguro de conservar. Pensé que, en mí fuero interno, y a pesar de la opinión de Muoth, debía brindar también por mi juventud, cuya frivolidad e inocencia no podrían ya volver.

No era tarde cuando dimos por concluida la reunión. Muoth se ofreció a acompañarme hasta mi casa, pero le obligué a quedarse. Sabía yo que no le agradaba ir conmigo por la calle; le molestaba mi renquear y le ponía de mal humor; no era capaz de sacrificios, y los pequeños son a veces los más difíciles.

Pensé en mi pequeña pieza para órgano a modo de preludio. Para mí significaba también una despedida: el adiós al pasado. Para los novios habría de significar gratitud y buenos augurios, amén de una reminiscencia de los tiempos de nuestra amistad.

El día del casamiento, por fin, decidí asistir a la ceremonia, aunque escondido tras

el órgano. Cuando el organista tocó mi preludio, Gertrudis miró hacia arriba y luego dirigió un gesto de inteligencia a Heinrich. Después de tanto tiempo sin verla, aparecía en aquel momento aún más alta y esbelta en su blanca veste. Avanzó grave y llena de gracia por el estrecho camino alfombrado en dirección al altar. Heinrich, a su lado, marchaba altivo y con la cabeza erguida. El espectáculo habría sido menos grato, menos vistoso, si yo, con mi pierna y mis andares, hubiera recorrido aquel camino en lugar del novio.

Capítulo VII

Estaba escrito que no podía dedicar mucho tiempo a pensar en la boda de mis amigos ni permitir que mis deseos, reflexiones y tormentos tomaran rumbo hacia aquel acontecimiento.

En aquellos días pensaba poco en mi madre. Aun cuando estaba enterado ya de sus conflictos caseros, no quería mezclarme en la lid entre ella y su prima; pensé con alguna malicia que acaso ella se bastase para resolver el problema sin mi consejo. Mis últimas cartas no habían obtenido respuesta. La redacción y corrección de copias de mi ópera me ocupó tanto, que no pude preocuparme de la señorita Schniebel.

Llegóme entonces una carta de mamá que me sorprendió por lo voluminosa. Contenía una verdadera incriminación contra su parienta; todos los delitos de ésta contra la paz y la amistad quedaban descritos con exactitud. Con gran dignidad y reserva, venciendo dificultades, venía a confesar que había vivido engañada en lo tocante a la clase de persona que era Lucía Schniebel. No sólo encontraba justificada la actitud de mi difunto padre, y la mía, hacia la señora Schniebel, sino que estaba dispuesta ya a vender la casa con tal de huir de su compañía.

Decía, entre otras cosas: «Tal vez lo mejor sería que vinieses, pues Lucie ya sabe lo que pienso y estoy planeando; para eso es un sabueso. Pero nuestras relaciones son tan tirantes, que me es casi imposible decirle lo que es menester en debida forma; se hace la desentendida sí le insinúo que preferiría vivir sola y que no la necesito. Pensar en un pleito es cosa que me pone enferma, y ella se pondría hecha un basilisco aullador. Será mejor que vengas tú y lo arregles. No quiero escándalos, pero habrá que hablarle de manera inequívoca».

¡Y si hubiera hecho falta matar a un dragón, también hubiera ido! Con placer preparé el viaje y llegué a casa. Advertí en seguida que un nuevo espíritu imperaba allí dentro. Particularmente el comedor, antes tan cómodo, tenía ahora un aspecto decadente, triste y opresivo, con trazas de cosa que se cuida con afán y que se usa lo menos posible. El sólido piso estaba cubierto de unas alfombras, mejor diría esteras, análogas a las que se usan para proteger las escaleras: eran de género barato y feo, como de luto, y con ellas se pretendía evitar el desgaste del piso y ahorrar en limpieza. El viejo piano del salón, en el que nadie tocaba hacía muchos años, aparecía enfundado. Mi madre, con ánimo de hacerme grata la llegada, había hecho lo posible por atenuar la mezquindad de aquella atmósfera y además había preparado té y pastas. Cuando me saludó, el olor a naftalina me obligó a arrugar la nariz. Sonreí y ella me entendió.

Tan pronto como me hube sentado, entró la parienta taconeando sobre la alfombra y fue a mi encuentro. La recibí con todos los honores, que ella aceptó. Me informé con todo detalle de su salud y pedí disculpas por la vieja casa, que tal vez no

ofreciese todas las comodidades que ella merecía.

Habló como si mi madre no existiese, arrogándose el papel de ama de casa; se ocupó del té y correspondió con afán a mis cortesías; aunque éstas la halagaron, estaba visiblemente asustada y recelosa. Olfateó algo parecido a una trampa, pero se vio obligada a continuar con el tono amable y a hacer uso de su *stock* de gentilezas anticuadas. Entre frases urbanas y seguridades de la más alta estima, llegó la noche, nos auguramos cordialmente un beatífico descanso y nos separamos como los diplomáticos de la vieja escuela. No obstante, creo que aquella noche la señorita Schniebel durmió poco, a pesar del dulce pan palabrero que yo le había administrado. Por mi parte, descansé satisfecho. Mi madre pudo conciliar el sueño con la sensación tonificante de ser ama en su propia casa, acaso por primera vez tras muchas noches de enojo y angustia.

A la mañana siguiente se repitió el gracioso juego durante el desayuno. Mi madre cambió su mudez de la víspera por una intervención activa en la conversación. Los dos tratamos a Schniebel con afabilidad y ternura; esto inquietó y casi afligió a la mandona, pues sin duda barruntaba que a mi madre aquel acento no le salía del corazón. Casi llegué a compadecerme de nuestra parienta, al verla tan achicada y miedosa, elogiándolo todo y diciendo que sí a todo. Pero en seguida me acordé de la criada a la que hubo que despedir, de la cocinera que seguía descontenta y que se había quedado sólo por afecto a mi madre, del piano forrado y del desagradable perfume que había invadido la casa de mi padre, antes tan risueña. Así que obré de modo implacable.

Después de comer rogué a mamá que se retirase a descansar un rato y me quedé solo con su prima.

—¿Suele usted echar siesta? —pregunté con urbanidad—. En ese caso, no quiero molestarla. Tenía que hablar con usted..., pero no corre prisa.

—¡Oh, no, yo nunca duermo de día! Gracias a Dios, no soy tan vieja aún. Estoy a su disposición...

—Muchas gracias, señorita. En primer lugar, quiero agradecerle las amabilidades que ha tenido para con mi madre. Gracias a ellas, mamá no se ha sentido demasiado sola en este caserón. En fin, ahora todo va a cambiar...

—¿Cómo dice...? —exclamó dando un respingo—. ¿Qué es lo que cambiará?

—Creí que ya estaba usted enterada... He convencido al fin a mamá para que se venga a vivir conmigo. Como no podemos dejar vacía esta casa, pienso venderla.

La mujer me miró totalmente desconcertada.

—Soy el primero en lamentarlo —proseguí con tono apesadumbrado—. En fin, estos últimos tiempos han sido para usted muy fatigosos y bien se merece un descanso. Cuidar de una casa tan grande es demasiada responsabilidad y una vez más quiero darle las gracias por todo.

—Pero... ¿qué voy a hacer yo...? ¿Adónde...?

—Eso se arreglará. Sin prisas, tendrá que buscarse otra casa. Luego usted misma

verá que se encuentra mejor en un ambiente más tranquilo...

En pie, en tono cortés aún, pero impresionante por lo agudo, clamó:

—No sé qué decir... Su madre me ha prometido dejarme vivir aquí. Ha sido un contrato firme; y ahora, después de haber estado cuidando la casa y ayudando a su madre en todo, ¡me ponen en la calle!

Sollozando, quiso marcharse. Cogiendo su mano seca, la retuve. Sentóse de nuevo.

—La cosa no será tan grave —dije sonriendo—. El hecho de que mamá vaya a irse de aquí cambia un poco la situación: eso es todo. Por otra parte, ella no es la dueña, sino yo, y por eso decido vender la casa. Para que usted no se moleste, mi madre le buscará nuevo alojamiento con mayores comodidades que aquí, y usted, en cierto modo, seguirá siendo su huésped...

Entonces vino el esperado chaparrón de objeciones, llantos y altiveces, entreverados de súplicas. Pero al fin la contrariada mujer comprendió que no tenía más remedio que ceder. Terminada la escena, se retiró a su cuarto, y cuando llegó la hora del café, no quiso aparecer. Mi madre opinó que lo mejor sería enviárselo a su habitación; mas yo, después de tanta y tan forzada cortesía, quise gozar un poco de mi venganza y dejé a la entremetida con su terquedad hasta la noche. Taciturna y enfadada, pero puntual, se presentó a la hora de la cena.

—A propósito —dije mientras cenábamos—, tengo que volver mañana a R. Pero si me necesitaras, mamá, estaré aquí de nuevo en cualquier momento.

Y al hablar así, en lugar de mirar a mi madre, miré a su prima, y ésta comprendió mis intenciones. Me despedí muy de prisa, y casi cordialmente, de la señorita Schniebel.

—Hijo mío —me dijo luego mi madre—, lo has hecho muy bien. No sabes lo agradecida que te quedo. Por cierto, me gustaría que me tocaras algo de tu ópera...

Esto no pudo llevarse a cabo, pero lo que sí empezó fue una era de mejor inteligencia entre mi madre y yo. De todo aquel enojoso asunto había resultado por fin algo verdaderamente bueno, deseado por mí hacía mucho tiempo. Mi madre empezaba a tener confianza en mí y yo me alegré de poder vivir con ella y dejar de ser un hombre sin hogar. Partí contento, y a mi llegada a R. comencé a buscar un pisito adecuado. En esto me ayudó Teiser y con frecuencia nos acompañó su hermana; ambos participaban de mi alegría, esperando una agradable convivencia de las dos pequeñas familias.

Entre tanto, mi ópera había llegado a Múnich. Al cabo de dos meses, poco antes que mi madre llegase a R., me escribió Muoth diciéndome que había sido aceptada, aunque durante la temporada no fuese posible ensayarla. Pero el estreno se celebraría a principio del siguiente invierno. Así pude recibir a mamá con una buena noticia y di a Teiser motivo para que se pusiese a bailar como un loco.

Mi madre no pudo reprimir las lágrimas cuando se trasladó a nuestro lindo entresuelo con jardín y dijo que en su sentir no era nada bueno mudarse en la vejez a

un suelo extraño. Pero yo opinaba lo contrario y los Teiser se mostraban de acuerdo conmigo. Brigitte ayudó mucho á mi madre, tanto, que era un verdadero placer verlo. Como la chica tenía pocos conocidos en la ciudad, vino muy a menudo a visitarnos y no sólo ayudó a mi madre a poner las cosas en sus sitios y organizar la casa, sino que nos auxilió a mi madre y a mí en el difícil camino hacia un entendimiento óptimo y tranquilo. Acertó a explicarle a mamá cuándo yo debía quedarme solo o cuándo necesitaba descanso. A mí me explicó muchas de las necesidades y deseos de mi madre, los cuales yo solo nunca hubiera adivinado y mamá nunca me habría participado. Formóse presto así un pequeño lar, una paz doméstica diferente y más modesta de como yo me había imaginado en otros tiempos que iba a ser la de mi hogar, pero suficientemente hermosa y buena para quien, como yo, había tenido poco éxito en la vida.

Y, por fin, pudo mi madre conocer mi música. Después de oír varias cosas, no todas merecieron su aprobación; sus comentarios fueron parcos; pero supo ver y creer que aquello no era juego ni pérdida de tiempo, sino trabajo serio y se convenció de que la vida de un músico no era como la de los saltimbanquis, sino casi tan burguesa y azacanada como la que había llevado, por ejemplo, mi padre. Por cierto, ahora nos fue más fácil hablar de él y poco a poco me fui enterando de mil curiosos episodios de la vida de mis padres, de mis abuelos y del tiempo de mi propia infancia. El pasado y la familia fueron para mí fuente de recordación grata e interesante, y no me sentí ya fuera de su círculo. Mi madre aprendió no sólo a tener fe en mí, sino a dejarme obrar a mis anchas, incluso cuando, durante las horas de intenso trabajo, me encerraba en mi cuarto o me mostraba propenso a la irritación. Sus tiempos de convivencia con mi padre habían sido muy buenos, y muy dura, en cambio, la prueba de los meses pasados al lado de la Schniebel. Ahora recobró el ánimo y la confianza, y poco a poco dejó de decir que se estaba volviendo vieja y huraña.

En medio de aquel bienestar, de aquella humilde dicha, se me fue borrando la sensación de tormento y de insuficiencia que yo había conocido durante tantos años. Pero tal sensación no desapareció en una trampa sin fondo, sino que dormitaba en el alma, un tanto sumergida en el subconsciente, pero no extinguida; a veces durante la noche me miraba interrogativamente, insistiendo en sus reclamaciones. Cuanto más desvanecido parecía el pretérito, tanto más luminosa tornaba a mí la imagen de mi amor y de mi sufrimiento, quedándose a mi lado y convirtiéndose en muda monitora.

En algunas ocasiones del pasado había creído saber lo que era el amor. Ya en mis años mozos, cuando me agitaba en torno a la linda y frívola Liddy, había creído conocerlo; y otra vez después, cuando conocí a Gertrudis y sentí que ella era la contestación viva a mis preguntas y el consuelo para mis oscuros deseos; y otra vez más tarde, cuando empezaron mis suplicios y la amistad y la luz volviéronse pasión y tiniebla; y, finalmente, cuando perdí a Gertrudis. Pero el amor no había muerto; es más: estuvo siempre a mi lado, y aprendí definitivamente que no debía ya seguir nunca con deseos a una mujer y que no podría pedir el beso de ninguna boca

femenina, teniendo en mi corazón a Gertrudis.

Su padre, a quien de cuando en cuando visitaba, pareció últimamente enterado de mis relaciones con ella. Pidióme el prelude que había escrito para las bodas y me demostró una simpatía sin palabra. Se daba cuenta de que a mí me placía oír hablar de su hija y de que, no obstante, me costaba mucho hacer preguntas; era tan atento que me informaba sobre muchos párrafos de cartas de Gertrudis. En éstas se hablaba a menudo de mí y, sobre todo, de mi ópera. Así supe que para el papel de soprano había sido contratada una excelente cantante y que mi amiga se alegraba de pensar que al fin iba a tener oportunidad de escuchar completa aquella obra que tan íntimamente conocía ya. También me enteré de que se alegró al saber que mi madre estaba conmigo. Desconozco lo que escribiría acerca de Heinrich.

Y así, mi vida discurría tranquila; las corrientes hondas no intentaban subirse a la superficie, como en tiempos pasados. Me puse a trabajar en una misa y además tenía en las mientes un oratorio, para el que me faltaba todavía el texto; así que, cuando por necesidad había de pensar en la ópera, ésta me parecía un mundo extraño. Mi música había tomado nuevos derroteros: se hizo más sencilla y plácida, como aspirando a consolar y no a excitar.

Los hermanos Teiser significaron mucho para mí en el nuevo período de mi vida. Nos veíamos casi a diario, leíamos, tocábamos música, paseábamos, íbamos de excursión y celebrábamos fiestas juntos. Sólo nos separamos por algunas semanas al llegar el estío, pues no quería yo ser un estorbo para tan resistentes andarines. Ellos se fueron una vez más a recorrer el Tirol y el Vorarlberg, mandándonos desde allá cajitas con *edelweiss*. Yo acompañé a mi madre a casa de unos parientes del norte de Alemania que la venían invitando todos los veranos desde hacía años, y luego busqué alojamiento en un lugar de la costa del mar del Norte. Allí escuché día y noche la antigua canción del mar, con lo que mi pensamiento y mis melodías fluyeron sin interrupción en medio de la áspera y fresca atmósfera del litoral; allí tuve por fin el valor de escribir una carta a Gertrudis a sus señas de Múnich —no a la señora de Muoth, sino a mi amiga Gertrudis, hablándole de mi música y de mis sueños—. Puede que le agrade, pensé, y que además le resulte benéfico el saludo y el consuelo de un amigo. Pues, en contra de los dictados de mi propio sentir, debía desconfiar de mi amigo Heinrich y casi siempre estaba preocupado por Gertrudis, aunque se tratase de una preocupación con sordina. Demasiado bien le conocía a él, atrabiliario, caprichoso, habituado a vivir para sus antojos y a no hacer sacrificios; hombre al que guiaban o arrastraban oscuros instintos y que, en horas de cavilación, miraba su propia vida desde fuera como quien contempla un espectáculo trágico en el teatro. Si el ser un solitario y el no llegar a ser comprendido eran enfermedades, como decía el bueno de Lohe, Muoth padecía esos males más que nadie.

No tuve por entonces noticias de Muoth; no era su fuerte el escribir cartas. Por su parte, Gertrudis me contestó sólo con breves líneas de gratitud y con una invitación para que fuese a visitarla a principios de otoño a Múnich, donde iban a continuar los

ensayos de mi ópera inmediatamente después de la inauguración de la temporada.

A comienzos de setiembre todos los veraneantes nos hallábamos de nuevo en R. haciendo nuestra vida normal. Una tarde nos reunimos en mi casa para echar una ojeada a mis trabajos del verano. Lo principal era una breve pieza lírica para dos violines y pianos. La tocamos. Brigitte Teiser estaba sentada al piano. Tras de mi cuaderno de música podía yo ver su cabeza, coronada de gruesas trenzas rubias, cuyos bucles destellaban como oro a la luz de las velas. Su hermano, a su lado, tocaba la parte de primer violín. Era una música sencilla, casi *cantabile*, con acentos de suave queja y reminiscencias de anochecer estival, ni alegre ni triste; flotaba en el alma —embargaba por esa disposición de ánimo especial de la hora nocturna— como una nube que se diluye en el ocaso. Les gustó a los Teiser, particularmente a Brigitte. Rara vez se atrevía ella a comentar mi música: solía quedarse en silencio, en una especie de veneración virginal, y mirarme con admiración, pues me tenía por un maestro. Esta vez no pudo menos de exteriorizar su complacencia mirándome de un modo particularmente afectuoso y asintiendo con la cabeza, de suerte que la luz titiló en sus trenzas doradas. Era bonita, casi una beldad.

Para darle una alegría, tomé su parte de piano y encima de las notas escribí a lápiz: «Para mi amiga Brigitte Teiser».

—Quedará escrito para siempre junto al título de esta pieza —dije galantemente, inclinándome y devolviéndole el cuaderno.

Al leer la dedicatoria se sonrojó, me tendió su mano fuerte y menuda y de improviso los celestes ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Lo dice... en serio? —preguntó con voz queda.

—Sin duda —dije riendo—. Y me parece que esta música armoniza muy bien con usted, Brigitte.

Su mirada, en la que seguían algunas lágrimas, me sorprendió por lo seria a la vez que femenina. Pero no le di importancia. Teiser dejó su violín, y mi madre, que conocía sus costumbres, le llenó de vino el vaso. La conversación se fue animando, discutimos con calor sobre una nueva opereta estrenada pocas semanas antes y ya de noche cerrada nos despedimos. Los ojos de Brigitte se detuvieron con extraña intranquilidad en los míos y entonces recordé su mirada anterior.

Mientras tanto, en Múnich habían empezado a ensayar mi obra. Una de las partes principales, la de Muoth, estaba en buenas manos, y Gertrudis había elogiado a la soprano; por tanto, lo de más cuidado para mí iba a ser la parte orquestal y coral. Dejé a mi madre bajo la protección de mis amigos y me marché a la capital bávara.

Al siguiente día del de mi llegada, a través de las hermosas y anchas calles del distrito de Schwabing, me dirigí a casa de Muoth, situada en una rúa silenciosa. Olvidado de mi ópera, pensaba sólo en él y en Gertrudis y en cómo la encontraría. El coche se detuvo en una bocacalle, casi en el campo, delante de una casita rodeada de árboles otoñales; a uno y otro lado de la vereda había capas de hojas amarillas de arce. Con el corazón habitado por opresiones entré. La casa me causó una impresión

de señorial comodidad. Un criado me ayudó a quitarme el abrigo.

Fui conducido a una estancia amplia, donde reconocí dos de los cuadros antiguos de la casa de los Imthor en R.; en otra pared vi un retrato reciente de Heinrich hecho en Múnich. Mientras lo contemplaba, entró ella.

Se me aceleraron los latidos del corazón cuando la miré a los ojos, después de tanto tiempo. Me sonrió con la misma amistosa expresión de siempre, pero su feminidad había cambiado, se había hecho más severa y madura. Cordialmente, me tendió la mano.

—¿Cómo está? —me preguntó con afabilidad—. Se ve que los años han pasado por usted, pero tiene buen aspecto. Hacía ya tiempo que esperábamos su visita.

Me preguntó por su padre, por mi madre y por los amigos comunes. Tras el primer encogimiento se fue animando hasta volver a ser la de antes. Sin darme cuenta, mi cortedad desapareció también y hablé con ella como con una buena amiga; le hablé de mis vacaciones en el litoral, de mi trabajo, de los Teiser e incluso, al final, de la famosa señorita Schniebel.

—¡Bueno! —exclamó—. Y ahora, ¡a estrenar la ópera! Será una gran satisfacción para usted...

—Sí —respondí—, pero mayor será oír a usted cantar otra vez.

Hizo un gesto afirmativo.

—Para mí será un placer también. Canto a menudo, pero casi exclusivamente para mí sola. Sus canciones las tengo siempre a mano. Nunca es necesario desempolvarlas. ¡Por favor, quédese a comer! Heinrich volverá pronto. Luego le acompañaré, por la tarde, a casa del director de orquesta.

Fuimos a la sala de música y me senté al piano.

Ella cantó mis *lieder* de ayer. La escuché en silencio y hube de esforzarme en aparecer sereno. Su voz, más madura y robusta, volaba, sin embargo, con la levedad y soltura de siempre, y volvió a entrar en mi interioridad junto con el recuerdo de mis mejores días; así que me quedé como arrobado ante las teclas, tocando lentamente la antigua música y escuchando con los ojos cerrados. Durante un rato no me fue posible distinguir entre el pasado y el presente. ¿No me pertenecía ella, no pertenecía a mi vida? ¿No debíamos estar el uno cerca del otro como hermanos o amigos íntimos? Y, con todo, al lado de Muoth había cantado de modo bien distinto...

Seguimos charlando contentos algún tiempo más. No teníamos demasiadas cosas que decirnos; comprendimos que entre nosotros las explicaciones eran innecesarias. Por el momento, no me paré a pensar en la vida de Gertrudis ni en cómo marcharían las cosas entre los esposos; ya lo observaría yo mismo directamente. Ella, por supuesto, no se había desviado del camino ni era infiel a sí misma. Era posible que no se encontrase bien y que estuviese soportando una carga secreta; pero aun así, la llevaba con dignidad y sin amargura.

Una hora después llegó Heinrich. En seguida me habló de la ópera, que parecía tener para todos mayor importancia que para mí. Le pregunté cómo le iban las cosas

y qué le parecía Múnich.

—Como cualquier otro lugar —dijo con gesto serio—. El público no me quiere mucho, porque se da cuenta de que no le doy importancia. Ya sabes que a mi primera aparición no suelen aceptarme con gusto; a cada representación tengo que aferrar a la gente y arrastrarla conmigo. Así logro éxitos sin ser un divo predilecto. Claro que a veces canto como me da la gana, nada bien, por cierto, lo reconozco. Bien, volviendo a tu obra: será un éxito para ti y para mí, de esto puedes estar seguro. Hoy iremos a visitar al director de la orquesta; mañana invitaremos a la soprano y a quien tú quieras. Por cierto, mañana por la mañana hay ensayo orquestal. Estarás contento, ¿no?

Durante la comida pude advertir que era extremadamente cortés con Gertrudis, lo cual no me gustó nada. Y así fue durante todo el tiempo de mi permanencia en Múnich. Pude verles a diario. Formaban una pareja maravillosa, cuya exterioridad impresionaba a la gente dondequiera que se presentaban. Pero entre ellos mediaba algo parecido a cierta frialdad; supuse que sólo la fuerza y la superioridad interior de Gertrudis eran capaces de obligar a Heinrich a convertir aquella frialdad en cortesía. Parecía como si ella hubiese despertado recientemente de su pasión por el gallardo Heinrich y, sin embargo, esperase todavía un retorno de la perdida cordialidad y compenetración. En todo caso, era ella la que le obligaba a mantener las buenas formas. Era demasiado buena y noble para representar, aun delante de los amigos, el papel de esposa desengañada o incomprendida o para dejar ver su secreto sufrimiento a otras personas; no obstante, a mí no podía ocultármelo. De todos modos, no habría tolerado tampoco de mi parte mirada alguna de comprensión ni gesto alguno de piedad. Así, hablamos y nos comportamos como si en su vida conyugal no hubiese contrariedades.

¿Y cuánto tiempo podría mantenerse aquel estado de cosas? Esto sí que era problemático y dependía por entero de Muoth, cuyas imprevisibles reacciones vi por primera vez frenadas por una mujer. Ambos me daban lástima, pero no me sorprendía el estado de cosas. Habían tenido su pasión y habían gozado de ella; ahora podrían aprender a renunciar, recordando los buenos tiempos con resignación, o acaso hallarían el camino de una ventura y un amor nuevos. Quizás un hijo los acercara de nuevo en el porvenir y los llevara otra vez no ya al abandonado paraíso del fuego amoroso, sino a una nueva voluntad de vivir en común y de adaptarse mutuamente. Para ello me constaba que Gertrudis poseía la fuerza y la serenidad necesarias; no quise detenerme a pensar en si Heinrich lograría poseerlas también. Sentí mucho que hubiese pasado ya para ellos el grande y hermoso torrente de su primera pasión y goce, pero me alegró, al cabo del tiempo, ver que seguían portándose bien ante la gente, y el uno con el otro, conservando siempre su gallardía y dignidad.

Con todo, no me pareció correcto aceptar la invitación de Muoth de vivir en su casa, y él me dejó hacer según mis deseos. Fui a visitarlos a diario. Me agradaba comprobar que Gertrudis me acogía con gusto y lo pasaba bien charlando e

interpretando música conmigo.

Para diciembre quedó fijado el estreno de la ópera. Quédeme en Múnich dos semanas más, tomando parte en todos los ensayos orquestales, suprimiendo algo aquí, añadiendo algo allá y adaptando mejor algunas cosas; mi impresión de conjunto era que la obra estaba en buenas manos. Era una experiencia nueva la de ver ocupados a los solistas, coro, orquesta y su director en mi obra, que se alejaba de mí y poseía ahora una vida que no era ya mía.

—Ya verás —me decía Muoth—, pronto vas a respirar la nefasta atmósfera de la publicidad. Casi te desearía que no tuvieras éxito, pues no sabes lo que es la jauría toda echándosete encima y el comerciar con rizos y autógrafos. La adoración de la grey puede resultar sabrosa y grata... o lo contrario. De tu pierna tullida ya hablan todos; estas cosas le hacen a uno popular.

Después de asistir a los ensayos más urgentes regresé a R., con intención de estarme en casa hasta unos días antes de la función de estreno. Teiser me asaeteaba a preguntas pensando en cien pormenores orquestales a los que creía no haber prestado antes atención suficiente; esperaba el acontecimiento con mayor agitación y desasosiego que yo. Cuando le dije que ni él ni su hermana podían faltar en Múnich el día del estreno, dio un salto de alegría. Mi madre no se sintió capaz de un viaje invernal y agitado. No me sorprendió, pues poco a poco iba yo sintiendo también la tensión consiguiente y me vi obligado a tomar un vaso de vino tinto cada noche para dormir.

Aquel año el invierno se presentó antes de lo esperado; nuestra casita era apenas visible en medio de la espesa nieve cuando los hermanos Teiser llegaron en coche una mañana para recogerme. Mi madre me saludó desde la ventana y el coche partió. Tras de su gruesa bufanda, Teiser iba cantando unas coplas viajeras. Luego, durante todo el recorrido en tren, se comportó como un chico en vacaciones de Navidad; la linda Brigitte participaba de su júbilo, aunque de un modo más calmo. Yo estaba agradecido a su compañía, pues habiendo perdido Ja tranquilidad, iba al encuentro de los inminentes acontecimientos como un condenado.

Muoth, que nos aguardaba en la estación, se dio cuenta de ello al punto.

—¡Vaya, muchacho, conque tienes fiebre de candilejas!... —exclamó divertido, entre risas—. ¡Habrás que dar gracias al Señor por ello! Bien se ve que eres músico y no filósofo...

Y tenía razón: la excitación me duró hasta el estreno, y aquellas noches no pude dormir. El único de nosotros que seguía tan tranquilo era Muoth. Teiser, ardiendo de impaciencia, no se perdía un ensayo; sus críticas no tenían fin. En acecho a mi lado, durante los ensayos, marcaba vigorosamente el compás con el puño y murmuraba un elogio o torcía el ceño cuando se llegaba a un pasaje espinoso.

—¡Aquí falta una flauta! —gritó en una ocasión, durante el primer ensayo, sin poder reprimirse.

El director miró enfadado hacía nosotros.

—Debimos suprimir esa parte —musité sonriendo.

—¡Una flauta, sí! Suprimir... ¿el qué? ¡Vamos...! ¡Cuidado, éstos te chafan toda la obertura!

Casi me hizo reír y hube de emplear todas mis fuerzas para contenerle: tan furiosamente estalló. Pero cuando la orquesta llegó al pasaje predilecto de Teiser — entrada de violas y violonchelos—, mi amigo se echó hacia atrás con los ojos cerrados, apretó nerviosamente mi mano y, avergonzado, murmuró luego:

—Sí. Eso me ha humedecido los ojos...; es endiabladamente hermoso.

Cuando le tocó intervenir a la soprano, me resultó extraño y triste oír aquella música cantada por una voz desconocida. La cantante se portó bien y en seguida le expresé mi gratitud; pero yo pensaba en las tardes en que Gertrudis había cantado aquellas palabras y experimenté una sensación de indefinible malestar, como cuando uno que se ha deshecho de un objeto querido lo ve en manos ajenas al cabo de algún tiempo.

En aquellos días vi a Gertrudis muy pocas veces. Ella observaba sonriendo mi aspecto febril y supuso que alejándose me dejaría más tranquilo. En una visita me acompañaron los Teiser. Gertrudis recibió a Brigitte con serena ternura, y Brigitte correspondió con miradas de admiración a la hija de Imthor. Desde aquel mismo momento la muchacha quedó cautivada por la hermosura y nobleza de Gertrudis, y yo la oí tejer un elogio en su honor, en lo que la acompañaba su hermano.

Ya no me es posible recordar con precisión los dos días que precedieron al estreno. Todo en mí era desorden. Se agregaron a ello algunos sinsabores: uno de los solistas contrajo ronquera, otro que al parecer estaba un tanto amostazado por no haber podido obtener un papel más importante se portó mal a última hora en los ensayos. El director de orquesta mostróse más frío y reservado a medida que crecía el número de mis objeciones. Muoth me secundó a veces sin que en medio del barullo decayese su sonrisa: en aquella coyuntura me fue de mayor ayuda que el bueno de Teiser, quien no hacía más que correr como un demonio en llamas de un punto a otro, haciendo continuas censuras. Brigitte me miraba con respeto y con un poco de compasión cuando en horas más tranquilas nos hallábamos juntos en el hotel, oprimidos y asaz taciturnos.

Finalmente, la noche del estreno llegó. Mientras se iba llenando el teatro permanecí entre bastidores, sin poder ya hacer ni aconsejar nada. Terminé por acercarme a Muoth, quien, caracterizado ya para su papel, había buscado refugio en un rincón lejos del bullicio y estaba dando buena cuenta de una botellita pequeña de champaña.

—¿Quieres una copa? —me preguntó solícito.

—No, gracias... ¿A ti no te excita esto?

—¿El qué? ¿El jaleo ése? Siempre lo hay en estas ocasiones.

—No. Hablo del campaña.

—¡Ah! No; al contrario, me sosiega. Siempre que me importa quedar bien me

tomo una o dos copas. Pero ahora ¡vete! Suena el timbre...

Un subalterno me condujo a un palco, donde encontré a Gertrudis, a los Teiser y a uno de los prohombres del consejo de dirección del teatro, que me saludó sonriente.

Poco después oímos el timbre por segunda vez. Gertrudis me dirigió una mirada de adhesión y un mudo gesto de buen augurio. Teiser, sentado detrás de mí, me agarró del brazo y me dio un pellizco desesperado. Las luces se apagaron. De la profundidad de la sala subió hasta mis oídos la obertura. Aquellos sones solemnes me devolvieron la calma.

Por fin se iniciaba ante mí la representación de mi ópera, tan familiar y, sin embargo, tan extraña a la vez; mi obra ya no necesitaba de mí, tenía vida propia. Las fruiciones y las fatigas de los días pasados, las esperanzas y los insomnios, la pasión y la añoranza de otros tiempos reaparecieron emancipados y disfrazados; las vivencias e inquietudes de mis momentos íntimos, convertidas en libre sonoridad, se expandieron por la atmósfera de la sala en dirección a miles de corazones desconocidos. Heinrich Muoth, en su salida a escena, empezó cantando con fuerza contenida; en seguida, creciéndose, se entregó con el alma a la música y puso en sus romanzas aquel misterioso y malhumorado fervor que le caracterizaba. En el primer dúo, la soprano le dio la réplica con tonos altos, sostenidos, luminosos. Llegó un pasaje que todavía sonaba dentro de mí tal como se lo había oído a Gertrudis y que había sido concebido a modo de homenaje a ella y de tímida confesión de mi amor. Alcé la vista y la fijé en sus ojos serenos y puros, que me entendieron y me saludaron cordialmente. Por un instante percibí todo el sentido de mis años de juventud penetrándome cual aroma sutil de maduro fruto.

Desde aquel momento me tranquilicé y ya me puse a observar y escuchar como un espectador cualquiera. Al final el público aplaudió; los solistas se adelantaron hasta el proscenio y se inclinaron; Muoth, especialmente aclamado, sonrió fríamente hacia la sala. Insistieron en que yo saliese también a saludar; pero estaba demasiado consciente de mi falta de soltura y no tenía ninguna gana de salir cojeando de mi cómodo escondite.

Teiser se alegró estrepitosamente, me abrazó y además estrechó al alto personaje del consejo de dirección las dos manos, sin que a éste le hiciera mucha gracia aquella efusión.

El banquete estaba listo; de todos modos, pensé, nos habría esperado el inevitable guateque, aunque la obra hubiera sido un fracaso. Nos trasladamos allá en sendos carruajes, Gertrudis con su esposo y yo con los Teiser. Durante el breve recorrido, Brigitte, que no había pronunciado palabra, se echó a llorar. Al principio trató de contener la emoción, pero luego se cubrió el rostro con las manos y dejó correr las lágrimas. Yo no dije nada, pero me sorprendió que Teiser no interviniera haciendo alguna pregunta a su hermana. Sólo la rodeó con su brazo y, refunfuñando con tono benévolo y consolador, la miró como quien trata de apaciguar a un mocoso.

Cuando, poco después, vinieron los apretones de manos, las felicitaciones y los

brindis, Muoth me guiñó un ojo como expresando: «¿No té lo decía yo?». Se me interrogó con interés acerca de mi próxima obra y hubo cierta desilusión en el ambiente cuando contesté que sería un oratorio. Luego se chocaron copas en honor de mi próxima ópera, que, no obstante, continúa inédita por hoy.

Era ya muy entrada la noche cuando pudimos desembarazarnos de los demás y fuimos a acostarnos. Tan pronto como pude hablar a solas con Teiser le pregunté qué le había ocurrido a su hermana. Ella estaba en cama hacía ya un buen rato. Mi amigo me escrutó, un tanto sorprendido, hizo un par de gestos y se puso a silbar hasta que repetí mi pregunta.

—Eres una gallina ciega —me regañó—. ¿Es que... no te has dado cuenta...?

—No —dije, en el mismo momento en que empezaba a entrever algo.

—Te lo diré. La chica te quiere desde hace bastante tiempo. Naturalmente, a mí no me ha dicho nada, ni a ti, supongo; pero eso se nota. A decir verdad, hubiera tenido yo una gran alegría si algo se hubiese combinado...

—¡Qué lástima! —dije sinceramente afligido—. Pero ¿a qué ha venido el llanto de esta noche...?

—¡Hombre, no seas niño! ¿Crees que no vimos nada?

—Por favor, ¿a qué te refieres?

—¡Dios santo, hay cosas que...! Mira, bien está que nunca hayas hablado ni dicho nada a nadie: no era necesario hablar. Pero no debiste mirar a la señora de Muoth del modo como lo hiciste. Ahora lo sabemos todo.

No le pedí que me guardara el secreto, ya que estaba seguro de Teiser. Me puso la mano en el hombro suavemente.

—Ahora me imagino y me explico unas cuantas cosas más, amiguito, de esas que has tenido que callar y tragar durante todos estos años. Hace tiempo tuve yo también que pasar por algo semejante... Ahora no nos separaremos ya y nos dedicaremos a la buena música, ¿eh? Y haremos lo posible para que la buena Brigitte se consuele. Bueno, choca esos cinco una vez más. Esta noche ha sido memorable por varios conceptos. ¡Nos veremos en casa! Mañana por la mañana nos marcharemos Brigitte y yo.

Apenas nos hubimos separado, volvió y me dijo con insistencia:

—¡Ah, y que conste que en las próximas representaciones habrá que seguir incluyendo la flauta!

Así concluyó la gran jornada. Creo que todos estuvimos bastante tiempo sin poder dormirnos, agitado cada cual por sus pensamientos. Brigitte no se me borraba de la imaginación. ¡Tanto tiempo a mi lado y yo no había sabido cultivar nada más que una buena camaradería con ella, no había querido alcanzar otra cosa! Lo mismo que Gertrudis conmigo. Cuando la pobre muchacha adivinó mi amor hacia Gertrudis, para ella aquel momento fue lo que para mí el momento de descubrir la carta en la mesa de Muoth y el de cargar mi revólver. Por mucho que los hechos me entristecieran, no pude menos de sonreírme.

Los restantes días de mi estancia en Múnich los pasé en la morada de los Muoth. No pudo repetirse una armonía como la de la primera tarde en que los tres nos reunimos para cantar y tocar juntos; pero, como un eco del estreno de mi obra, hubo en los tres un mismo pensamiento evocador de aquella tarde y algún relámpago de unión entre Heinrich y Gertrudis. Luego que me hube despedido y me encontré fuera, me quedé mirando durante un rato la casa, muda en medio de los árboles invernales. Descubrí dentro de mí la esperanza de poder volver allí muchas veces todavía. Con placer habría dado lo poco que poseía de dicha y contento para auxiliar a mis dos amigos y devolverles para siempre la compenetración que el destino les había quitado.

Capítulo VIII

A mi vuelta a R. la fama y el éxito me trajeron, de acuerdo con las profecías de Heinrich, un sinnúmero de secuelas desagradables y en parte ridículas. Del aspecto comercial pude librarme fácilmente dejando mi ópera en manos de un intermediario. Pero también se me vinieron encima visitas, periodistas, editores, cartas más o menos desatinadas. Pasó algún tiempo hasta que me habitué a las pequeñas molestias de un nombre que se había hecho célebre con relativa rapidez y pude reponerme de la primera decepción. Las formas que utiliza la gente para asediar a los que han conquistado la fama son de lo más extraño; al hombre de la calle le da igual que se trate de un niño prodigio, de un compositor o poeta, de un ladrón o asesino. Uno quiere que se le regale un retrato; otro desea un autógrafo; un tercero mendiga billetes de Banco; los colegas más jóvenes envían al ya famoso montones de trabajos, adulándole con descaro y pidiéndole opinión; esos mismos admiradores tórnanse de súbito críticos acerbos, groseros o vengativos si no reciben contestación o si ésta contiene una opinión sincera. Las revistas quieren reproducir la fotografía del gran hombre; los diarios hablan de su vida y abolengo o describen su catadura. Antiguos condiscípulos le recuerdan los tiempos de compañerismo escolar, y hay parientes que afirman haber vaticinado ya, muchos años antes, que su primo o su sobrino llegaría a ser alguien.

Entre las cartas de esta laya que me empachaban o me traían a mal traer figuraba alguna divertida, como una de la señorita Schniebel, o inesperada, como una de Liddy; ésta no aludía a nuestro viaje en tobogán, sino que empleaba el tono de una vieja y fiel amiga. ¡Cuánto hacía que no pensaba en ella! Se había casado en su tierra con un maestro de música, y me daba sus señas para que le mandase pronto mis composiciones con una expresiva dedicatoria para ella. Junto con la carta, me llegó su retrato, de facciones ya menos delicadas y envejecidas. Le contesté con la mayor amabilidad posible.

En fin, tales minucias pertenecen a lo que se ha borrado sin dejar huella. En cuanto a los mejores frutos de mi éxito, las relaciones con personas nobles y delicadas que tienen la música en el corazón y no sólo en los labios, no llegaron a integrarse en mi vida íntima, la cual siguió siendo como había sido antes, silenciosa, y apenas cambió desde entonces. Sólo me resta relatar las mudanzas en los destinos de mis amigos más allegados.

Las reuniones en casa del señor Imthor ya no eran frecuentes. Pero cada tres semanas había una velada de música de cámara a la que asistía yo regularmente, llevándome de vez en cuando a Teiser. Aparte de eso, y a petición de Imthor, iba yo a visitarle a menudo. Me recibía en su gabinete, donde había un retrato de Gertrudis, y como quiera que poco a poco se habían ido estableciendo entre el anciano y yo

relaciones frías exteriormente, pero sólidas en realidad, y además ambos sentíamos necesidad de expansión, no era raro que nuestros coloquios girasen alrededor del tema que más nos preocupaba a los dos. Hube de contarle todo lo ocurrido en Múnich, y no silencé la impresión que traía de las relaciones entre los cónyuges. Hizo un gesto de comprensión, y dijo con un suspiro:

—Acaso pueda arreglarse todo aún, pero a nosotros nos será imposible ayudarlos. Tengo ganas de que llegue el verano para tener aquí a mi niña conmigo durante un par de meses. En Múnich, cuando voy, la veo poco; no me agrada ir a aquella casa. Ella hace acopio de valor, pero yo no debo turbarla y ablandarla.

Gertrudis escribía, pero sus cartas no contaban nada nuevo. Cuando visitó a su padre por Semana Santa y vino también a vernos a nuestra casita, tenía un aspecto triste y demacrado. Por mucho que se esforzase en mostrarse amable con nosotros y en esconder sus sentimientos, vimos reflejarse en sus ojos, tan serios, una desesperanza no usada. Hube de tocar para ella mis nuevas composiciones; mas cuando le supliqué que cantase algo, movió la cabeza y me miró a la defensiva. Vacilando, dijo:

—No...; hoy, no. Otra vez lo haré con gusto.

Todos observamos que sufría. Imthor me confesó más tarde que había propuesto a su hija regresar definitivamente al hogar paterno, pero que ella no creyó posible aceptar.

—Ama a Heinrich —dije.

Imthor me miró angustiado, y prosiguió:

—No sé... Nunca se sabe lo que pasa en el fondo de una infelicidad secreta. Ella me dijo que era por él por quien debía quedarse; que él estaba tan abrumado y se sentía tan infeliz que la necesitaba, sin que él mismo supiera por qué. Gertrudis no le oyó decir esto, pero él lo llevaba escrito en el rostro.

Luego, bajando la voz y como avergonzado, dijo muy despacio:

—Ella cree que Heinrich bebe.

—Siempre le ha gustado beber un poco —dije, queriendo consolarle—; pero nunca le vi pasar de la raya. Tiene su amor propio. Es un hombre de temperamento nervioso, incapaz de contenerse; pero acaso en su fuero interno sufra más de lo que hace sufrir a los demás.

En realidad, todos nosotros ignorábamos cuan tremendo era el callado padecer de aquellas dos personas de tan alta calidad humana. Creo que nunca dejaron de quererse. Pero en el fondo de su manera de ser faltábales aptitud para la mutua convivencia; lograban encontrarse tan sólo en la agitación y el esplendor de las horas radiantes. Muoth nunca había conocido lo que era una seria y a la vez jovialmente serena aceptación de la vida como es un quieto respirar en la claridad de la propia esencia; Gertrudis sólo podía tolerar y compadecerse, pero no cambiar, ni compartir el natural ora torrencial, ora caviloso de su amado, ni vivir sus caídas y resurgimientos, su perpetua sed de olvido de sí y su embriaguez. Se amaban, y sin

embargo jamás quedaban unidos por entero; y en tanto que él sentía defraudada su íntima esperanza de llegar, a través de Gertrudis, a la serenidad y al contentamiento, tenía ella que ver, sufriendo, hasta qué punto su voluntad y su sacrificio eran ineficaces, y cómo ella tampoco podía aliviarle y salvarle de sí mismo. Para ambos, pues, el sueño secreto, el anhelo más vehemente, habíase hundido en la nada. El seguir juntos quedaba condicionado por mutuos sacrificios y concesiones, y requería sumo valor.

No volví a ver a Heinrich hasta que, llegado el verano, vino acompañando a Gertrudis a la casa de Imthor. Estuvo muy afectuoso y circunspecto tanto con ella como conmigo; jamás le había visto yo así; noté que él temía perderla y que no soportaría tal pérdida. Ella estaba fatigada y sólo anhelaba reposo y horas de quietud, a fin de reponerse y recobrar fuerzas y ecuanimidad. A la caída de la tarde nos sentamos en el tibio jardín. Gertrudis se hallaba entre mi madre y Brigitte, cuya mano tenía entre las suyas. Heinrich se paseaba entre los rosales en silencio, y Teiser y yo tocábamos en la terraza una sonata. Aquella escena se me ha quedado dentro del alma como un cuadro inolvidable: Gertrudis descansando tranquila y respirando la paz del momento, Brigitte abrazada a ella y contemplándola con admiración, y Muoth, cabizbajo, dando lentos pasos fuera, en la sombra, y escuchando la música. Luego Heinrich me dijo a la ligera, pero con los ojos tristes:

—¡Qué hermoso grupo el de estas tres mujeres!

Y de las tres, la única que tiene la expresión feliz es tu madre... ¡Hagamos lo posible por alcanzar la edad que ella ha alcanzado!

Cuando nos separamos, Muoth se marchó solo a Bayreuth; Gertrudis se fue con su padre a la sierra; los Teiser, a Estiria, y mi madre y yo, a la costa del Norte. Íbame con frecuencia a la playa y, escuchando el rugiente lenguaje del mar, pensaba con extrañeza, casi con espanto, en los tristes y absurdos vericuetos de la existencia. Y aquellas meditaciones mías no eran más que una nueva edición de las de mis años mozos. Pensaba asimismo que el amor puede surgir en vano: ¡cuan frecuente era el caso de una persona bienintencionada que, teniendo para otra los mejores sentimientos, sigue, sin embargo, viviendo falsamente su propio destino incomprendible, ignorando el destino de la otra, a pesar de que su deseo sería ayudar a ésta y estar cerca de ella! Y a veces el obstáculo que se interpone entre los dos no es más que una pesadilla carente de sentido. Una vez más me daban qué pensar las palabras de Muoth sobre la mocedad y la vejez; me preguntaba, curioso, si algún día la existencia se me haría más sencilla e inteligible. Mi madre solía sonreír cuando yo sacaba este tema a relucir en nuestras conversaciones; su aspecto era realmente el de una persona satisfecha de vivir. Me recordaba, no sin avergonzarme, a mi amigo Teiser, que sin ser viejo era ya un hombre maduro y experimentado, y, sin embargo, sabía vivir sin pesadumbre, como un niño grande, con una melodía de Mozart a flor de labios. Bien comprendí que no eran los años lo que importaba. Acaso nuestros sinsabores y nuestra ignorancia no eran sino formas de aquella enfermedad de que

hablaba el señor Lohe. O tal vez este supuesto sabio no era más que un niño como Teiser.

Bien: de cualquier modo, mis cavilaciones no lograrían cambiar las cosas. A fin de cuentas, cuando la música me conmovía hasta lo hondo, lograba yo entenderlo todo, aun sin palabras; entreveía las armonías puras en lo profundo de la vida y me figuraba que en todo acaecer se esconde un sentido, una norma de belleza. Aunque se tratase de un engaño, quería yo vivir en él, me sentía dichoso en él.

Acaso lo mejor hubiera sido que Gertrudis no se separase de su esposo durante aquel verano. Ciertamente se estaba iniciando en ella una mejoría, y en otoño, cuando volví a verla después de las vacaciones, tenía un aspecto más sano y robusto; pero las esperanzas que habíamos puesto en aquel restablecimiento resultaron ilusorias.

Los meses pasados al lado de su padre, tras de ceder a las exigencias de su salud, que demandaban reposo, la habían beneficiado; ella, abandonándose a la quietud, sin luchas cotidianas, pudo respirar profundamente, como un niño cansado que se duerme a los pocos momentos de meterse en la cama. Pero, desgraciadamente, estaba más agotada de lo que habíamos supuesto y de lo que ella misma se figuraba. En efecto, a medida que se acercaba el momento de volver al lado de Muoth, el descorazonamiento y el terror se fueron apoderando de ella; no podía dormir; por fin suplicó a su padre encarecidamente que la retuviese durante algún tiempo más.

El señor Imthor se quedó un tanto asustado, pues había supuesto que su hija se alegraría de volver al domicilio conyugal y que se hallaba en plena recuperación de fuerzas. Pero, naturalmente, no se opuso; por el contrario, sugirió a Gertrudis, con la mayor circunspección posible, una separación eventual de mayor duración como prólogo de un posible divorcio. Ella, empero, se excitó mucho ante tal insinuación.

—Pero, papá, si yo le amo... —exclamó con vehemencia—. Nunca faltaré a la lealtad que le debo. ¡Sólo que es tan difícil convivir con él! Deseo solamente esperar un poco más de tiempo, hasta que mi ánimo se halle en mejores condiciones.

El anciano trató de tranquilizarla, y en su fuero interno acabó por alegrarse de que su hija se quedase algún tiempo más a su lado. Escribió a Muoth comunicándole que ella continuaba enferma. Por desgracia, Muoth no se conformó con la noticia. Durante aquel período de separación se había hecho más intensa su nostalgia de Gertrudis, se había imaginado gozosamente que iba a verla pronto y estaba lleno de buenos propósitos de reconquistarla y hacerla suya del todo.

La carta de Imthor constituyó para él una grave decepción. Contestó en seguida apasionadamente, sin disimular determinadas sospechas contra su suegro. Creía que éste trataba de favorecer la separación y pidió una inmediata entrevista con Gertrudis, a la que estaba seguro de reconquistar. El anciano me enseñó la carta y deliberamos largo rato sobre lo que se podía hacer. Estuvimos de acuerdo en que, de momento, había que evitar una entrevista de los esposos, porque era obvio que Gertrudis no se hallaba en condiciones de soportar siquiera la posibilidad de una escena borrascosa. Imthor, muy preocupado, me instó a que hiciera una visita a Muoth y le persuadiera

de que era realmente necesario dejar tranquila a Gertrudis por algún tiempo. Hoy sé que hubiera debido acceder, pero en aquella sazón tuve mis dudas: me parecía peligroso exponerme a que mi amigo me tomara por confidente de su suegro al verme sabedor de hechos que él, Muoth, hubiera preferido conservar en el secreto o acaso comunicarme personalmente. Tuve, pues, que negarme a los deseos de Imthor. Éste escribió otra carta que no mejoró nada la situación.

En efecto, Muoth se presentó sin previo aviso y nos alarmó a todos con lo apasionado de su sentimiento amoroso y de sus celos. Apenas lograba refrenarse, y llegó a asustarnos. Gertrudis, que no sabía nada de las cartas, se quedó atónita al verle, pues no le esperaba; la casi enojada excitación de él la abrumó. Hubo luego una escena penosa, de la que no pude saber muchos detalles: sólo me enteré de la insistencia de Muoth en querer que Gertrudis se volviese con él a Múnich; ella dijo que estaba dispuesta a hacerlo si era inevitable, pero le suplicó que la dejase un poco más con su padre, porque se sentía fatigada aún y necesitada de reposo. Él reprochó a su mujer que quisiera rehuir su compañía y que consintiera en acceder a las instigaciones del señor Imthor; cuando ella, suavemente, le dio explicaciones, se mostró más receloso aún, y en un ataque de cólera y amargura, llegó al necio extremo de ordenar secamente a su mujer que volviese a casa. Entonces se sublevó el orgullo de Gertrudis y, logrando a pesar de todo mantenerse tranquila, negóse a seguir escuchando a Muoth, y dijo que en vista de ello se quedaría en casa de su padre, costase lo que costase. A aquella escena había seguido, a la mañana siguiente, una suerte de reconciliación. Heinrich, arrepentido y avergonzado, acabó por aprobar todos los deseos de ella y se marchó sin despedirse de mí.

Cuando supe todo esto, me horroricé, pues vi llegar la desdicha que desde el principio había temido. Después del feo y desatinado incidente, pensé, pasaría mucho tiempo antes que Gertrudis hallase la serenidad y valentía necesarias para volver. Entre tanto, él estaba en peligro de embrutecerse lejos de ella, a pesar de su nostalgia. A la larga, no aguantaría el estar solo en la casa en que durante cierto tiempo había sido feliz; caería en la desesperación y en la embriaguez; acaso se acercaría a otras mujeres, ya que muchas se interesaban por él.

Hubo un período de tranquilidad. Gertrudis recibió una carta en la que Heinrich pedía perdón de nuevo, y ella respondió amable y piadosa aconsejándole que tuviese paciencia. En aquel tiempo la vi muy pocas veces. En algunas ocasiones traté de conseguir que cantara, pero siempre me contestó con un gesto negativo. Con todo, otras veces la hallé tocando el piano.

Fue para mí extraño y de mal agüero ver a aquella hermosa y excepcional mujer, a quien había conocido pletórica de energías, serenidad y paz interior, tan retraída, tan agitada en lo más hondo de su sentir. Venía a veces a ver a mi madre y se informaba con afabilidad de nuestra salud; quedábase unos momentos sentada al lado de mamá en el sofá gris, esforzándose en sostener una conversación; yo la escuchaba con el corazón destrozado, viendo cuánto le costaba esbozar una sonrisa. Así quería ella

mantener la apariencia de que ni yo ni nadie supiera de su aflicción y de que considerásemos ésta como nerviosidad y flaqueza física. Llegó a serme difícil el mirarla a los ojos, en los que tan patentemente estaba escrito el sufrimiento inconfesado que yo debería ignorar. Nos hablábamos y vivíamos como dos extraños y como si la vida siguiese discurriendo por viejos cauces; sin embargo, ¡sentíamos vergüenza uno del otro y hasta nos esquivábamos! En medio de aquel triste caos de sentimientos, me asaltó una que otra vez, cual fiebre repentina, el pensamiento de que su corazón ya no pertenecía a su marido y era de nuevo libre: sí, esta vez tenía que evitar que Gertrudis se perdiese para mí, tenía que reconquistarla, resguardándola en mi pecho contra toda borrasca y todo padecimiento. Y con esta loca idea me encerraba, tocaba la ardiente música de mi ópera, a la que ahora amaba más y entendía mejor, o, tendido, pasaba largas y ardientes noches a solas con mis ansias y mi sed de amor, reviviendo todas las torturas de mi juventud y todos los insatisfechos deseos que había creído superar con la sonrisa en los labios. Y sufrí no menos angustiosamente que en otro tiempo, cuando por primera vez había sentido como si me abrasara por ella y le había dado aquel beso inolvidable, el único. El beso me quemaba ahora los labios, y en pocas horas su recuerdo acabó con la calma y la resignación de años.

Únicamente en presencia de Gertrudis la llama se apagaba por sí sola. Si hubiera yo sido tan insensato e innoble como para obedecer a aquellos impulsos solicitando su corazón sin pensar en que su marido era mi amigo, habría luego tenido que avergonzarme bajo las miradas de aquella mujer paciente, débil, tan obstinadamente aferrada a su dolor; sólo era posible tratarla con la más cautelosa compasión e indulgencia. Por otra parte, cuanto más sufría, más altiva e inasequible se mostraba, incluso en medio, tal vez, de la desesperanza. Su alta figura y su delicada cabeza trigüeña se erguían más noblemente que nunca. A ninguno de nosotros nos autorizaba a que nos aproximásemos para ayudarla, y nunca hacía el más leve gesto en tal sentido.

Aquellas semanas, largas, silenciosas, fueron quizá las más difíciles de mi vida. De una parte, allí estaba Gertrudis con su voluntad de aislamiento, tan cercana pero tan inaccesible, pues no quedaba ninguna vía que llevara hacia ella; de otra parte, Brigitte, cuyo amor por mí me había revelado, y con quien, después de habernos esquivado por algún tiempo, iba restableciendo lentamente relaciones tolerables; y, en fin, en medio de nosotros, mi anciana madre, que nos veía padecer, lo adivinaba todo y no tenía valor para decir nada por callar yo testarudamente, ya que no era yo capaz de pronunciar una sola palabra que se refiriese a mi estado de ánimo. Y, con todo, lo peor era el tener que representar el papel de testigo pasivo, mientras mi corazón desfallecía, mientras llegaba a la inerme convicción de que mis mejores amigos labraban su propia desventura sin que yo tuviese derecho de darles a entender que lo sabía.

El señor Imthor parecía sufrir más que nadie. Le conocí siendo un anciano

inteligente, vigoroso y de plácido carácter; ahora estaba muy cambiado y envejecido; al hablar, su voz era más baja; no bromeaba ya, y su aspecto era el de un hombre agobiado y nada feliz. Un día de noviembre fui a verle, más que por hacerle compañía b darle consuelo, por enterarme de alguna novedad y concebir alguna esperanza.

Me recibió en su despacho. Luego de ofrecerme uno de sus excelentes habanos, empezó a hablar en un tono ligero y urbano, hasta que de pronto se cansó. Mirándome y sonriendo tristemente, me dijo:

—Seguramente preferirá usted enterarse de algo. Las cosas marchan mal, mi querido señor Kuhn, bastante mal. Mi niña ha aguantado más de lo que nos figuramos; si no fuera así, encontraría más fácilmente salida a la situación. Yo soy partidario del divorcio, desde luego, pero ella no quiere oír hablar de eso. Ama a su marido, o por lo menos eso dice, pero le tiene miedo. El asunto se pone mal. Está enferma, cierra los ojos, no quiere ver ya y cree que las cosas se arreglan solas, esperando y dejándola a ella en paz. Sigue con el nerviosismo; sin embargo, su mal parece más profundo. Fíjese: ¡a veces le entra incluso el temor de que su esposo la maltrate si vuelven a reunirse! Sin embargo, dice que le ama.

Creo que el señor Imthor no acababa de entender el fondo de la cuestión; de ahí su aire de desamparo. A mí me resultaba bien comprensible el sufrimiento de Gertrudis: era la lucha entre el amor y el orgullo. Ella no temía los malos tratos de su esposo, sino que temía no poder estimarle, y en su angustiosa expectación esperaba recuperar energías. Ella había logrado dominarle y tenerle a raya, pero con ello se había quedado tan exhausta que ya no podía confiar en su propio poder: tal era su dolencia. Sentía también ella añoranza; sin embargo, temía perder al esposo definitivamente sí fracasaba en una nueva tentativa de vida en común. Claramente advertí ahora cuan absurdas y ciegas fueron mis osadas fantasías de amor: Gertrudis amaba a su marido y nunca se uniría a otro hombre.

El padre evitaba hablar de Muoth sabiéndome amigo de éste. Pero le detestaba y no comprendía cómo había podido cautivar a Gertrudis: se figuraba que era un nigromante maligno que embrujaba a los seres cándidos y ya no les permitía libertad alguna. Es verdad que la pasión siempre es un enigma y no de los descifrables, que la vida no perdona a sus mejores hijos y que con frecuencia las personas más nobles e inteligentes quedan condenadas a amar precisamente lo que causa su ruina y desgracia.

En medio de aquellas nieblas espirituales me llegó una carta de Heinrich, breve, pero liberadora. Me decía:

Querido Kuhn: Tal vez sepas que tu ópera se está representando por doquier, y acaso muchas funciones de fuera superen a las de aquí. Sin embargo, me gustaría que volvieras por Múnich, por ejemplo, la semana que viene, en que me toca cantar dos veces la parte del protagonista. Mi mujer,

como sabes, sigue enferma y estoy solo aquí. Es decir, que puedes alojarte en mi casa sin que ello suponga molestia alguna. ¡Y no te traigas a nadie!
Cordialmente tuyo,

Muoth.

Solía él escribir muy pocas veces y supuse que me necesitaba; decidí partir. Por un instante pensé en decírselo a Gertrudis. Quizás aquélla fuese una ocasión propicia para poner fin al círculo vicioso; tal vez ella me daría algún mensaje para él o me encargaría que le transmitiese unas cuantas palabras gratas rogándole que viniera, o haría ella misma el viaje para verle. Fue sólo un pensamiento fugitivo que no llegué a poner en práctica. Únicamente fui a ver al señor Imthor antes de salir.

Aquel año el otoño fue desabrido, húmedo, borrascoso. Desde la capital bávara se veían los montes cercanos llenos de nieve recién caída, a veces durante una hora. También lloviznó a ratos y la ciudad presentaba un aspecto desapacible. En cuanto llegué me dirigí a casa de Muoth. Todo tenía el mismo aspecto que un año antes: el criado, las habitaciones, los muebles y su distribución..., pero todo parecía huero, deshabitado; además se notaba la falta de flores, de las que solía cuidar Gertrudis. Muoth había salido. El criado me guió a mi aposento y me ayudó en la tarea de sacar mis cosas de la maleta; me cambié de traje y bajé a la sala de música, donde, tras de las dobles vidrieras, me puse a escuchar el bramido del viento. Tuve tiempo para pensar en el pretérito. Luego me senté a contemplar cuadros y hojear libros; mientras, mi corazón se entristecía como si algo le anunciase que a aquella casa era ya imposible ayudarla. Me senté al piano de cola para desembarazarme de mi mal humor y de mis tristes e inútiles pensamientos y me puse a tocar el preludio nupcial, como si con ello pudiese recuperar los bienes perdidos.

Por fin oyéronse pasos rápidos y pesados en la habitación contigua y Muoth entró. Me alargó la mano y me miró con aire cansino.

—Perdóname la tardanza —dijo—. He tenido que hacer en el teatro; ya sabes que canto esta noche. Bueno, vamos a comer, ¿no?

Le encontré cambiado; estaba distraído e indiferente, sólo hablaba del teatro y parecía no desear otra conversación. Después de la comida, sentados el uno en frente del otro en aquellas sillas de mimbre amarillo, en silencio, el ambiente se me antojó casi embarazoso. De improviso, Heinrich comenzó a hablar:

—Has sido muy amable viniendo. Esta noche haré cuanto pueda en tu honor.

—Gracias —respondí—. Por cierto, no tienes buena cara...

—¿Crees...? Bien, nos divertiremos. Estoy ahora de soltero interino, ya sabes.

—Sí.

Desvió su mirada a un lado. Luego me preguntó:

—¿Sabes algo de Gertrudis?

—Nada de particular. Siempre está nerviosa y no duerme bien.

—Sí. Bien. Dejemos la cuestión. Con vosotros está en buenas manos.

Levantóse y dio unos pasos. Pareció querer añadir alguna cosa; me miró escrutador y, en mi sentir, con cierta desconfianza. Luego se echó a reír y guardó silencio. Al cabo de un rato comenzó otra vez:

—Lotte se ha dejado ver de nuevo.

—¿Lotte?

—Sí, la misma que viste y calza, la que estuvo una vez, hace mucho, en tu casa para acusarme... Está aquí; se casó, y parece que todavía le intereso. Estuvo en esta casa a hacerme una visita en toda regla.

Volvió a mirarme ladinamente. Luego rióse divertido al observar mi susto.

—¿La... recibiste? —pregunté titubeando.

—¡Vaya, vaya! Me crees capaz de ello, ¿eh? No, dignísimo amigo mío, no: le dije que podía retirarse... Pero perdona: no digo más que sandeces. Estoy tan terriblemente fatigado... ¡Y esta noche he de cantar! Con tu permiso, voy a echarme en otro cuarto aunque sólo sea una hora, a ver si duermo.

—Haces bien, Heinrich. Procura descansar. Mientras, yo voy a irme un rato al centro de la ciudad. ¿Quieres decirle al criado que me busque un coche?

No me apetecía quedarme en la casa sin tener con quien hablar y oyendo el mugir del viento entre los árboles. Me fui al azar hacia el centro de la ciudad y entré en la Pinacoteca Antigua. Allí estuve contemplando pinturas clásicas durante una hora bajo una luz turbia y gris; luego cerraron, y no se me ocurrió otra cosa mejor que meterme en un café a leer periódicos y mirar a través de los ventanales la calle mojada por la incesante lluvia. Hice el firme propósito de romper la frialdad que mediaba entre Heinrich y yo y hablarle sinceramente.

Pero cuando regresé vi que estaba de buen humor y sonriente.

—Era la falta de sueño... —dijo risueño—. Ahora estoy en forma. Bueno, toca algo. ¡El preludio, por favor!

Gozoso, y también sorprendido de verle cambiar tan rápidamente, satisfice su deseo. Después de la música, vino la charla; él, como en otro tiempo, habló en tono irónico y ligeramente escéptico, con volubilidad colorista, y se ganó de nuevo y por completo mis afectos. Me acordé de los primeros tiempos de nuestras relaciones amistosas. Cuando, ya de noche, salimos, miré involuntariamente en torno y pregunté:

—¿No tienes ya perros?

—No. No le gustaban a Gertrudis.

Nos dirigimos al teatro sin volver a cambiar palabra. Saludé al director de orquesta y escogí un asiento. Una vez más oí mi música; me pareció bien distinta de la última vez. Estaba solo en un palco, lejos de Gertrudis, y el Muoth que actuaba y cantaba en el escenario era también un hombre distinto. Su voz era potente y apasionada; el público le encontraba muy de su gusto, al parecer, y desde el principio le demostró simpatía. Pero a mí me pareció que Heinrich exageraba; su voz se fue

haciendo cada vez más voluminosa, casi ruda. Durante el primer entreacto bajé y fui a verle. Me lo encontré en el saloncillo bebiendo champaña; cambiamos pocas palabras; noté que su mirada tenía la vaguedad propia de las miradas de aquellos que se han excedido bebiendo. Más tarde, mientras Muoth se cambiaba de indumentaria, busqué al director.

—Por favor, dígame —pregúntele—, ¿está enfermo Muoth tal vez? Me ha parecido notar que se sostiene con ayuda del champaña. Ya conoce usted la amistad que me une con él.

El hombre me miró indeciso.

—No sé si está enfermo... Parece que la bebida le hace daño. Ha habido veces que ha salido a escena casi borracho. Y cuando sale sin beber nada actúa mal y canta peor. Hubo un tiempo en que tomaba una copa de champaña, pero ahora cualquier cantidad inferior a una botella le resulta insuficiente. Tal vez si usted le hablase..., pero creo que conseguiría poco. Este Muoth se desgasta a sabiendas...

Heinrich, al final, vino a buscarme y cenamos en el primer restaurante que hallamos a mano. Otra vez se le veía fatigado, inasequible, como a la hora del almuerzo. Bebió mucho vino tinto, pues de otro modo no hubiera podido conciliar el sueño, y pareció que deseaba olvidar, a cualquier precio, la existencia de otras cosas que no fuese su fatiga y su necesidad de dormir.

Durante nuestro recorrido en coche se despertó un momento, me miró riendo y exclamó:

—Amiguito, cuando yo cierre el ojo, tendrás que meter tu ópera en una lata de conservas, porque nadie sabrá cantar ese papel como yo lo canto.

Al otro día dejó la cama más tarde que de costumbre; seguía fatigado y débil; tenía la mirada inestable y la tez gris. Después de la comida inicié la conversación:

—Te estás matando —le dije afligido y desazonado—. Te excitas con el champaña, y luego, claro, tienes que sufrir las consecuencias. Me imagino por qué lo haces y no diría nada si no tuvieras una mujer. Para ella has de mantenerte limpio y valiente, por fuera y por dentro.

—¿Tú crees...? —sonrió débilmente: al parecer, le; divertía mi preocupación—. ¿Y qué me importa la opinión de ella? ¿Acaso se porta como valiente? Está, con su padre, me deja solo. ¿Por qué he de conservar yo el ánimo y ella no? Ya la gente sabe que no hay nada entre ella y yo; tú también lo sabes. Y encima, tengo que cantar y hacer el histrión ante la gente. Esto no se le puede pedir a uno que está asqueado y siente el vacío de todo, del arte en particular.

—¡Empieza por cambiar ante todo, Muoth! Si por lo menos fueras feliz haciendo lo que haces... Pero te encuentras francamente mal. Si te cansa cantar, pide unas vacaciones; te las concederán en seguida. No necesitas el dinero que ganas con tu arte; vete a la sierra o a una playa o a cualquier parte y cúrate. Sobre todo, ¡deja la bebida! No es sólo una estupidez: es una cobardía. Bien lo sabes.

Sonrió. Luego dijo fríamente:

—Bien...; entonces, ¿por qué no te largas tú por ahí a bailar valeses? Te vendría muy bien. ¡No pienses siempre en esa ridiculez de la pierna: es sólo ilusión!

—Podías haberte callado —exclamé con despecho—. Sabes que es diferente... Bailaría con el mayor gusto si pudiera, pero me es completamente imposible. En cambio tú podrías hacer un esfuerzo y ser más inteligente. ¡Debes dejar la bebida definitivamente!

—¡Definitivamente! Querido Kuhn, casi me haces reír. No puedo dejar de ser quien soy; por tanto no puedo dejar la bebida, del mismo modo que tú no te sientes capaz de bailar. He de quedarme con lo que me mantiene todavía en la vida y me conserva el temple, ¿entiendes? Los bebedores, por medio del Ejército de Salvación o de lo que sea, suelen convertirse cuando hallan algo que les satisface más que el alcohol y en forma duradera. Para mí ha habido algo: las mujeres. No puedo ya tratar con otras mujeres desde que la mía ha sido mía. Me ha dejado. Así que...

—¡No te ha dejado, Heinrich! Va a volver: ahora está enferma.

—Tú lo crees así, y ella también, lo sé. Pero no ha de volver. Cuando un barco está a punto de hundirse, las ratas lo abandonan; probablemente ellas ignoran lo que va a pasar y sólo sienten un temblor desagradable; huyen, acaso con la intención de volver pronto, pero...

—¡No hables de ese modo! Te has dejado dominar por la desesperanza a menudo. Sin embargo, las cosas se te han vuelto a arreglar siempre.

—Cierto. Unas veces he hallado consuelo; otras, he conseguido aturdirme. En una ocasión, gracias a una mujer; en otra, gracias a un buen amigo. Sí, tú también me has hecho uno de esos servicios. En otras ocasiones, la música y los aplausos del público han sido los remedios. Y bien, todo eso ha dejado ya de refocilarme y por eso precisamente me he entregado a la bebida. No podría cantar sin ingerir previamente el contenido de cierto número de copas; tampoco podría pensar, ni hablar, ni vivir, ni tener siquiera la impresión de que soporto mi estado, si no me tomara antes unos cuantos vasos. En resumidas cuentas: debes dejarte de sermones, aunque predicas muy bien. Ya una vez, hace lo menos doce años, me ocurrió algo parecido: creo que no te lo he contado. En aquella ocasión hubo también alguien que me amonestaba; el motivo era una chica, y el censor... daba la casualidad de que era mi mejor amigo...

—¿Y qué pasó?

—No pude tolerarlo y rompimos la amistad. Desde entonces no he tenido ningún amigo verdadero hasta que te conocí a ti.

—No sé si debo darte las gracias por decírmelo tan claro.

—¿Verdad...? —dijo suavemente—. Ahora puedes escoger... Pero permíteme que te diga una cosa: no sería elegante de tu parte el escabullirte ahora. Sabes que te aprecio de veras. Estoy pensando en algo que pueda agradarte y creo que he dado con ello.

—¿De qué se trata...?

—Veamos. Tú profesas gran afecto a mi mujer... o se lo has profesado. Yo

también la quiero, y mucho. Bien: pues esta noche celebraremos una fiesta, los dos solos, en honor de ella. Tenemos un motivo justificado: durante la pasada primavera, como yo quería tener un retrato suyo, la llevé al estudio de un pintor varias veces. Luego ella se marchó; el retrato estaba casi concluido, pero el pintor necesitaba que Gertrudis posase una vez más. Cansado de esperar, dije al pintor que me mandase el cuadro tal como estaba, hace una semana. Ayer me llegó, con marco y todo. No quiero enseñártelo ahora, prefiero festejarlo bien. Sin un poco de champaña, ¿cómo podría yo ponerme alegre? ¿De acuerdo...?

Tras de su tono de broma percibí la emoción y casi las lágrimas; así que accedí con una alegría que por cierto no experimentaba en el fondo de mí alma. Y hablamos de los preparativos de aquel homenaje a la mujer que parecía igualmente perdida para él como lo estaba realmente para mí.

—¿Te acuerdas tú aún de cuáles eran sus flores predilectas? —me preguntó—. Yo no soy un experto en flores: ni siquiera sé sus nombres. Siempre tenía unas de color blanco y amarillo, y otras rojas. ¿Las conoces?

—Creo recordar que sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Haz el favor de comprarlas. Vamos a avisar que nos busquen un coche; también yo he de ir al centro... ¡Nos imaginaremos que ella va a estar presente!

Otras cosas más se le ocurrieron además de las flores, por lo que deduje que pensaba honda e ininterrumpidamente en Gertrudis. Me alegró y me entristeció a la vez el advertirlo. No tenía ya perros por consideración a ella, y vivía completamente solo él, Muoth, que en otro tiempo no hubiera podido vivir sin mujeres. ¡Había encargado que le hiciesen a Gertrudis un retrato, y ahora me encomendaba a mí que comprase las flores preferidas de ella! Era como si Heinrich se quitase una máscara y yo viese, tras de las facciones duras y egoístas, la cara de niño que estaba escondida.

—Pero, Heinrich, sería mejor que me enseñases el retrato ahora o a la tarde. Los cuadros hay que verlos a la luz del día... —objeté.

—No importa... Mañana podrás contemplarlo a tus anchas. Esperemos que sea una obra de arte de las buenas. Aunque, bien mirado, también esto es indiferente. Pues, en definitiva, lo que queremos es ver a Gertrudis.

Después de comer salimos para el centro de la ciudad. Lo primero que hicimos fue encargar las flores: un gran ramo de crisantemos, una canasta de rosas y ramos de lilas. Entonces se le ocurrió a Muoth la idea de hacer otro envío de flores en gran cantidad a la casa de Gertrudis en R. Pensativo, comentó:

—Son verdaderamente hermosas las flores y comprendo que Gertrudis las ame. A mí me gustan también, pero no sé cuidar cosas tan delicadas. Cuando ninguna mujer cuida de mí, en mi casa hay siempre desorden y nunca comodidad verdadera.

Al anochecer, cuanto entré en la sala de música, vi el retrato todavía cubierto con una pieza de seda.

Antes, estuvimos cenando y Muoth expresó el deseo de escuchar, lo primero, el prelude nupcial. Luego, que lo hube tocado, descubrió él el retrato y permanecimos

ante la figura durante un rato en silencio. Gertrudis, con blanca veste, nos enviaba una clara mirada de sus confiados ojos. Pasaron unos minutos antes que Heinrich y yo pudiésemos mirarnos y estrecharnos las manos. Tras de llenar dos copas con vino del Rin, Muoth se inclinó ceremonioso ante la pintura y brindamos a la salud de la mujer de nuestros pensamientos. Luego cogió cuidadosamente el cuadro y lo sacó de la habitación.

Le pedí que cantase, pero no quiso. Sonriendo, me dijo:

—¿Te acuerdas de la noche que pasamos juntos antes de casarme con Gertrudis? Heme aquí viviendo otra vez como un soltero; choquemos nuestras copas como aquella vez y tratemos de alegrarnos. Es lástima qué no esté aquí Teiser; ése entiende más de alegrías que nosotros. Salúdale de mi parte cordialmente cuando regreses. Y eso que sé que no le agrado mucho...

Empezó a charlar con aquella jovialidad un tanto cautelosa y como reprimida que solía acompañarle en sus horas buenas. Su memoria de las cosas era sorprendente. Suponía yo que ciertas insignificancias y casualidades las habría olvidado; pero no: vivían en su recuerdo a pesar del mucho tiempo transcurrido. No había olvidado mi primera velada con Kranzl y los otros, ni nuestra reunión con Marión, ni la discusión que entonces tuvimos. Sólo eludió el tema de Gertrudis; no quiso traer a colación aquella época en que su imagen se interpuso entre los dos. Le quedé agradecido por esto.

Aquellas horas inesperadamente gratas me alegraron; le dejé beber sin amonestaciones. Sabía yo bien lo infrecuentes que tales estados de ánimo eran en él, y cómo él mismo cuidaba de ellos y los amparaba cuando surgían; desde luego nunca aparecían sin el estímulo del alcohol. Sabía yo asimismo que aquello no podía durar mucho y que al día siguiente estaría otra vez destemplado, inaccesible. No obstante, noté en mí también un calor cordial y una disposición de ánimo casi alborozada, mientras oía sus sentencias, inteligentes y profundas, aunque contradictorias. De cuando en cuando me echaba una de aquellas miradas elocuentes, tan suyas, exclusivamente vinculadas a sus mejores momentos: miradas como las de uno que acaba de despertarse, que parecen derivadas de un sueño. En uno de sus meditabundos intervalos de silencio le conté lo que me había dicho mi teósofo Lohe acerca de las enfermedades de los solitarios.

—¡Vaya, hombre! —apostilló en tono bonachón—. Y tú, naturalmente, te lo habrás creído... Oye, ¿sabes una cosa? Debías hacerte teólogo.

—Pero... Algo de cierto puede haber en aquello.

—Sí, claro. Los tipos listos, de cuando en cuando, saben demostrar que todo es ilusión pura. Te diré una cosa: antes solía yo también leer libros de éstos; pero puedo afirmar que no valen nada, absolutamente nada. Todo cuanto esos filósofos escriben no es sino juego vacuo de palabras. En último caso, te concedo que ello sea un alivio para sus autores. Uno inventa el individualismo porque no puede aguantar a la masa de sus coetáneos; otro inventa el socialismo porque no tolera la vida en soledad.

Puede que nuestra sensación de aislamiento sea producto de una dolencia, pero nada cambia con ello. También el sonambulismo es una enfermedad, y pese a esta certidumbre, si un sonámbulo va andando por los tejados y le gritamos, resbala y se parte el cogote.

—Pero lo que yo digo es diferente.

—Es posible. No pretendo yo tener la razón. Quiero decir solamente que la sabiduría no conduce a nada. Sólo hay dos saberes: lo qué hay entre los dos no es más que un lote de pamplinas.

—¿Qué quieres decir con lo de los dos saberes?

—O el mundo es malo y ruin, como dicen cristianos y budistas, o no lo es. En el primer supuesto el hombre debe castigarse y renunciar a todo; creo que con eso puede uno darse por contento: por eso los ascetas no llevan una vida tan dura como se suele creer. Pero si el mundo y la vida son justos y buenos, las cosas cambian: lo que hay que hacer es participar en todo, antes que se acabe, y luego morirse tranquilamente.

—Y tú, ¿en cuál de las dos teorías crees?

—Hombre, esa pregunta no hay que hacérsela a nadie. Los más creen en las dos, según estén el tiempo, la salud y el bolsillo. Y los pocos que tienen una sola creencia, verdaderamente no viven de conformidad con ella. Esto último es lo que me pasa a mí. Yo estoy de acuerdo con Buda en que la vida no vale nada. Pero vivo tal como conviene a mis sentidos, como si éstos fueran lo principal. Lo malo es que no estoy muy seguro de que eso sea lo más divertido...

Cuando dimos por terminada nuestra charla no era muy tarde aún. Al pasar por el aposento contiguo, donde solamente estaba encendida una lamparita eléctrica, Muoth me detuvo, encendió todos los candelabros y quitó el paño al retrato de Gertrudis, que se apoyaba contra la pared. Contemplamos una vez más el amable rostro, iluminado; luego mi amigo volvió a cubrirlo con la seda y apagó las luces. Me acompañó a mi alcoba y puso sobre mi mesa algunas revistas. Después me tendió la mano y me dijo en voz baja:

—Buenas noches, querido amigo.

Me metí en la cama y permanecí despierto como media hora, pensando en Muoth. Me sentí conmovido y avergonzado a la vez: ¡con qué fidelidad recordaba él todos los momentos y minucias de nuestras relaciones! Él, que encontraba dificultades cuando quería exteriorizar sus sentimientos amistosos, estaba apegado a los seres queridos más de lo que yo suponía o creía posible.

Después me dormí, soñando confusamente con Heinrich, con mi ópera y con el señor Lohe. Me desperté, antes del amanecer, a causa de un susto que nada tenía que ver con mis sueños. En el pálido cuadrilongo de la ventana vi el gris de la madrugada que se acercaba y sentí una opresión angustiosa. Me incorporé, haciendo un esfuerzo por despertarme del todo y poner mis ideas en orden.

Entonces alguien golpeó rápida y enérgicamente en mi puerta. Salté de la cama y abrí; hacía frío. Antes que pudiera pensar en encender la luz, vi al criado, vestido sólo

con lo indispensable, que me miraba fijamente con ojos de espanto y expresión estúpida.

—¡Señor, venga conmigo! —dijo casi sin aliento—. ¡Ha ocurrido una desgracia!

Echándome sobre los hombros una bata, seguí al joven. Bajamos las escaleras, abrió una puerta y se hizo atrás para dejarme pasar. Sobre una mesa de bambú ardían en un candelabro tres grandes velas; al lado había una cama en desorden, en la que estaba tendido mi amigo Muoth, boca abajo.

—Debemos darle vuelta —dije en voz baja.

El sirviente no se atrevía a acercarse.

—El medio —tartamudeó— va a venir..., le han avisado.

Le obligué a que me ayudara y entre los dos dimos vuelta al cuerpo de Heinrich. Le miré al rostro; lo tenía blanco y desencajado. Su camisa estaba manchada de sangre. Cuando le acostamos debidamente y le tapamos, se contrajo ligeramente su boca; ya no había mirada en sus ojos.

El servidor empezó a contarme todo con profusión de detalles, pero no quise saber nada. Cuando el médico llegó, Muoth había expirado. Aquella misma mañana mandé un telegrama a Imthor y luego me volví a la casa de mi amigo, dentro de la cual no se percibía ningún ruido; afuera soplabla el viento entre los árboles. Me puse a escucharlo, sentado al lado del muerto. Entonces me di cuenta de lo mucho que había querido al infortunado Heinrich. No pude sentir compasión; más fácil que su vida había sido su muerte.

Por la tarde fui a la estación. Vi bajar del tren al anciano Imthor y a una dama alta, tapada con negros velos. Acompañé a ambos hasta la capilla ardiente. El difunto yacía vestido en el ataúd, entre las flores de la víspera. Gertrudis se inclinó y besó sus labios descoloridos.

Cuando estábamos al lado de la fosa divisé a una señora aislada del grupo, alta, hermosa, con un ramo de rosas entre las manos. Me fijé mejor y, sorprendido, reconocí a Lotte. Tenía el rostro bañado en lágrimas. Me hizo una señal amistosa, a la que correspondí. Gertrudis, en cambio, no había llorado; tenía la faz pálida, delgada, severa, con el sello de la fatiga y del insomnio; miró hacia la llovizna que se diluía en el viento y continuó erguida como un árbol joven, como si hubiera echado indestructibles raíces. No obstante, aquella actitud era como una legítima defensa. Cuando, dos días después, desempaquetaba en R. las flores enviadas por Muoth, se derrumbó materialmente y luego desapareció de nuestra vista durante mucho tiempo.

En mí la aflicción reclamó también sus derechos más tarde. Y, como suele pasar, recordé un sinfín de circunstancias en las que me había portado de un modo injusto con mi amigo. Sin embargo, el mayor daño se lo había causado él a sí mismo, y no sólo con su muerte. Reflexioné mucho sobre esto y no acabé de convencerme de que en su destino hubiese habido en realidad algo nebuloso e inexplicable; más bien se adivinaba un signo de crueldad y sarcasmo en todo aquello. A este respecto mi vida no era diferente, como tampoco la de Gertrudis o la de otros muchos seres. El destino

no era bueno; la vida era caprichosa y cruel; no había en la Naturaleza ni bondad ni lógica. Pero hay bondad y razón en nosotros, en los seres humanos, y con ellas juega el azar; a pesar de este juego, podemos ser más fuertes que la Naturaleza y que el destino, aunque sea sólo durante unas horas. Y cuando sentimos necesidad de acercarnos a alguien, o alguien nos necesite, debemos suprimir toda distancia, mirándonos mutua y comprensivamente a los ojos: podemos amarnos los unos a los otros y vivir para nuestra recíproca consolación.

A veces, cuando enmudece la tenebrosa profundidad, podemos lograr algo más; podemos entonces ser, durante algunos momentos, como dioses, y alargar un dedo creador, y ordenar que se produzcan cosas antes no existentes: cosas que, cuando las hemos acabado, siguen viviendo sin nosotros. Con sonos, palabras y otras frágiles futesas, podemos edificar obras deleitosas, melodías, poesías, cantares llenos de sentido y de bondad que nos alivian y nos parecen hermosos y perennes; más hermosos y duraderos que las impresionantes jugadas del acaso y del destino. Podemos llevar a Dios en nuestro corazón, y en ciertos momentos, cuando estemos llenos de Él, puede ocurrir que el Señor mire a través de nuestros ojos y hable por nuestros labios y se dirija a los que no le conocen o no quieren conocerle. No nos es dable sustraer nuestro corazón a la vida; en cambio, podemos formarlo y educarlo de tal suerte que se eleve por encima de los azares y logre sin quebrantos mirar cara a cara aun a las más dolorosas calamidades.

De parecida manera he resucitado millares de veces a Heinrich Muoth en todos estos años que han transcurrido desde su muerte; he podido hablar con él de un modo más juicioso, más amable, que cuando estaba en el mundo. He visto también cómo caía enferma mi madre y he estado a su lado al llegarle la última hora. He visto también cómo dejaba este mundo la linda y risueña Brigitte Teiser, que después de varios años de espera y curación de su pena de amor, se había casado por fin con un músico y no pudo sobrevivir a su primer parto.

Con el tiempo, Gertrudis superó aquel gran dolor que se había apoderado de ella cuando recibiera las últimas flores, que eran como el adiós y la postrera galantería del muerto. Aun cuando la veo a diario, no hablamos con frecuencia de ello. Sin embargo, me parece que cuando Gertrudis mira atrás a la primavera de su vida, lo hace como contemplando un valle que se ha visto una vez en un viaje hace mucho tiempo, no como quien añora un edén perdido. Ha recobrado sus energías y su serenidad, ha vuelto a cantar. Pero desde que depositó aquel beso en los labios apagados de su esposo no ha besado ninguna otra boca de varón. En el curso de estos últimos años, curado ya su ánimo, aromado otra vez su ser en el amargo florecimiento de ayer, mis pensamientos la han seguido una o dos veces por la antigua senda prohibida y he llegado a decirme para mis adentros: ¿por qué no volver a...? Pero de antemano conocía la respuesta, pues ni en mi vida ni en la suya hay ya nada que rectificar. Es amiga mía, simplemente; cuando, tras largas etapas de inquieta soledad, rompo el silencio con esta canción o aquella sonata, una u otra nos

pertenecen, ante todo, a nosotros. Muoth acertó cuando dijo que a medida que uno se va haciendo viejo ve crecer un contentamiento que no sentía en sus años mozos. Con todo, no he de desdeñar mi juventud. En todos mis sueños y ensueños me suena como un noble cantar, más puro y armonioso hoy que cuando era realidad todavía.